۲۹۸

RAFAEL DEL RIEGO

Ó

LA ESPAÑA LIBRE.

POR

EL CIUDADANO FRANCISCO
BROTONS, CAPITAN GRADUADO Y TENIENTE
DEL REGIMIENTO INFANTERIA DE
LA REINA.

CANOVAS DEL CASTILLO

CADIZ: AÑO DE 1822.

IMPRENTA DE LA SINCERA UNION DEL
CIUDADANO J. G. DE LA MAZA.

R.56.012

NOTA. Nadie reimprima esta obra sin licencia de su autor y del impresor.

INRTODUCCION.

Si la admiracion y el entusiasmo que producen las acciones esforzadas tienen derecho para escitar la exaltacion, sacar á los hombres de su esfera ordinaria, y alentarlos á designios superiores á sus fuerzas: he aquí la disculpa, que puede encontrar la temeridad de mi pluma.

Amante celoso de la libertad de mi patria, he recordado con dolor sus perdidos y usurpados derechos; he gemido en secreto y en público de su tiránica opresion; he derramado lágrimas por la suerte de los héroes de Galicia, Cataluña y Valencia, inmolados al furor de un gobierno, avaro siempre de sangre y de venganza; y he visto colmados todos mis deseos, cuando el valor de nuestros libertadores ha quebrantado las cadenas, que abrumaban nuestros dóciles cuellos.

El interes que inspiraba una lucha, en la que se ventilaban nada ménos que la fe-

licidad y la gloria de los españoles, despertó en mí desde un principio la mas viva curiosidad de conocer sus pormenores y detalles; y el peligro de un amigo, y compañero en los depósitos de Francia, que aclamando la Constitucion el primero de todos en las Cabezas de san Juan, habia volado al templo de la inmortalidad, me hizo seguir con afan todos sus movimientos, y me tuvo en la zozobra mas penosa hasta el feliz y glorioso triunfo de nuestra santa causa.

Restablecido el órden, y abiertas las comunicaciones, no perdoné medio para procurarme una relacion coordinada y regular de los grandes acaecimientos, á que debiamos el recobro de nuestros caros fueros, y entonces llegaron á mis manos, por distintos conductos, la memoria histórica de don Fernando Miranda y don Evaristo san Miguel, y la de las operaciones de la columna móvil, escrita por el último de estos, como gefe de su estado mayor.

No es fácil dar una idea del entusias-

mo que me produjo su lectura. Yo las devoré la primera vez con ansiedad, yo las releía dia y noche; mi imaginacion me transforia á los lugares que pisaban los héroes, me exaltaba con ellos á las entradas de Bejer y Algeciras, sufria sus incomodidades y privaciones en sus penosas marchas, y partia su indignacion en los campos de Moron y Marbella. Privado de la satisfaccion de ser partícipe de sus glorias y testigo ocular de hechos, alimentaba un deseo vivo de recopilar ámbas memorias para divulgar las proezas de aquellos hombres admirables, y contribuir en algun modo á su celebridad; pero ignorante de otros pormenores, y de las circunstancias y datos necesarios para describir con exactitud, y dar algun colorido á las imágenes, me veia reducido á la necesidad de copiar, y á copiar unos escritos á cuyo estilo y facilidad estoy muy léjos de esperar acercarme.

Animado, pues, de este deseo, me he dedicado á la adquisicion de noticias; me

he dirigido á los héroes; los he molestado con preguntas; los he importunado con cartas, y he conseguido al fin algunos detalles, que unidos al conocimiento de los principales sucesos de la vida de Riego, me han suministrado los medios, para formar el resúmen histórico de nuestra última y feliz revolucion.

¡Ojalá se hubiese publicado la historia completa de ella, y yo no daria un paso tan aventurado en la carrera de la literatura. Escrita con una pluma diestra y versada por aquellos mismos, que trabajaron en los talleres en donde se trazó el plan de la obra de nuestra redencion, ella sola podrá satisfacer la noble curiosidad de los reconocidos españoles. Pero como la marcha de sus preparativos haya precisamente sufrido obstáculos y contradicciones, y como su rompimiento presente el egemplo de palabras no cumplidas, y quizá juramentos violados: la delicadeza de sus autores no les permite darla á luz, por no comprometer á personas,

que estan gozando de la mejor reputacion y concepto.

Una conspiracion de esta especie, semejante á un edificio suntuoso, que oculta debajo de la tierra los cimientos, en que estriba, esconde tambien en el secreto sus mayores y mas finos trabajos; pero este secreto, aun despues del proyecto egecutado, es una propiedad de sus conspiradores heróicos, y solo á ellos es dado proceder á su revelacion. El observador patriota solo podrá decir, que las columnas de los templos, en donde se elevaban inciensos á nuestra libertad, se desplomaban sucesivamente en un punto de la península para erigirse en otros; que la inseguridad y la persecucion interrumpian con frecuencia aquella grande obra; y que las esperanzas de todos estaban puestas en aquella parte del egército espedicionario, que correspondiendo tan dignamente á ellas, ha sabido sacudir nuestro yugo.

Mientras tanto, pues, que el tiempo remueve los obstáculos que se oponen á la pu-

blicacion de la historia general y completa, yo me atrevo á ofrecer al público, aunque con la mayor desconfianza, la esposicion reunida de los grandes sucesos, á que debemos el don precioso de nuestra libertad, desde el pronunciamiento de Riego en las Cabezas de san Juan el 1.° de enero del año de 1820, hasta el 21 de marzo del mismo, cuyo momento me ha parecido el mas bello de la vida del héroe, y quizá el solo en que la desgracia ó los tiros de la envidia no hayan afligido su virtuoso corazon. Deseoso de amenizar algun tanto su lectura, me he dejado llevar de mi imaginacion algo acalorada, y he adornado con algunas ficciones la relacion de unos hechos, cuya veracidad someto al juicio de tantos testigos oculares. Tales son el viage del héroe á los montes de Ansena y Verdoyanta, su sueño, el vaticinio de Padilla, el discurso del génio tutelar de la España á la Verdad, y el de esta última al monarca. Las proclamas puestas en boca de Riego estarán

léjos de la oportunidad, precision y energía de las que él habrá escrito y pronunciado; pero careciendo de las originales, me he visto precisado á reemplazarlas, y las he suplido con las que me ha sugerido mi entusiasmo. Tambien podré haber omitido algun hecho digno de ocupar un lugar en esta historia; pero si así fuese, la generosidad de su autor me disimulará una omision, en que no ha tenido parte la voluntad, seguro de que si hubiese llegado á mi noticia, hubiera tenido la mayor satisfaccion en publicarlo.

Mi pluma ha participado, sin duda, del enojo que he concebido contra los corifeos del partido de nuestra servidumbre; pero la idea de sus esfuerzos para sostener y perpetuar la opresion; la de las desgracias que ocasionaron, y víctimas que hicieron; y mas que todo la de los horrores que la obstinacion de este partido está causando actualmente en algunas provincias, disculpan suficientemente mi justa indignacion. Si se contempla la perfidia de unos hombres, que no

perdonan medio, por inicuo que sea, para sumir su patria en el abismo de una guerra civil, no se encuentra castigo proporcionado á tamaño delito. Y si por otra parte se fija la vista en la credulidad y estupidez de esos séres obcecados, que abandonan sus familias y hogares, y corren á turbar la tranquilidad y la paz, desafiando el rigor de la ley, parece increible que las sugestiones del sórdido interes hayan podido de tal modo alucinar al hombre, que dirigiendo su vista por el prisma de la preocupacion, no vea sino derechos en los abusos mas chocantes, y legitimidad y justicia en la misma violencia. Enhorabuena los fautores del despotismo cierren los ojos á la verdad, y prediquen la degradacion y bajeza, en que ellos fundan su elevacion y gerarquia; pero ¡vosotras, clases útiles del estado! ¡Vosotras, que condenadas al trabajo, á la miseria y al desprecio, llevábais sobre vuestros hombros las cargas onerosas, sin haber merecido una mirada grata al

poder altivo y desdeñoso! ¿Quien apagó la antorcha de vuestra razon, para seguir tan temerariamente la impostura, y abrazar la causa de vuestros mas crueles opresores? ¡Ah! solo el fanatismo, y el fanatismo religioso. Aquel que armó en otro tiempo la funesta liga, que tiñió en sangre humana las aguas del caudaloso Sena; aquel que aguzó los puñales de la noche tremenda de san Bartolomé; aquel que encendió las llamas que abrasaron á los albigenses; y aquel, en fin, que degradó á un monarca español, hasta el punto de llevar en sus hombros el primer haz de leña, para formar la hoguera, que debia consumir á sus súbditos; aquel solo, imbuido por ministros infames, ha podido armar vuestras manos, y haceros abrazar la temeraria y ridícula empresa de derribar unas instituciones, cuya conservacion es el interes de la nacion entera.

¡Insensatos! recordad que los españoles tienen consignado en su historia el amor á la independencia y á la libertad, que los

ha caracterizado y distinguido siempre: recordad que todavia no formaban un cuerpo social, cuando la feracidad de su suelo, la benignidad de su clima, y la riqueza de sus producciones despertaron la codicia de Cartago y de Roma; y que aun divididos en pequeñas sociedades, lucharon 200 años y del modo mas heróico contra la fiera usurpacion: recordad el teson y la energia, con que en los concilios y juntas generales sostuvieron sus derechos, durante la monarquia visogoda: recordad el valor con que hicieron frente á los desafueros y agresiones de los primeros príncipes de la dinastia alemana: recordad, en fin, el reciente egemplo de su última y obstinada lucha contra el tirano de la Francia, y renunciad enteramente al designio de arrebatarnos una Constitucion, que es el ídolo nuestro, y que rige y regirá mientras subsista un español que sea digno de este nombre.

Ahora, pues, ilustres campeones de nuestra libertad! Vosotros, que siguiendo las

huellas del heróico Riego, despreciásteis los horrores de un patíbulo cierto, por redimir la patria! Vosotros, que con tanto valor y constancia combatísteis á los enemigos de ella! Vosotros, en fin, cuyo acero quebrantó nuestras cadenas! Recibid el parabien de vuestro triunfo; gozaos en él; y sed el apoyo del benéfico sistema, que tan gloriosamente recobrasteis. Y tú, héroe inmortal! intrépido y admirable Riego! Tú, que el primero de todos arrojastes el grito de nuestra salvacion! Tú, cuyas virtudes y constancia la llevaron al cabo! En vano la emulacion y la perfidia han tratado de eclipsar y mancillar tu gloria. El amor de los españoles te ha seguido siempre donde quiera que la ingratitud te ha confinado, y mientras tú eras el blanco de la persecucion, tu retrato paseado en triunfo por las calles de Cádiz, Málaga y Sevilla inflamaba los corazones de aquellos habitantes, y despertaba en ellos el amor mas ardiente á la libertad sacrosanta. Riego, tu nombre está identifi-

cado con el de la libertad, y no puede ser oido sin rabia, y sin despecho de los enconados enemigos de ella. Vive, pues, eternamente para su confusion; vive para defender nuestro código amado, y vive, en fin, para ser la gloria y el honor de tu patria.

RAFAEL DEL RIEGO

ó

LA ESPAÑA LIBRE.

Cuatro años hacia ya que el tirano de la Europa habia lanzado el grito de la usurpacion desde la cumbre del Pirineo. La trompeta de Marte resonaba en todos los confines de la península : los españoles de toda edad y sexo habian pronunciado el terrible juramento de morir ó ser libres. Los campos desiertos, las ciudades destruidas, los pueblos incendiados, y las familias errantes, todo presentaba un testimonio de la obstinacion enemiga, y de nuestra heróica constancia. Triunfantes unas veces, derrotados muchas, vencidos nunca, éramos el objeto de admiracion de la Europa amilanada, y el escollo de la ambicion del mas poderoso y diestro de los tiranos. Gloriosos hasta en nuestras pérdidas mismas, renovamos en Zaragoza y en Gerona la memoria de Sagunto y de Numancia ; y españoles siempre, mirábamos con indignacion y desprecio el bajo acatamiento de los gabinetes de Europa.

La ocupacion de Tarragona y Valencia, la de todas las plazas de armas, la de la capital del reino, y de casi todas las provincias presenta-

ban á los españoles el año de 1812 una perspectiva horrorosa. Las águilas enemigas habian estendido la devastacion y el pillage hasta las columnas de Hércules. El gobierno se hallaba encerrado en los estrechos límites de los muros de Cádiz; las riquezas de la nacion se hallaban agotadas; la flor de nuestra juventud, ó habia perecido al acero enemigo, ó gemia prisionera en los depósitos de Francia. Sin repuestos de armas, sin facilidad de comunicaciones, y sin puntos de apoyo, todo conspiraba contra la nacion española, todo parecia anunciar su próximo esterminio.

Veinte y un años víctima de la ambicion de un favorito habian colmado la degradacion y los males, que trajo consigo la dominacion de la casa de Austria; y la nacion agoviada de contribuciones enormes, sin leyes adaptadas al caracter de los habitantes y al espíritu del siglo, con un sistema de administracion monstruoso, sin crédito alguno, sin comercio, sin egército y sin marina, tiranizada por ese tribunal sanguinario, que abortó el siglo trece, el cual en las tinieblas del secreto tenia siempre alzada la cuchilla y encendida la hoguera contra la ilustracion y el saber; y finalmente, abandonada de la casa real y entregada á la furia del usurpador, creyó que era llegado el momento de su regeneracion, que debia darse leyes fundamentales, levantar diques al poder absoluto, reconquistar la soberanía del pueblo, fundada en el derecho natural, y ponerse al abrigo de sus anteriores desgracias. Tales eran las

circunstancias y tal el crítico estado de la nacion, cuando esta, superior á sus desastres, promulgó esa sagrada Carta, que es hoy el objeto de la adoracion de los españoles, la garantia de su felicidad y el monumento de su gloria.

Las potencias todas admiraron esa obra de la ilustracion española; los enemigos la respetaron, su influjo comenzó á sentirse en la nacion y en el egército: el exito comenzó ya á coronar el valor y la constancia: el norte de la Europa alzó el grito vengador, y el egército anglo-hispano pisó bien pronto el territorio frances.

La aurora de la felicidad rayaba ya en el orizonte: los españoles se lisongeaban con la próxima venida del mas querido y desgraciado de los monarcas: ellos creyeron llegado el término de sus males y se prometieron la mas gloriosa y envidiable prosperidad. ¡Funesta ilusion! Una raza de hombres criados en la ignorancia, y avezados á la esclavitud, no dudó anteponer sus quiméricos intereses á los mas imprescriptibles derechos de su propia nacion: se apoderó del ánimo del monarca: fascinó su mente; y aquel jóven príncipe, cuyas desgracias humedecieron tantas veces los ojos de los españoles, aquel, cuya vuelta era su encanto, aquel á quien invocaban al marchar á la muerte, y cuyo nombre espiraba en sus labios con el último suspiro; aquel mismo fulminó el decreto de Valencia y firmó la ruina de la nacion, y la encarnizada persecucion de sus defensores. Encarcelamientos, destier-

ros, presidios y emigraciones señalaron su entrada en la capital; y el dia que debió lucir mas feliz para la generacion presente, se convirtió en un dia de desconsuelo y llanto. Séame permitido echar un velo sobre aquellas escenas, y pasar en silencio las desgracias de mi patria. Dirigida mi pluma á las glorias del héroe, que no estampe su nombre bañada en la hiel de nuestras desventuras.

Cuando los pueblos llegan á conocer sus derechos y sus intereses; cuando llegan una vez á poseerlos, y saborean sus dulzuras. ¡Ay de la fuerza que se atreva á ursurpárselos! El amor á la libertad es el sentimiento mas vivo de todos los seres animados, y el hombre, este ser privilegiado, que todo lo sujeta y señorea, encuentra en esta pasion universal el agente mas poderoso de sus acciones y el principal resorte para poner en movimiento sus fuerzas y recursos. Nacido bajo el poder arbitrario, la impotente indolencia de la esclavitud sofoca en él este germen de las virtudes cívicas; pero llega un dia en que se reconoce con derecho para procurarse su felicidad; trasluce las ventajas de la libertad civil; ve que esta no existe en los gobiernos absolutos, en donde la generalidad obedece las leyes emanadas de la voluntad de uno solo; aprende que el estado social es la obra de un pacto; que la opresion y el engaño pudieron solo sumir los pueblos en la degradacion de la servidumbre; que el derecho de los déspotas es el de la fuerza, y que la fuerza está en el número, y el núme-

ro en el pueblo. En vano el fanatismo emplea ya sus paradoxas para persuadir á los hombres que son el patrimonio de sus reyes; en vano estos asalarian asesinos, enriquecen espias y levantan cadalsos: el pueblo se alza, y entonces recobra el derecho de los déspotas, porque tiene la fuerza, y el derecho de la justicia, porque tiene la razon. Temblad, pues, sobre vuestro trono vacilante, déspotas de la tierra: la suerte está echada: el reino de los tiranos se acaba: se colmó la medida del sufrimiento de los pueblos: todas vuestras agresiones no harán sino apresurar vuestra caida y ¡ay de vosotros, si al hombre emancipado no le evitásteis las catástrofes que traen consigo las grandes convulsiones!

Los españoles tan amantes de su dignidad y de su gloria, merecian ser libres y tenian el destino de serlo. El amor á un príncipe, que miraban como su ídolo, les hizo reprimir su indignacion al ver derribado el baluarte de su libertad: el pueblo dobló la cerviz, mas el sordo murmullo del descontento alteraba ya el silencio de la esclavitud. Una conducta paternal, sin embargo, y una sábia administracion de parte del gobierno hubieran quizá diferido algun tanto la esplosion; pero el vértigo y nulidad de los consejeros del rey sirvieron á la buena causa mejor que la predicacion de los axiomas políticos. Honores y grados fueron conferidos al general perjuro, que babia vuelto contra la nacion las armas que esta le confió para su defensa: los primeros y mas importantes destinos fueron confiados á los se-

senta y nueve apóstatas, que burlando la confianza nacional, vendieron traidoramente su patria desde las sillas mismas del augusto Congreso. La inquisicion fue restablecida; y proscripciones, venganzas y abusos de la autoridad desacreditaban cada dia mas al gobierno. El pueblo, que, despues de una guerra asoladora, no tenia alivio alguno en sus contribuciones, ignoraba la inversion de ellas, y veia con dolor perecer de desnudez y hambre á aquel egército á quien él debia su gloria y el monarca su rescate. Las viudas de los militares heróicos, cuya sangre, humeando todavia, reclamaba la subsistencia de sus familias desatendidas y espuestas á todos los rigores y peligros de la miseria, y una administracion escandalosamente dispendiosa hacia mas acerbas las privaciones de los acreedores del estado, è imposibilitaba cada dia la duracion de un sistema, cuyos vicios habian hecho conocer las instituciones anteriores.

Bien pronto comenzó á estallar el descontento. El célebre Mina, aquel valiente soldado, que tantas veces habia frustrado los recursos de la táctica francesa, y cuyo valor solo habia humillado á los vencedores de Jéna y Austerlitz: fue el primero que alzó el grito glorioso de la libertad. Sofocado éste, el imperterrito Porlier enarboló en la Coruña el estandarte de la nacion, y dos mil guerreros alistados en él iban ya á romper sus cadenas, cuando la mas pérfida de las traiciones malogró el éxito de esta empresa. Su desgraciado autor espiró en un cadalso, y así fue presa de un verdugo una cabeza tan dig-

na de los laureles de la patria. El inmortal Lacy, aquel que habia hecho de la Cataluña un vasto teatro de sus glorias, aquel que la habia libertado de la usurpacion estrangera, quiso redimirla de la tiranía, y fue tambien víctima de su valor y patriotismo. Su egecucion, desnuda del aparato de la justicia y revestida de todo el carácter de un verdadero asesinato, reveló al pueblo ya la debilidad del gobierno; y Sola, Vidal y sus doce compañeros aumentaron en Valencia el número de las víctimas.

La repeticion de tantas conspiraciones hizo conocer al gobierno de un modo indudable el descontento público, y creyó ya amenazada su seguridad. La crueldad quiso afirmar el reinado del despotismo; las cárceles se ensancharon; y la inquisicion, ese borron de Isabel y Fernando, arrancó de las filas de la gloria á los defensores de la patria; los enterró en sus asquerosas mazmorras, é hizo gemir bajo la férula de un alcaide inhumano aquellos nobles pechos, que habian sido el baluarte de la nacion. Tal fue el error y torpeza del gobierno, que al privar al pueblo de sus mas apreciables derechos, proscribió y vejó la fuerza armada, único, aunque triste, recurso de los tiranos.

Pero todo era inútil. Aun palpitaban los pechos de las víctimas de Valencia, cuando una conspiracion mas séria, y que ofrecia los mejores resultados, amenazaba ya al poder absoluto. Su éxito no era dudoso, y solo la traicion y la perfidia lo podian malograr. Un egército expedicionario, compues-

to de la flor de la milicia española, estaba destinado á llevar las cadenas de la esclavitud á Buenos-Aires. Su ilustrada oficialidad creyó mas glorioso consagrar sus vidas y armas á la libertad de la patria, que á perpetuar los hierros del nuevo mundo. La empresa era árdua; pero el entusiasmo de aquella heróica juventud era superior á todo, y la idea de no abandonar el suelo patrio podia servir de aliciente á la tropa, y garantir en algun modo la fidelidad y la obediencia. Forma pues el proyecto de libertar la patria; pronuncia el juramento de perecer por ella; estiende los planes de la conspiracion: inicia en el secreto al general en gefe; y éste, deseoso al parecer de una gloria verdadera, se determina á ser el alma de la empresa, y arrojar el primero el grito heróico de nuestra libertad. (1) Se difunde la exaltacion, se enardecen los espíritus, y aquella bella porcion de nuestra milicia se lisongea ya con la idea de ser otra vez el instrumento de la salvacion de su patria, cuando la mas negra traicion hizo abortar el mejor concebido de los proyectos.

---

(1) Para no defraudar á la gratitud de los buenos el conocimiento de los patriotas que cooperaron en Cadiz á esta conspiracion, se anuncian al público sus nombres, en desempeño del deber contraido al encargarse de un resúmen histórico.

Estos son don José Moreno de Guerra, don

No es mi ánimo entrar en los detalles de este acontecimiento, tan exactamente descritos por don Evaristo san Miguel y don Fernando Miranda, testigos y víctimas de él, igualmente que por don Antonio Morquecho en el periódico titulado *El Español Constitucional*, que se publicaba en Lóndres en aquella época. El general en gefe, conde del Avisbal, prefirió una banda á la salud de una nacion, á la que tanto debia, y el dia 8 de julio del año 19 entregó por sí mismo sus confidentes y amigos á la venganza del gobierno. Este fue el resultado de la última de las tentativas para el recobro de nuestra libertad, cuyo logro estaba reservado al intrépido Riego.

El egército espedicionario, diseminado despues de aquel golpe fatal, llevó consigo el dolor de ver frustradas sus esperanzas, el resentimiento de su agravio y el temor por la suerte de los dignos gefes y compañeros, que le habian sido arrebatados, y yacian presos sin comunicacion. Tales sentimientos no

---

Francisco Carabaño, don Francisco Javier Isturiz, don Juan Aréjula, don Agustin Fernandez Gamboa, don Sebastian Fernandez Vallesa, don Bernardo Anca, don Luis de Rute, don Antonio Roten, don Ramon Ceruti, don Antonio Mariz Alcalá Galiano, don Andres Costa, don Salvador Garzon y Salazar, don Antonio Morquecho, don Antonio Puga, don José Garicochea y don Andres Argibél.

podian sino avivar el fuego de la insurreccion, que tanto habia cundido en el egército, y la mayor parte de sus individuos, iniciados en el secreto, y comprometidos en el peligro, tenian ya un estímulo mucho mas poderoso para llevar adelante el proyecto malogrado. En efecto, sus agentes principales volvieron á emprender sus trabajos, superaron los inconvenientes de la incomunicacion con los presos, burlaron mil veces la vigilancia del gobierno, é hicieron frente otras tantas á su vengativo furor, cuando sobrevino un acaecimiento desgraciado, que suspendió por entonces esta grande obra. La epidemia que se habia manifestado en la ciudad de san Fernando, se propagó á Cádiz, donde se hallaba el foco de la conspiracion. El nuevo general en gefe, conde de Calderon, salió de esta plaza con toda su plana mayor, y toda comunicacion con ellos quedó ya interceptada. Los estragos de esta plaga, que hicieron de la isla gaditana una escena de horror y mortandad, cundieron despues en varios pueblos de la provincia marítima. Las tropas acantonadas en ellos tuvieron órden de desalojarlos, y el campo de las Correderas, junto á Alcalá de los Gazules, reunió otra vez al egército espedicionario, que tantos votos habia hecho por la libertad de la patria. Entonces se volvieron á estrechar los lazos, se renovaron los juramentos, y se dió regularidad al plan, cuya consumacion debia ser la obra del grande hombre que vá á parecer en la escena.

Don Rafael del Riego, natural de Cangas de

Tineo en Asturias, se hallaba sirviendo en el cuerpo de guardias de Corps en el año 1808, cuando la nacion española, sin consultar sus fuerzas ni recursos, corrió con denuedo á las armas para sacudir el yugo de una usurpacion estrangera. Preso por los ministros del invasor en el mes de marzo de aquel año terrible y memorable, fue conducido al Escorial, de donde se fugó atrevidamente; y esparciendo la alarma, provocando los pueblos á la defensa y declamando contra la violacion de los derechos de su patria; llegó disfrazado á Asturias á tiempo que esta provincia, siempre heróica, estaba organizando su egército. Su crédito y relaciones en aquel pais hubieran podido proporcionarle los mayores ascensos; pero Riego, naturalmente desconfiado de sí mismo, limitó su ambicion á una compañía, y promovido á capitan, fue nombrado ayudante de campo del desgraciado general don Vicente Acevedo. Salió, pues, con la division de Asturias cuando esta marchó á unirse al egército de Galicia en Vizcaya: se encontró en la accion de Valmoneda y otras, y unido al entonces mariscal de campo don Cayetano Valdes, que se hallaba agregado á la misma division, estuvo al lado de este bizarro general en varias funciones de armas. Pero llega la accion de Espinosa el 10 de noviembre y acaece la dispersion del egército. En la mañana del 11 el general Acevedo es herido en un muslo y contuso en la frente. Riego y otros edecanes lo acompañan enteramente ciego y metido en un carro á Aguilar del Campo, á donde se retiraba la

artilleria, cuando en la madrugada del 13 y bajando la cuesta de las Quintanillas, distinguen una descubierta de caballeria enemiga que los iba á cargar. Riego entonces se apea del hermoso caballo que montaba, saca al general de su carro, le sube como puede sobre él, confia las riendas á un muchacho, lo hace internar en el bosque, se queda en el camino y llama algunos soldados que ve dispersos para hacer frente á los enemigos, y dan tiempo á que se salve el general. La proximidad de los enemigos les habia permitido coronar la cuesta antes de concluir la operacion. Cercan el bosque y Riego, abandonado de todos, no tardó en ser alcanzado por ellos, trayendo su caballo de la brida, y atada su cola con la faja del desgraciado general. Así por un rasgo de generosidad y de valor fue hecho prisionero nuestro héroe, cuyo nombre hubiera sido ya célebre en aquella campaña, si la suerte de las armas no hubiera privado á la nacion de su brazo, y sepultado su valor en uno de los depósitos de Francia.

Dotado por la naturaleza de una imaginacion ardiente, de unas pasiones exaltadas, de la probidad mas austera, del pundonor mas delicado y de un valor sin egemplo, descolló siempre entre sus compañeros por su virtud y patriotismo. Propenso al retiro y aficionado al estudio, consagró á su instruccion los largos dias de su cautiverio; y familiarizado con la lengua francesa, cultivó la inglesa y pudo beber en su orígen aquellas eternas verdades de Loke, que tantos otros han desentrañado y estendido despues.

Ignorado de casi todos, la afabilidad de su trato, la pureza de sus costumbres y la igualdad de su carácter lo hacian el encanto de los pocos que lo conocian, é indulgente con la debilidad y la ignorancia, la menor vislumbre de amor propio no mortificó nunca á sus compañeros.

El continuo estudio y la profunda meditacion habian ya ilustrado su entendimiento, y vigorizado su espíritu, cuando supo que una Constitucion acababa de reintegrar á los españoles en sus derechos primitivos, en aquellos fueros que espiraron con los Padillas y los Lanuzas, y roto el cetro de hierro de la arbitrariedad. Su gozo y su entusiasmo le hicieron sentir mas que nunca el peso de las cadenas que arrastraba, sus ojos se humedecian al invocar la patria, y besar su suelo era solo el obgeto de su incesante afan. Con efecto, la suerte de las armas se cansó de servir á la usurpacion. Las tropas francesas derrotadas en Moscovv y batidas en Leypsik, vieron desertar de sus águilas el considerable número de combatientes que la fuerza retenia; y los egércitos aliados á fines del año 13 amenazaban ya desde la orilla derecha del Rhin la invasion de la Francia, y ocupaban ya el Franco Condado en los primeros dias del 14.

Nada entonces puede detener á nuestro Riego. Separado por un corto número de leguas del campo de los aliados, corre á él con denuedo y bizarria: los guerreros del Norte, que admiraban en cada español los esfuerzos de la nacion en su obstinada guer-

ra, le abren los brazos, le tributan elogios y le dan el asilo y la libertad. Los recientes recuerdos de la dominacion española, que presenta aquel pais por todas partes, inflaman mas y mas el amor á su patria; y deseoso de participar de sus últimos laureles en aquella heróica lucha, recorre con rapidez la inmensa distancia que lo separa de ella. Llega á Holanda, pasa á Inglaterra, y una pròspera navegacion lo conduce á las costas de España. Su corazon palpita al divisar el puerto de la Coruña y su imaginacion le representa ya las deliciosas escenas que le esperan. Libre de los hierros del usurpador y libre tambien de los del despotismo, que habia arrostrado desde la cuna, va á volver al seno de su familia à abrazar los compañeros de su niñez, y quizá tambien al obgeto encantador que cogió las primicias de una sensibilidad virtuosa. Al saltar en tierra las lágrimas de ternura que inundan su rostro, señalan sus primeros pasos en el puerto, y superior á las necesidades de la naturaleza, busca el Código santo, lo lee, lo devora con el noble interes del mas exaltado patriotismo, se estasia en cada uno de sus capítulos, cree ver á la sabiduria y la justicia dictando aquellas leyes para la felicidad de la España; y el inmortal y desgraciado Lacy al frente de su egército recibe de él el juramento de perecer por sostenerlas. ¡Juramento sagrado! ¡Juramento inviolable, que seis años despues le habia de hacer despreciar los horrores de un patíbulo, y libertar la patria de los estragos del poder absoluto!

El gozoso Riego creia ya terminados nuestros males; veia con placer á una representacion nacional dictando leyes para nuestra prosperidad y salud; á un príncipe adorado al abrigo de los torpes manejos de la adulacion, y revestido de todo el poder egecutivo haciéndolas guardar; á una magistratura sábia administrar justicia; á un egército victorioso blandir sus armas en defensa de la libertad; un movimiento de vida y de vigor animar á los pueblos, y la dignidad del hombre libre retratada en el semblante de los ciudadanos. ¡Mas ay! ¡Cuan pocos dias disfrutó nuestro héroe de tan lisongera ilusion! El decreto de Valencia arrancó de su vista este cuadro alhagüeño. Una densa nube cubrió á sus ojos el orizonte español, y el noble orgullo de la libertad se trocó bien pronto en la humillante apatia de la esclavitud.

Los hombres pérfidos insultaron entonces el sufrimiento público, los débiles lloraron su desgracia, y los buenos sofocaron su dolor; pero Riego, el patriota Riego reprimió su indignacion: concentra su resentimiento, y corre á ocultar su pena en los gloriosos montes de Ansena y Verdoyanta. Llega á ellos, trepa por aquellas laderas escabrosas, y pisa aquellas cumbres, que once siglos ántes habian sido el asilo de la libertad española. Tiende la vista y no la fija en objeto, que no le recuerde las proezas de sus abuelos mismos. Su ardiente imaginacion se pasea desde allí por la vasta superficie de la península. Aquí la ve bajo el yugo de los cartagine-

ses, allá bajo la dominacion de los romanos, ora presa de la ambicion de Pompeyo, ora víctima de la usurpacion de César. Recuerda, en fin, aquellos tiempos calamitosos, en que la segur sarracena esmaltó en sangre española los fértiles campos de nuestras provincias, y arrebatado entonces "Aquí, esclama, soy libre. El aire que respiro no lo ha infi„cionado jamas el hálito pestilente de la impostu„ra. Estas rocas sagradas no las profanó nunca la „huella insultante de los déspotas, ni las mancha„ron las cadenas infames de la esclavitud. He allí „la santa cueva que sirvió de palacio al inclito Pe„layo. Templo del heroismo, santuario del valor, „¿negarás un asilo á un ciudadano libre que pre„fiere la muerte á la infamia?" Dice el héroe y penetra resuelto en la cueva de Ansena.

Las sombras de la noche comenzaban á cubrir el orizonte. Los valles profundos, las rocas escarpadas, las robustas encinas y los antiguos robles se iban á perder ya en la obscuridad del espacio. Un silencio profundo hacia mas imponente aquella solitaria perspectiva, y la admiracion mas noble y el respeto mas religioso se apoderaron del héroe al contemplar aquel edificio de la naturaleza. Herido en la mas viva de sus pasiones, que era el amor á su patria, las ideas que le acababa de presentar el teatro de las glorias de sus antecesores lo elevaron á un grado de exaltacion que no era duradero. Fatigado pues su espíritu y rendido su cuerpo, cayó en aquella especie de desfallecimiento, que suele su-

ceder á las grandes irritaciones, y un sueño profundo embargó sus potencias.

No hacia mucho tiempo que nuestro héroe se habia entregado á él, cuando una voz tremenda le pareció resonar en la cueva. Alza la vista, la ve con asombro iluminada, se levanta, quiere recorrerla con precipitacion, y una nube resplandeciente le detiene los pasos. Recoge entonces toda su atencion y ve distintamente enmedio de ella á un personage grave y magestuoso, sentado bajo un sólio de pendones morados. Armaduras antiguas, lanzas, cascos, y demas trofeos militares ornaban su escabel. Su mano derecha esgrimia una espada, la izquierda sostenia el Código sagrado, y un génio sobre su cabeza suspendia en el aire una hermosa corona de florido laurel. Admirado el héroe, permaneció algun tiempo en una grata suspension, hasta que al fin lo sacaron de ella las palabras siguientes: "hijo predilecto de „la patria, exclamó el personage, la suerte te des„tina para el recobro de la libertad española, que „espiró conmigo en los campos de Villalar. Otros „ántes que tú tentarán esta empresa; mas solo á „tu valor el logro es reservado. Tu voz aclamará „este código y muchos bravos la seguirán: tu bra„zo blandirá esta espada y venceras á los esbirros „del poder. Trabajos y penalidades sin número ago„viarán tu cuerpo, pero tu ánimo no decaerá; la „patria será libre; y la juventud y la belleza te ce„ñirán esta corona en las orillas del Guadalquivir. „Ve, deja esta soledad y cumple tu destino." Dijo y

desapareció el inmortal Padilla. Un trueno terrible, que conmovió la cueva, sacó á nuestro héroe de aquel misterioso letargo; y un egemplar de la sagrada Carta y una espada fulgente que encontró entre sus manos aumentaron mas y mas su admiracion y asombro. Pero fija al instante la vista en aquellas prendas, recuerda con viveza su vision portentosa, y blandiendo su espada "Madre patria, prorumpe, heróica y desgraciada nacion: si el mas débil de tus hijos está destinado para quebrantar las „cadenas que te oprimen y degradan: si de el esperas „tu libertad; helo aquí pronto á arrostrarlo todo por „tu salud y gloria." Repite entonces con energia el juramento que poco ántes habia pronunciado, y enmudece tranquilo.

Entregado á mil agradables ilusiones lisongeras, pasó Riego con impaciencia el resto de aquella fausta noche. A la mañana siguiente escondió en su seno el egemplar precioso de nuestra Constitucion, ciñó su espada, se despidió de la cueva de Ansena y marchó á seguir su carrera y destino. Seis años gimiendo por los males de su patria, y llorando la suerte de los desgraciados héroes de ella, suspiraba por el momento en que se cumpliesen los vaticinios de Padilla. La suerte que lo habia destinado para tan altos fines, parecia librarlo con mano oculta del riesgo de aquellas tentativas siempre heróicas; pero que estaban marcadas con el sello de la desgracia; hasta que, finalmente, en la organizacion del egército espedicionario comenzó á concebir la esperanza de

realizar sus ideas. La edad, valor é ilustracion de los oficiales que lo componian los hacian los mas apropósitos para el imento: la disciplina y organizacion militar le parecia justamente harian mas imponente y respetable aquella ilustre conspiracion; las ideas del siglo estaban maravillosamente difundidas en todo el egército español: la suerte que esperaba aquella selecta parte de él hacia fáciles de inflamar á las clases inferiores. Y finalmente, el desprecio de la muerte y la ambicion de gloria, que son los elementos principales de la milicia, podian solo llevar al cabo tan arriesgada empresa en el estado de terror en que el pueblo se hallaba.

Don Rafael del Riego destinado al egército espedicionario, en clase de ayudante de la plana mayor, habia llegado pocos dias ántes del desgraciado 8 de julio; pero forzado á residir cuatro meses en Bornos, por el mal estado de su salud, y nombrado segundo comandante del batallon de Asturias, se incorporó á él en el pueblo de las Cabezas el 8 de noviembre, aunque débil y quebrantado. Los estragos del contagio habian cesado enteramente, la comunicacion con Cádiz se hallaba ya restablecida, los espíritus habian tomado un vuelo estraordinario: Riego fue iniciado en el secreto de la conspiracion, y el estado de efervescencia en que se hallaba el egército le convenció de que era llegada su hora. Lleno de indignacion al ver abortado el anterior proyecto, temeroso por la suerte de los presos, en cuyo número se contaban sus amigos y paisanos los ilustres san

Migueles, y ardiendo, finalmente, en deseos de redimir la patria, dió principio á su obra con una decision y valor indecibles. Entabló comunicacion con el célebre Quiroga, preso en Alcalá de los Gazules, abrió conferencias continuas, examinó y rectificó los planes, habló, persuadió, y aumentó el número de los determinados, y desenvolviendo esa actividad incomparable que lo caracteriza, terminó sus trabajos preparatorios á fines de diciembre, y designó el primer dia del año 20 para el recobro de nuestra libertad civil.

Los batallones confabulados eran los de Asturias, Sevilla, Corona y España: los demas estaban bastante bien dispuestos y la mayor parte de sus oficiales decididos. El primero de estos acantonado en las Cabezas de san Juan y el segundo en Villa-Martin debian marchar sobre Arcos á las órdenes de Riego, sorprender al cuartel general, y asegurarse del general en gefe, estado mayor, y demas que se opusiesen á la egecucion del proyecto. Los de España y la Corona á las órdenes del coronel Quiroga, nombrado comandante general del alzamiento, marcharian desde Alcalá y Medina, donde respectivamente se hallaban, sobre el puente Suazo, lo tomarian por un golpe de mano, entrarian en san Fernando y pasando la Cortadura, ocuparian á Cádiz, cuyas puertas hallarian abiertas. El coronel don Felipe Arco-Agüero, preso en el castillo de san Sebastian de Cádiz, estaba nombrado gefe del estado mayor; don Vicente Beltran de Lis y don Juan Mendizabal estaban en-

cargados de los víveres del egército; don Antonio Maria Alcalá Galiano, don Sebastian Ballesa, don Domingo de la Vega, don José Montero y don Manuel Inclan eran en Cádiz los principales agentes de la conspiracion; y el capitan de Canarias Oltra, recorria los acantonamientos del egército y llegó hasta Osuna, donde estaba el escuadron volante y la brigada de á pie de artilleria. Tales eran los planes concebidos y disposiciones tomadas en los últimos dias del año 19.

Llega, por fin, la noche del 31 de diciembre, y Riego, á quien devoraba la impaciencia de ver espirar el último año de la servidumbre española, convoca á la oficialidad del batallon de Asturias, la recibe con aquella cordialidad que le habia grangeado tanta popularidad y afecto, y haciendo uso de aquella gracia inimitable para insinuarse en los corazones, le dirige el siguiente discurso. "Compañeros de „armas, hace siete años que la nacion española aban„donada á sí misma, y legalmente representada en „Córtes, promulgó la Constitucion política, que de„bia asegurar su felicidad é independencia. La Eu„ropa entera reconoció su legitimidad. El pueblo la „abrazó como una garantia de sus derechos, y no„sotros mismos pronunciamos el juramento de mo„rir en su defensa. Sin embargo, el monarca engaña„do, despues de su rescate, echó por tierra esa sa„grada Carta, de la que recibia el mejor de sus tí„tulos al trono en que se asienta, y el dia 4 de „mayo de 1814 perdió el pueblo español su libertad

„y fueros. Estos fueros, los mismos que arrebató Cár-
„los V á Castilla, con la muerte de sus comuneros va-
„lientes, y Felipe II al Aragon, con la de su úl-
„timo justicia mayor el insigne Lanuza, son los que
„distinguen al hombre libre de los viles esclavos. Su
„pérdida ha convertido la nacion, que hace poco es-
„citaba la admiracion del mundo, en un objeto de la
„befa y escarnio de las potencias cultas. En ella el
„crímen se halla impune, la virtud perseguida, el
„saber castigado, la seguridad personal violada, exal-
„tada la adulacion y premiado el delito. La grosera
„ignorancia, la sediente ambicion y la torpe impos-
„tura han usurpado su lugar á la verdad y á la jus-
„ticia. Los bizarros que han querido remediar tan-
„tos males, ó espiraron en suplicios afrentosos, ó gi-
„men en los subterráneos de la inquisicion sangui-
„naria; y esta nacion heróica no ha triunfado del mas
„poderoso invasor, sino para arrastrar las cadenas de
„una servidumbre vergonzosa. Y bien, compañeros,
„¿será que nosotros adjuremos el voto solemne de mo-
„rir en defensa de una Constitucion, que asegura los
„derechos de la patria y váyamos á eternizar los hier-
„ros de nuestros hermanos de América, ó será que
„enarbolando el estandarte nacional, y tronando con-
„tra el fanatismo impostor, libertemos la nacion de
„una tiranía oprobiosa, le restituyamos la libertad,
„y cubiertos de gloria merezcamos un lugar en el
„templo de la fama? Sí, dignos y valientes compa-
„ñeros: nosotros hemos jurado esa Constitucion á la
„cruz de la espada, y el militar honrado no puede

„ser perjuro. Ea, pues, ya ha llegado la hora de cum-
„plir este juramento sacrosanto: que sea hoy el úl-
„timo dia de nuestra esclavitud, y aclamando ma-
„ñana el código de nuestros antiguos fueros, que el
„batallon de Asturias dé principio á la salvacion de
„la patria." Dijo el héroe, y sacando el egemplar de la Constitucion, que despues de seis años abrigaba en su seno. "Compañeros, continuó, ved aquí el pa-
„ladion de la libertad española. ¿Jurais por vuestro
„honor morir en su defensa"? y sí juramos, fue el grito general de los oficiales de Asturias. El entusiasmo llegó á su colmo. Esta heróica oficialidad no cesa de aplaudir á su intrépido gefe. El teniente coronel don Fernando Miranda y el capitan Valcarcel se distinguen en la exaltacion: lo abrazan y lo admiran, todos sienten la lentitud de las horas de la noche, y se separan deseosos de ver amanecer el nuevo dia.

Riego entre tanto se retira á su cuarto, y en la soledad y silencio de la noche se entrega á la contemplacion de su estado, à la de los empeños que ha contraido, peligros que le cercan, y dificultades que tiene que vencer. Dentro de pocas horas va á amanecer el primer dia del año 1820. Todo está preparado para el alzamiento, está decidido y jurado, y ni riesgos ni inconvenientes lo pueden suspender. Sin embargo, los obstáculos son casi insuperables. El pueblo de las Cabezas, donde se halla con su batallon, está rodeado de tres cuarteles generales. El ed la caballeria del egercito, mandada por el gene-

ral Ferraz, en Utrera: el de la segunda division de infanteria, á las órdenes del brigadier Michelena, en Lebrija; y el del general en gefe del egército en Arcos. Las lluvias copiosas, que habian empezado desde el 28 de diciembre, imposibilitaban la salida de las tropas con pretestos de paseos militares y revistas de armas, y los caminos se hallaban casi impracticables. La menor demora suya podia malograr la empresa y sacrificar inútilmente á sus heròicos compañeros. Por otra parte el sueño de la cueva de Ansena se le representaba con viveza. Aquella espada que tenia de las manos de Padilla, y creia invencible, le infundia confianza y denuedo, y mil esperanzas lisongeras alhagaban su imaginacion. Ya se figuraba á la nacion libre de las agresiones del poder absoluto; ya se oía aclamar el libertador de la patria; ya veia su nombre inscripto al lado de los de Guillermo Tell y de Washington; ya, finalmente, se consideraba á las orillas del Guadalquivir un inmenso concurso agolparse por verle, y la mano virginal de las gracias ceñir sus sienes victoriosas de florido laurel. A esta imágen se le enciende la sangre, salta de su asiento, pasea con precipitacion por el cuarto, abre una ventana, y el crepúsculo del dia le advierte que ha llegado la hora de egecutar.

Con efecto, amanece aquel dia memorable, que formará época en los fastos de la historia, aquel dia tremendo, en que debia resonar en un ángulo de la península el grito terrible de la libertad, y aquel dia en que un puñado de héroes, á las órde-

nes de Riego, debia aclamar esa Constitucion ominosa á los tiranos, que derribando el trono de la arbitrariedad y el capricho, lo asentaria sobre la razon y la justicia. Riego entonces llama á su secretario Aenlle, le confia los bandos y proclamas, que fija èste por sí mismo: reune á los oficiales, establece una circumbalacion de centinelas para impedir la salida del pueblo, forma su batallon, y á las nueve de la mañana y á la cabeza de él, arroja el primer grito de la salvacion de la patria. La tropa y oficiales corresponden con entusiasmo á este rasgo de valor y patriotismo, pueblan el aire los vivas y aclamaciones á la Constitucion, á la libertad y al intrépido Riego; y el pueblo, espectador de esta grandiosa escena, manifiesta con un silencio estúpido su admiracion y asombro. Inmediatamente suspende al ayuntamiento y justicia, instituye autoridades constitucionales, nombra por alcaldes á don Diego y don Antonio Zulaetas, y establece en las Cabezas el nuevo régimen, sin el menor desórden.

Eran ya las tres de la tarde cuando Riego emprendió su marcha á la cabeza de aquel glorioso batallon y con direccion á Arcos, cuartel general del egército. El pueblo quedó circumbalado, y el capitan de Asturias don Vicente Lleu permaneció en él, con órden de no abandonarlo hasta cuatro horas despues de su salida. A esta sábia disposicion se debió en gran parte el éxito de las primeras operaciones de Riego, pues por su medio se evitó que se divulgase su pronunciamento, y que prevenido el general en

gefe, inutilizase sus planes y contrarrestase su arrojo con fuerzas superiores.

El batallon de Asturias seguia, pues, su marcha, dando continuas pruebas á sus gefes de su exaltado patriotismo, jurándoles una obediencia ciega, y prometiéndose todas las clases entre sí no abandonarse unas a otras, y correr igual suerte. Aquella noche la pasó en el camino, y á las dos de la mañana del dia siguiente llegó al cortijo del Peral, distante un cuarto de legua de Arcos. En este punto se le reunieron el teniente de artilleria don Manuel Bustillos, los capitanes don Juan Pinto del batallon de Guias y don José Casavelos del de la Princesa, todos confidentes y que debian contribuir á la proyectada sorpresa del cuartel general, y se continuó la marcha hasta las inmediaciones del pueblo. Allí se hizo alto, y el comandante Riego, ordenó y distribuyó las prisiones. La del general en gefe fue confiada al teniente Bustillos, la del gefe de estado mayor á Miranda, la del general Sanchez Salvador à Valcarcel, y tomadas estas disposiciones, se esperó el aviso de la llegada del batallon de Sevilla, que debia entrar por la otra parte del puente.

Pero el tiempo discurria y el aviso no llegaba. La impaciencia comenzaba á inquietar ya los ánimos: las dificultades y peligros de semejantes operaciones aumentaban la incertidumbre y la desconfianza: la situacion de Riego era crítica; y al corto número de sus fuerzas se agregaba el justo temor de que la tropa trasluciese el menor contratiempo.

Las campanas anunciaban ya la próxima venida del dia, el crepúsculo de él comenzaba á disipar las sombras, y todo se malograba si amanecia ántes de egecutar la sorpresa. Pero el intrépido Riego ve que la luz del dia va á frustrar sus esperanzas, y sin consultar mas que la necesidad y su ardimiento, manda avanzar á los oficiales encargados de verificar las prisiones: sigue de cerca con cinco compañías á los destacamentos que las acompañaban: forma en columna cerrada en la primer plazuela, y deja el resto del batallon en una pequeña altura, que domina la ciudad para custodiar los equipages y sostener la retirada si fuese necesario.

Poco tiempo hacia que Riego se habia situado, y se habian alejado los destacamentos destinados á la egecucion de las prisiones, cuando se oyeron cinco ó seis tiros de fusileria: Riego cree entonces que se le opone resistencia, no puede contener su ardor, y con solos los gastadores, corre á averiguar la causa de los tiros. Llegado á casa del general en gefe, sabe que los habia mandado disparar el teniente don Miguel Perez, alarmado por un movimiento de la guardia del general: ve que este no habia querido abrir su puerta, á pesar de las reflexiones del teniente Bustillos, insta, amenaza y el general cede y se entrega arrestado. En seguida pasó el mismo Riego á egecutar la prision del subinspector Blanco, y del comandante Gavani: Miranda verifica la del general Fournas, Valcarcel la del general Sanchez Salvador, y reunidos todos en el alojamien-

to del general en gefe, fueron conducidos al cortijo del Peral escoltados por dos compañías al mando del capitan Valcarcel.

Concluidas las prisiones, se incorporó el resto del batallon, é hizo su entrada en Arcos el de Sevilla, que habia llegado á tiempo al Castillo de Fain; pero al que una equivocacion le habia privado de tener parte en ellas. Estos cuerpos se vieron con el mayor júbilo, y sus individuos todos se juraron mútuamente fidelidad y union. Inmediatamente fue aclamado por general el comandante Riego, segun estaba convenido, y este nombró por gefe de su estado mayor al teniente coronel don Fernando Miranda. El batallon de guias, que se encontraba en Arcos, no estaba enteramente decidido; pero Pinto, Valle, Solana, Corral, Combé, y otros de sus oficiales habian preparado de antemano algunas de sus compañías, y el egemplo de los de Asturias y Sevilla, el éxito de las primeras operaciones y la persuacion de Riego acabaron de determinarlo, y á las ocho de aquella mañana se unió á las banderas de la patria.

Entonces se estableció el sistema constitucional, se dió algun descanso á las tropas, el intendente de egército don Domingo de Torres presentó 11000 duros que se hallaban en tesoreria, el comandante general Riego ofició y estrechó á los cuerpos comprometidos, y no teniendo noticia alguna del movimiento que el general Quiroga debia egecutar sobre el puente Suazo con los batallones de Corona y

España, envió al teniente don Ramon Miro con un destacamento de los tres cuerpos que se hallaban reunidos en el cuartel general, en testimonio de que por su parte se habian realizado los planes y consumado la totalidad del proyecto.

La situacion de Riego, sin embargo, era crítica y apurada. Ignorante todavia en la tarde de el 2 del movimiento del general Quiroga; sabia que el alzamiento se habia reducido á los dos batallones de Asturias y Sevilla, al de Guias, que se le habia reunido, y probablemente á los de la Corona y España; y aunque dueño del cuartel general, 12000 hombres disponibles del egército espedicionario no podian ménos de darle el mayor cuidado.

Tales eran las tristes reflexiones que ocupaban á Riego á tiempo que algunos oficiales del segundo batallon de Aragon, que se encontraba en Bornos, se presentaron á informarle de las favorables disposiciones del cuerpo, y le hicieron concebir algunas esperanzas. Poco rato despues el decidido capitan del mismo don Felix Zuasnabar se presentó en Arcos con toda su compañía, y acabó de persuadirle de la facilidad de atraerse con su presencia el batallon entero. El mal estado de la salud de Riego habia empeorado sensiblemente con las fatigas y desvelos de los últimos dias; pero guiado de su celo y actividad, resuelve hacer á toda costa tan importante adquisicion. Con este motivo, pues, sale de Arcos á las tres de la mañana del siguiente dia á la cabeza de un destacamento de 300 hombres, cae

al amanecer sobre Bornos; forma una parte de su tropa en batalla sobre la altura, que domina este pueblo; reparte el resto de ella en los puntos mas ventajosos, y se adelanta á él, con solo su asistente y dos ordenanzas de caballeria. El teniente Valledor, que se hallaba de guardia á la entrada, le presenta á su comandante don Juan Llanos, á quien acababa de hacer prisionero, el cual, no queriendo tomar parte en la empresa, fue tratado con la mayor consideracion y se le permitió permanecer en Arcos. Riego comisiona á su ayudante don Francisco Perez para reconocer con los ordenanzas de caballeria las avenidas de Espera, Coronil, Montellano y Villamartin y tomadas estas disposiciones, se introduce en el pueblo. Allí manda tocar generala, la tropa sale de su cuartel, y prevenida ya de antemano por los oficiales Valledor, Arreviliaga, Mogrovejo, Sanchez, Zuasnabar, Sonazabal y otros, cede á la persuacion de Riego, aclama la Constitucion, y sale al camino de Arcos, tambor batiente, y dando las mayores muestras de entusiasmo y alegria. El comisionado de la real hacienda don Pedro Insua presenta 16000 duros que tenia en su poder; el destacamento de 160 hombres que tenia este batallon en Espera se reune á su cuerpo sin repugnancia, y Riego adelanta un aviso al gefe de su estado mayor don Fernando Miranda, quien determina recibirle con toda la division nacional desplegada en batalla en la calle llamada de la Corredera. Asi el batallon de Aragon á su llegada á Arcos tuvo la

agradable sorpresa de ser recibido con los mas exaltados vivas y aclamaciones, y ver reunidos cuatro de los mejores cuerpos en defensa de la causa de la patria, y á las órdenes de un gefe que merecia el voto y la confianza de todos.

La respetable reunion de estas fuerzas y 27000 duros, que se habian recogido para atender á las primeras necesidades, presentaban el aspecto mas favorable y escedian aun á las mismas esperanzas de Riego; pero por otra parte, la absoluta ignorancia en que este se hallaba del movimiento de los cuerpos de Quiroga, inquietaba su espíritu y lo tenia en una zozobra continua. El, siempre prudente, ocultaba en su interior sus inquietudes, y una satisfaccion esterior disfrazaba sus cuidados á la tropa y á la mayor parte de sus oficiales. El resto de aquel dia lo empleó en cimentar y organizar el sistema y asegurar la tranquilidad de aquel pueblo para cuando fuese preciso abandonarlo. Las autoridades civiles y militares y los oficiales sueltos del egército juraron solemnemente la Constitucion, se dieron pasaportes á los que no lo quisieron verificar, los batallones reiteraron el juramento de morir en defensa de la libertad pátria, y al declinar la tarde fueron conducidos al alcazar de la ciudad los generales y gefes, que estaban presos en el cortijo.

Entretanto el general Quiroga no habia sido tan feliz en sus operaciones: encerrado en el convento de santo Domingo de Alcalá de los Gazules; debia haberse puesto en movimiento en la noche del

primero; pero imposibilitado de verificarlo por las grandes avenidas, que habian ocasionado las lluvias anteriores, se vió precisado á diferirlo hasta la mitad del dia siguiente. Entonces el batallon de España, que estaba allí acantonado, salió á situarse á la distancia de una media legua del pueblo: Quiroga presentado en aquel punto fue recibido con aclamacion en sus banderas, y puesto á la cabeza, marchó sobre Medina, donde se hallaba el batallon de la Corona. Embarazada la tropa en esta marcha por el mal estado de los caminos, serian como las once de la noche cuando llegó á las inmediaciones del pueblo. El digno capitan de la Corona don José Rodriguez Vera, que debia ponerse á la cabeza de su batallon, estaba ya esperando con algunos de sus oficiales la llegada de Quiroga y el batallon de España. Estos hacen alto, se nombran los piquetes que deben verificar las prisiones, y mandados por oficiales de la mayor confianza, se adelantan al pueblo. Quiroga manda formar su batallon en columna, los sigue de cerca; rompe el toque de generala al entrar en Medina, y va á desplegar la batalla frente al cuartel de la Corona. Este batallon repite el toque, toma las armas y sale á formar á la calle. El comandante general y el de la Corona son arrestados al instante por los piquetes mencionados. El batallon de la Corona desfila el primero, el de España le sigue, y ámbos á las órdenes de Quiroga toman el camino de san Fernando. El tiempo invertido en estas operaciones y el mal camino re-

tardaron considerablemente la marcha. Los soldados se enfangaban hasta media pierna, perdian los zapatos, se fatigaban en estremo, y apenas adelantaban, como suele suceder en las marchas nocturnas. Asi es que debiendo llegar al puente Suazo al amanecer del diz 3, para no ser vistos: no lo verificaron hasta las nueve de la misma mañana, hora en que pudieron ser descubiertos y rechazados, si no los hubiese salvado el descuido de los gefes de la Isla.

Llegados, pues, à la hora mencionada, el general Quiroga mandó avanzar al capitan de la Corona don Miguel de Badenas con las compañias de granaderos de su cuerpo. Este lo verificó con intrepidez, y desarmando la avanzada del portazgo, que formaba el cordon de sanidad, pasò en carrera al puente Suazo, y se apoderó de él sin resistencia. El batallon de la Corona lo siguió de cerca; á poca distancia el de España, y los dos batallones nacionales dueños del importantísimo punto de la ciudad de san Fernando, el general Quiroga procedió al arresto de Cisneros, é inmediatamente dispuso la ocupacion de Torregorda y de la caseria del Osio.

La justa consideracion del cansancio de una tropa, que acababa de hacer una marcha nocturna tan pesada y molesta, y en la que la mayor parte habia quedado descalza, movieron á este heróico general á darla descanso, y esperar la venida de alguno de los confidentes de Cádiz, cuya ciudad contaba le abriria las puertas. A mas de esto los refuerzos de Guias y algunos otros, que debian haber-

se unido á la columna nacional en el camino, no lo habian verificado: la fuerza total de los dos batallones ascendia solamente á mil trescientos hombres, y el de la Corona se componia casi todo de reclutas. El batallon del Depósito, que se hallaba en san Fernando, constaba de cuatrocientos hombres cumplidos todos ellos, é inspiraba la mas justa desconfianza; y finalmente, la necesidad de conservar los puntos ocupados, distraia para su guarnicion mucha parte de la fuerza. Estas poderosas razones determinaron, sin duda, al general á diferir su movimiento sobre Cádiz; dilacion que impidió ciertamente se realizase la parte mas importante del proyecto y que pudo haber sido funesta á la causa de la patria; porque los gefes de la plaza noticiosos del alzamiento, por la ocupacion de la Isla, tuvieron tiempo suficiente para poner la Cortadura en estado de defensa: se aprovecharon de la confusion é incertidumbre, que causó la noticia de un acontecimiento tan imprevisto; aumentaron hasta doce rs. diarios el prest de la milicia urbana, y desplegaron en fin todos los recursos, que les sugirió su adhesion al poder absoluto. Felizmente que éste no ha podido premiar su fanatismo, y olvidados del ídolo mismo, que pretendieron incensar, sus nombres serán consignados á la execracion de las generaciones futuras.

La tarde de aquel dia habia discurrido, pues, y como ninguno de los confidentes de Cádiz se hubiese presentado en la Isla, el general Quiroga informado de que en la Cortadura no habia ni arti-

lleria ni tropa, en estado de hacer fuego, destacó en la noche al comandante de la Corona don José Rodriguez Vera, para que se apoderase del fuerte de Puntales. Rodriguez emprendió su marcha, y careciendo de guias y no conociendo el terreno, se acercó á la Cortadura, y recibido en ella á balazos, fué forzado á retroceder con la pérdida de tres hombres, que quedaron muertos en el campo. Entonces vió Quiroga claramente, que Cádiz se habia puesto ya en estado de defensa, y que habia abortado el proyecto. Los partidarios de la buena causa, que se encontraban dentro, no pudieron llevar á efecto la conspiracion deseada, y aunque nunca desmayaron, hallaron la empresa por entonces superior á sus fuerzas. Posteriormente dieron repetidas pruebas de su decision y constancia; y si bien no tuvieron la satisfaccion de cooperar en tanta manera al recobro de la libertad española, no por eso son ménos acreedores á la gratitud nacional.

Pero volvamos á nuestro héroe, que se encontraba todavia en Arcos con su division la mañana del 4, sin la menor noticia de las operaciones de Quiroga. Él habia determinado marchar aquella misma mañana con direccion á Medina, y Alcalá para reunirse á los cuerpos de Corona y España, por si inconvenientes imprevistos les habian impedido ponerse en movimiento y atraerse á mas á los batallones del Príncipe y América, que se hallaban en Gimena y Bejer; pero algunos oficiales habiendole espuesto la imposibilidad de vadear el rio

Majaceite, sumamente acreceantdo entonces, y la necesidad de dirigirse á Jerez de la Frontera, é interceptar el correo de Cádiz á Madrid, la gravedad de esta reflexion y cediendo á las instancias de sus oficiales, suspendió su salida hasta las 4 de la tarde. Deseoso asimismo de conciliar el ánimo de los soldados de Guias, en algun modo indispuestos, por la pérdida de dos compañeros, que habian resultado muertos de los tiros disparados al tiempo de la prision del general en gefe: dispuso darles una comida en la plaza del Castillo, á que asistieron varios individuos de los otros batallones y que fue servida por los oficiales.

Poco despues de medio dia supo ya Riego las ocurrencias referidas de la ciudad de san Fernando, é inmediatamente mandó salir para este punto á su ayudante don Santiago Perez, á fin de noticiar á Quiroga la marcha de su division. El salió en seguida á la cabeza de ella para Jerez, y los generales y gefes arrestados siguieron á caballo, por no permitir carruages el estado deplorable de los caminos. Los oficiales encargados de su escolta les prodigaron toda especie de atenciones, sin descuidar de ningun modo su seguridad, y procurando alejar de la vista de la tropa á unas personas que pocos dias ántes eran ciegamente obedecidas, y podian tener sobre ella la mayor influencia. La division hizo alto aquella noche en el cortijo de la Peñuela, y continuando su marcha al amanecer del dia 5, verificó su entrada en Jerez á las ocho de la

misma mañana, aclamando la Constitucion, y dando pruebas nada equívocas de su entusiasmo y júbilo.

El pueblo de Jerez de la Frontera presentó á los batallones de patriotas á su entrada la imágen del asombro y de la estupefaccion. El hábito de la servidumbre, y el mal éxito de tantas otras tentativas para sacudirla, habian dado sin duda á esta poblacion una idea tan ventajosa de la fuerza y recursos del poder absoluto, que no podian figurarse hubiese hombres bastante temerarios para hacerle frente, ni bastante locos para esperar contrarrestarlo. Así, pues, aquel numeroso vecindario enmudeció admirado á vista de la intrepidez y osadía de aquella heróica tropa. Pero las almas grandes, superiores al vano prestigio y quimérica ilusion, descuellan entre la muchedumbre por su valor y bizarría. Nacidas para dar impulso á la opinion pública, aprecian las cosas con criterio y exactitud, y producen ordinariamente y sin esfuerzo esas bellas acciones, que mira el vulgo como otras tantas maravillas, y que arrastran irresistiblemente con su glorioso egemplo: así don Manuel Rafael Pol de Quimbert se alzó en la mañana del 5 desde la esfera del concurso numeroso, al nivel de los héroes que iban á libertar la nacion. Apenas este decidido ciudadano ve la division nacional, prorumpe en vivas á la Constitucion, corre á su comandante, lo estrecha entre sus brazos, muestra en el aire un egemplar, y pronuncia exaltado las palabras siguientes: "Vedla aquí. Seis años ha que la tenia sepultada para sa-

carla á luz en este dia de gloria tan suspirado por los amantes de la patria." Esta alma generosa no se separó un instante de la tropa nacional, mientras permaneció en Jerez, y continuó dando pruebas de su amor á aquellas instituciones benéficas y justas, que iban á reintegrar la nacion en su primitiva dignidad. Un rasgo de valor semejante en un ciudadano pacífico, que á la salida de los patriotas iba á quedar espuesto á los tiros y venganza de los partidarios de la opresion, es acreedor al aprecio y consideracion de los buenos, y merece que el nombre de su autor sea recomendado á la gratitud nacional.

El comandante general don Rafael del Riego destacó inmediatamente á su entrada la compañía de granaderos del batallon de Asturias para hacer la aprehension del general Sarsfield, quien habia desaparecido la noche antecedente. Este hombre, que por su valor y concepto, habia sido la esperanza del egército espedicionario en el año anterior, y que iniciado en el secreto de la conspiracion, habia manifestado cooperar á él con celo y energia: engañó la confianza de sus compañeros hasta la víspera misma del desgraciado 8 de julio, y en este áciago dia contribuyó con Avisbal á la prision de los amigos y confidentes, con quienes habia trabajado para llevar á efecto la conspiracion malograda. El espíritu de lenidad que ha caracterizado á la España liberal lo ha eximido de toda reconvencion; pero el testimonio interior de la conciencia debe ser el verdugo mas inexorable de los grandes culpados.

La division formó en la plaza del Arenal, y Riego pasó con dos ayudantes y cuatro ordenanzas al telégrafo, anunció al gobernador de Cádiz su llegada, y le intimó la rendicion con responsabilidad de las desgracias, que pudiese producir su resistencia. En seguida se constituyó en las casas del ayuntamiento, instaló las autoridades constitucionales, les mandó prestar el juramento á la Constitucion en manos del gefe de su estado mayor, y previno la publicacion en el dia siguiente. Practicado esto, se alojó la tropa, y poco despues de medio dia llegó un teniente de la Corona, con un oficio del general Quiroga para el comandante general, manifestando el disgusto de la tropa de la Isla, por la tardanza de sus compañeros. En su virtud resolvió Riego continuar la marcha, y la emprendió con su division á las cuatro de la tarde. Los generales arrestados, á quienes habia tenido la prudencia de no permitir atravesar la ciudad, habian esperado con su escolta á un cuarto de legua en donde se reunieron á la division, que llegó ya muy tarde y fatigada al Puerto de santa Maria; pero observando siempre el mejor órden y mas rigorosa disciplina. La tropa fue acuartelada, el comandante general la visitó por sí mismo, dió todas las disposiciones que le dictaron su interes y su celo para su asistencia y descanso, y rendido ya de fatiga, se retiró á su alojamiento.

Cinco dias hacia que Riego habia dado principio á la grande obra de la salvacion de su patria, y apenas en ellos habia podido dedicar un par de

horas al preciso descanso. Su actividad y vigilancia lo tenian siempre en movimiento; y atento á todo, habia sabido conciliar la madura prudencia con el mas temerario denuedo. Solo así habia podido realizar con tanta exactitud la parte del plan que le estaba confiada; así habia sorprendido el cuartel general con solo su batallon de Asturias; así habia establecido el sistema en todos los pueblos de su tránsito; así conducia cuatro batallones en vez de dos al baluarte de la patria; y así finalmente arrostró despues tantos peligros como se verán separados en el curso de esta rápida revolucion.

Retirado á su alojamiento, el sueño, incompatible con los graves cuidados, habia apenas derramado sobre él sus narcóticas flores, cuando asaltado ya del desvelo, recorria con viveza las variadas escenas de aquellos dias, y calculaba los peligros inminentes de que estaba cercado. Si una revolucion popular, se decia á sí mismo, es la obra maestra del talento y el valor; si su éxito depende de un millon de circunstancias tan dificiles de preveer: tiene casi siempre un resultado feliz, como esté bien dirigida, y sean justos y poderosos los motivos que la provocaron. Pero una conspiracion militar, aunque el desprecio de la muerte facilite su esplosion, está infinitamente mas espuesta á reacciones, y debe tener á sus agentes en alarma continua. Rota la cadena de la subordinacion para llevarla á efecto, es dificil despues exigir de la tropa aquella exacta disciplina, que es su principal elemento, y constituye su

verdadera fuerza. El soldado, á quien se le persuade que no debe obedecer á gefe que le dió un gobierno establecido; difícilmente se le sujeta á la ciega obediencia de un conspirador. Faltando la fuerza que lo retenia en el servicio, subsiste en sus banderas por su sola voluntad; la desercion, léjos de presentarle la idea del castigo, le ofrece todavia ventajas, y si una vez comienza, se propaga con rapidez. Atenido á subsidios diarios, cada privacion es un ataque á su constancia; y los riegos, penalidades y fatigas del servicio hablan mas elocuentemente á su razon, que las proclamas y ofertas de sus gefes. La esperanza de ser licenciado lo seduce con facilidad, y movido en el caso presente por un interes inmediato, una sola promesa del gobierno podia desvanecer como el humo los batallones de la patria. Estas reflexiones eran amargas y demasiadamente justas; pero por otra parte consideraba el heróico entusiasmo de sus oficiales; su poderoso ascendiente sobre la tropa le ofrecia grandes recursos; y la esperanza lisongéra concluia siempre por alhagar su imaginacion acalorada.

Así discurrian las perezosas horas de la noche, cuando Riego oye llamar á la puerta de su habitacion; salta de la cama prontamente; abre la de su cuarto, y.... ¿cual seria su sorpresa al hallarse en los brazos de los ilustres presos O-Daly, Arco-Agüero, Labra, los san Migueles y Marin, que habian escapado aquella noche del castillo de san Sebastian? Víctimas del fatal 8 de julio, habian sufrido seis meses de una dura prision, y debian su

libertad á este último alzamiento. El ciudadano don José Diez Imbrecht, vecino de Cádiz, les habia proporcionado un místico, que á costa de mil riesgos los sacó del castillo, y el capitan don Rafael Montes, comandante de aquel destacamento, habia tenido el arrojo de acompañarlos, y arrostrar con ellos todos los peligros de la fuga. Estos patriotas fugitivos refirieron á Riego como habian desembarcado á la una en la playa del Puerto de Santa Maria, algo desviados del castillo de santa Catalina, y que ignorando si habia tropas nacionales en el pueblo, habian permanecido algun rato indecisos; hasta que precisados á tomar algun partido, habian seguido adelante, y tropezado con una avanzada, que los habia sacado de la duda. Que llenos de la mas viva alegria habian al instante preguntado por su alojamiento, y que conducidos á él, con solo su vista se creian compensados de sus anteriores desgracias. Riego á su vez les hizo una relacion circunstanciada de sus operaciones y trabajos, y los enteró del estado y progresos de la conspiracion. Ellos le interrumpian con frecuencia, se disputaban entre sí el placer de estrechar á su libertador, lo miraban como su génio tutelar; y todos entregados al regocijo de su reunion, y á las gratas emociones de un afecto cimentado en la igualdad de ideas é identidad de sentimientos, pasaron el resto de aquella feliz noche, haciendo los mas ardientes votos por la salvacion de la patria.

Amanecido el dia 6, comenzó Riego por reponer en sus empleos respectivos á don Santos, á

don Evaristo san Miguel y al comandante don Ramon de Labra. A las 10 se formó su division en el campo llamado de la Victoria, y general, oficiales y soldados oyeron una solemne misa, que celebró el capellan del batallon de Asturias, para santificar la festividad de los reyes: el aparato militar, la asistencia de las músicas, el campo convertido en un templo y la santidad de la causa, que habian abrazado aquellos héroes, dieron á la celebracion un aspecto interesante y sagrado, que mandaba la devocion mas pura. Durante toda ella se elevaron al cielo las mas ardientes súplicas por la libertad de la nacion, y concluido este acto religioso, pasó el comandante general á las casas de ayuntamiento, acompañado de toda la oficialidad y de un destacamento de granaderos, precedido de la música del batallon de Sevilla. Allí hizo el nombramiento provisional de alcaldes constitucionales, y estos prestaron el debido juramento en manos de don Fernando Miranda, y á presencia del público.

A las cuatro de la tarde se puso la division en marcha para la ciudad de san Fernando. Una copiosísima lluvia, que sobrevino, precisó á la mayor parte de oficiales y tropa á pasar aquella noche en Puerto-Real; pero Riego, llevado de la impaciencia de reanimar el espíritu de las tropas de la Isla, siguió hasta ella con su estado mayor, una parte de la division y los generales detenidos. Llegado á la ciudad, corre al alojamento del general en gefe don Antonio Quiroga, éste vuela á sus brazos, y los dos

heroes se estrecharon con el gozo y alegria, que debia producir la realizacion de unos planes, á cuya egecucion peligrosa se habian arrojado ámbos con tanto valor y denuedo. Monosílabos, esclamaciones y frases interrumpidas fueron por una y otra parte las primeras efusiones de su estático placer, hasta que calmando éste poco á poco, dió lugar á la mútua relacion de sus operaciones respectivas. Quiroga manifestó á Riego los motivos que habian impedido su movimiento en la noche del primero; los contratiempos y obstáculos, que habia superado en su marcha; su feliz ocupacion de la Isla; las razones que tuvo para no obrar inmediatamente sobre Cádiz; las disposiciones y medidas tomadas: número total de sus fuerzas; y finalmente, la estension de sus recursos y de sus esperanzas. Riego aprobó en un todo su conducta; admiró su prudencia y valor; le hizo una prolija narracion de todos sus trabajos, y despues de haberle hablado del número de las tropas, de su fidelidad y entusiasmo, le encareció la zozobra en que le habia tenido la falta de noticias suyas en los tres primeros dias de su pronunciamiento. Estos heroes se felicitaron entre sí por el éxito, que habia coronado hasta entonces una empresa tan gloriosa como atrevida, y se separaron mútuamente satisfechos, despues de haberse reiterado el juramento de llevarla adelante.

En la mañana del 7 llegó á la Isla el resto de aquella division en pequeños trozos ó destacamentos, que felizmente no fueron molestados por

los fuegos de la Carraca, como se recelaba. Pero ya las penalidades de las marchas habian comenzado á minar la constancia de aquella parte de la tropa ménos decidida, y la division nacional habia sufrido en la noche anterior una desercion considerable, sobre todo en el batallon de los Guias. Sin embargo, las tropas reunidas en san Fernando presentaban ya por entonces una fuerza imponente, y Riego, Quiroga y demas gefes de la conspiracion se dedicaron desde luego á dirigir su obra con todo el acierto y energía posibles para darla importancia y sólidez; tanto con el objeto de infundir confianza al soldado y acabar de determinar á los batallones comprometidos, como con el de animar á la nacion desalentada por el mal éxito de las tentativas anteriores, é impulsarla á su pronunciamiento, segura de tener un apoyo en la fuerza permanente.

A este fin se reunieron aquella noche en casa de Quiroga los gefes y motores, examinaron sus fuerzas: vieron que constaban de siete batallones, á á saber Asturias, Sevilla, España, Corona, segundo de Aragon, Guias, y el del Depósito, que decidido ya por la buena causa, habia tomado el nombre de veteranos nacionales; y le dieron á este pequeño egército la planta y organizacion siguiente.

Don Antonio Quiroga fue nuevamente reconocido por general en gefe, don Rafael del Riego nombrado comandante general de la primera division, el coronel don Felipe Arco-Agüero, gefe del

estado mayor general, el segundo comandante de Asturias don Evaristo san Miguel, segundo gefe del mismo, y el segundo comandante de Soria don Fernando Miranda, quedó de gefe de estado mayor de la primera division á las órdenes de Riego. Esta se componia de los siete batallones existentes; y los cuerpos comprometidos, cuya llegada se estaba esperando en la Isla, debian componer la segunda. De la primera y existente se formaron dos brigadas: la primera, que constaba de los batallones de Asturias, Corona, Guias y Veteranos, se puso á las órdenes de don Santos San Miguel, primer comandante de Asturias, y se nombró por gefe de estado mayor de ella al teniente de artillería don Manuel Bustillos; y la segunda, que comprendia los batallones de Sevilla, España y Aragon, se encargó al coronel don Gerónimo Valle y se dió por gefe de estado mayor al capitan don Andres Bazan. Se reemplazaron las vacantes que esta promocion ocasionó en los cuerpos; se nombraron primeros y segundos comandantes de ellos, y se formó tambien una junta militar compuesta del general Quiroga, Riego, O-Daly, Arco-Agüero, y don Evaristo San Miguel, á quien se nombró secretario.

El dia 8 se publicó la Constitucion en la ciudad de san Fernando, con toda solemnidad y pompa: se colocó la lápida y se instaló el ayuntamiento constitucional. Un inmenso concurso, en el que todas las clases de la sociedad confundidas mezclaban los gritos de aclamacion al nuevo código y á

sus heróicos restauradores, y la alegria y regocijo de un pueblo que en aquel glorioso dia levantaba el monumento de su felicidad: todo presentó á aquellos héroes un hermoso bosquejo de lo que bien pronto debia suceder á la nacion entera y les anunció los títulos que iban á adquirir á la gratitud española.

Con efecto, la situacion del egército nacional lo hacia respetable. Organizado en los términos que se llevan referidos, y dueño de la Isla, se encontraba al abrigo de toda sorpresa, abundaba en víveres y pertrechos, y podia dar á los muchos reclutas, de que constaba, la precisa instruccion. Por otra parte, el valor, decision, y recursos de los confidentes de Cádiz le hacian esperar que se superarian los obstáculos que se presentaban para la ocupacion de aquella plaza, y la sola adquisicion de un punto tan inespugnable debia influir considerablemente en el logro de su empresa.

Abrumado el pueblo de tantas calamidades, habia abierto los ojos á las degradaciones y vicios del anterior sistema, y al desenfreno y conducta escandalosa de los primeros funcionarios. El sólio en donde se debia asentar la justicia, lo veía hecho presa de la mentida adulacion, de la ambicion sedienta y de la inmoralidad licenciosa. El abuso de la autoridad, la nulidad é inércia del gobierno, la acumulacion de propiedades en manos muertas, los cuantiosos mayorazgos, las clases privilegiadas, y finalmente, los gravámenes públicos, pesando sobre la

clase mas útil del estado, habian privado al pueblo de los medios de subsistencia; y reducido á la mas triste mendiguez, no podia ménos de desear un cambio, que mejorase su deplorable suerte.

Asi, pues, los bravos de la Isla creian, con sobrada razon, que el solo progreso y adelanto de sus operaciones bastaria para alentarlo, y que cansado ya de opresion y sufrimiento, y conociendo sus intereses, y las ventajas de un sistema, que habia comenzado á disfrutar, no tardaria en arrojar el grito vengador, desde que pudiese contar con un punto de apoyo seguro, y se viese protegido por una fuerza algo imponente.

Sus datos eran ciertos y sus esperanzas fundadas; pero todavia estaba léjos el deseado dia de su realizacion. La ocupacion de Cádiz presentaba á cada instante mayores inconvenientes. El general Campana y el gobernador habian redoblado su actividad y vigilancia: la guardia urbana seguia decididamente el partido del poder absoluto, y el cuerpo de marina, desmintiendo por entonces el concepto de su ilustracion, abrazó la defensa de un sistema, que tanto lo habia desatendido y olvidado. Las partidas sueltas, que se hallaban en Cádiz, habian formado un batallon con el título de leales de Fernando septimo; título que dorando la traicion á la patria con la idea de la lealtad á un príncipe cautivo entonces de los manejos y artería de cortesanos pérfidos, atacaba aun los verdaderos y razonables intereses de aquel mismo, á quien pretendia servir.

Asi es que la Cortadura se vió pronto cubierta de hombres y cañones, y la policia mas severa imposibilitó los designios de los patriotas de Cádiz.

Por otra parte el egercito permanecia pasivo. Los cuerpos comprometidos no se movian; la infanteria fue alejada de la Isla; el general O-Donell habia salido de Algeciras á la cabeza de algunos destacamentos, esparcido proclamas contra las tropas de la patria, y hecho la adquisicion del batallon del Principe; y Freire habia tomado ya el mando del egercito realista. El soldado nacional, al mismo tiempo defraudado en la esperanza de ver cundir la revolucion con la rápidez que se habia prometido, la veia circunscripta á los muros de la Isla; y mal acuartelado y con una fatiga insoportable, estaba siempre espuesto á todos los tiros de la seduccion. La oferta del perdon, reiterada en proclamas diarias, iba acompañada de las mas negras imposturas contra sus dignos gefes, y no siendo suficientes estas armas para sembrar la division, é inspirar la desconfianza, se apeló al medio casi seguro de alarmar su conciencia, y el obispo de Cádiz publicó una pastoral, en la que desenvolvió la trivial, y falaz teoría de los partidarios del despotismo.

Tal es el estravio de la razon, que queriendo los hombres hacer servir la religion á sus mas criminales intereses, invocan sacrilegamente el nombre de Dios, al propagar aquellas doctrinas destructoras, que estan en la mayor contradiccion con su

admirable justicia y rectitud. Asi hemos visto á los ministros de un Dios de caridad y de paz predicar las cruzadas, y marchar á degollar infieles en honor y gloria de aquel mismo Dios, que les habia dado el quinto precepto del decálogo. Asi los hemos visto exhortar à los horrores inauditos del san Bartolome. Asi el fraile dominico Jacobo Clemente se preparó con la Eucaristia para clavar el puñal asesino en el pecho de Enrique III de Francia. Y asi tambien los apóstoles de la servidumbre, desconociendo en este Ser Supremo el autor de aquel divino precepto, que nos prescribe el amor de nuestro prójimo, predican escandalosamente desde su misma cátedra la violacion de los derechos del hombre, y la usurpacion de su natural libertad. El padre de la verdad y del òrden condena igualmente la anarquia, que el abuso del poder; crió al hombre independiente y libre, y tiene alzado su brazo justiciero contra los misioneros impios, que no respetando en sus semejantes la imágen de la divinidad, procuran por todos medios la degradacion de su especie. Felizmente va cayendo la máscara que encubria ese mentido celo por una religion, que desfiguraban, y las luces de la filosofia van disipando en nuestro horizonte los densos nubarrones de la hipocresia y del error.

El dia 9 por la noche se recibió aviso en la Isla de que el escuadron y brigada de artilleria, y el batallon ligero de Canarias venian de Fuentes y de Osuna á reunirse al egército nacional. El general

en gefe dispuso que saliese Riego á proteger su entrada en san Fernando; y habiéndolo éste egecutado al amanecer del 10 con una columna de 1200 hombres, compuesta del batallon de la Corona y algunas compañias de Asturias, Sevilla y Aragon, verificaron su entrada el escuadron de artilleria y el batallon de Canarias siete horas despues de salida la columna; y la mayor parte de la brigada de á pie, con alguna tropa, en el resto del dia. El escuadron con unas cien plazas montadas, aunque sin piezas, venia mandado por su inmortal comandante Lopez Baños, cuyos talentos y valor han contribuido tanto á la libertad de la patria, y el batallon de Canarias venia mandado por su digno comandante don Francisco Bermudo. Las tropas de la Isla recibieron á estos benemeritos cuerpos con el júbilo y entusiasmo, que puede presumirse; y alentados con un nuevo refuerzo, que reanimaba las esperanzas de mayores adquisiciones, parecia deseaban volar al combate, para mostrar á porfia su valor y decision.

El importante punto de la Carraca no tardó en presentarles la ocasion deseada, y su gloriosa toma acabó de inflamar los ánimos y llevar á colmo su exaltacion heróica. El comandante Lopez Baños fue asociado á la junta militar, y reunida esta el dia 11, el general en gefe presentó el verdadero estado de la conspiracion; se discutió en ella sobre los recursos que se tenian para llevarla al cabo, sobre los obstáculos que oponian los enemigos, y sus esfuerzos para sofocarla, y por último, de

la fortificacion y seguridad de la Isla. Cada uno de estos ilustres patriotas hizo conocer á su vez su acendrado patriotismo; cada uno ostentó sus conocimientos militares, y despues de haber anunciado sus opiniones respectivas, con aquella madurez y prudencia, que exigia la gravedad del caso: todos acordes despreciaron las tentativas de los enemigos, sin entregarse por eso á un descuido indiscreto: convinieron en la necesidad de obrar; y persuadidos tambien de la de cubrir su flanco izquierdo, y desembarazar la comunicacion con Puerto Real: decidieron la toma de la Carraca. Pero como por su situacion no pudiese ser habida, sino por medio de una sorpresa, se acordó esta para la noche del 12 con toda la debida precaucion y sigilo, y se cometió la disposicion de los preparativos al teniente de fragata don Francisco Guiral, segundo ayudante del estado mayor.

Este oficial correspondió á la confianza de la junta, con tanta actividad, inteligencia y celo, que en el discurso del dia 12 quedaron prontos los preparativos necesarios para la espedicion, que debia dirigirse en lanchones desde el Puente Suazo. La operacion fue confiada al intrepido comandante del segundo de Aragon don Lorenzo Garcia, y llegada la hora de las 9 de la noche, se formaron secretamente en el cuartel de pabellones cuatrocientos hombres sacados de los batallones de Guias, Asturias y Aragon, los cuales marcharon una hora despues con el mayor silencio al indicado puente. Allí se en-

contraba de antemano el general en gefe, quien, despues de haber recorrido las filas, tomó la palabra, y con toda la energia que le es propia, les dijo lo siguiente: "soldados de la patria: el punto „de la Carraca, que teneis á la vista, es el objeto de vuestra espedicion. De su éxito depende la „seguridad de la Isla, la libre comunicacion con „Puerto Real, y el adelanto de la grande obra, á „que dimos principio. Considerad que los soldados „que la guarnecen no son vuestros enemigos; que „tienen el mismo interes que vosotros en nuestra justa causa, y quiza que solo la suerte les ha privado del „honor de abrazarla. Marchad, pues, tended á vuestros compañeros los fraternales brazos: convidadlos „con la gloria de vuestros laureles; y si fuere preciso meter mano á las armas, vuestro valor y la „razon me aseguran el triunfo." Dijo Quiroga, y su corto discurso fue una chispa electrica, que prendiendo en los corazones de aquellos heróicos soldados, apenas podian sus gefes contener su impaciencia. En seguida llamò á parte al comandante don Lorenzo Garcia; convino con él en que siete cañonazos serian la señal de la victoria; mandó repartir aguardiente á la tropa, y á cosa de las once y media saltó esta en las lanchas, y comenzó á vogar lentamente con direccion á la Carraca.

Su empresa era tan importante, como osada y peligrosa. Vistos los lanchones desde las baterias, hubieran sido echados á pique por la artilleria enemiga; pero nada era superior al valor de aquella tro-

pa; y la reserva con que el movimiento habia sido dispuesto y dirigido, y las tinieblas de la noche podian facilitar el éxito. Las lanchas, pues, se iban alejando del puente Suazo; el ruido uniforme de los remos alteraba solo el profundo silencio de la noche; y una obscuridad propicia inspiraba confianza al general en gefe y demas, que habian quedado en san Fernando, los cuales agitados por la incertidumbre y el afan, parecian tener todas sus potencias absortas, y estar solo pendientes del oido. Ya hacia cerca de hora y media que se hallaban en este penoso estado: la espedicion les parecia debia haber llegado al arsenal; pero el silencio continuaba y su ansiedad iba en aumento. Por fin, oyen una grande algazara; creen un instante el triunfo conseguido, y se entregan á una viva alegria; pero los tiros no se oyen; la calma se restituye, y ya se iba apoderando de ellos la anterior inquietud, cuando los sacó de ella el estampido del primer cañonazo. Entonces aplicaron mas la atencion; el intervalo que mediò hasta el segundo los persuadió ya casi de que era la señal convenida, y finalmente el séptimo, y el silencio que le sucedió los cercioró del logro de la empresa.

No es fácil indicar el gozo del general Quiroga, y demas gefes de la Isla al ver realizado un proyecto tan atrevido, y que á mas de las ventajas positivas que les daba, debia influir considerablemente en su opinion para con la nacion y el egército realista. Este gozo fue seguido del vivo deseo de saber las circunstancias que habian decidido la empre-

sa tan á su favor; pero esta justa curiosidad no pudo ser satisfecha por entonces. Amanecido el dia 13, pasó el batallon de España á guarnecer la Carraca; tanto la espedicion, como la tropa, que ántes la guarnecia, se trasladaron á la Isla, y entonces supieron los interesantes detalles de esta glorioísima accion. La tropa nacional llegó felizmente á la Carraca, protegida por la obscuridad de la noche; saltó en tierra, y se hallaba ya cerca de la fortaleza, á tiempo que un artillero la distingue: da voces, esparce el alarma, y la tropa comienza á formar en confusion y desórden. El bizarro capitan de granaderos de Guias, Combé, que marchaba á la cabeza de los suyos, se aprovecha de tan favorable circunstancia, penetra con ellos en el fuerte, ve á un oficial que estaba formando sus soldados, y en vez de esgrimir su espada contra un compañero, que pocos dias ántes ocupaba un lugar en sus mismas filas, se arroja á sus brazos, y lo estrecha en ellos con la cordialidad mas afectuosa. Este rasgo de generosidad y valor deja inmóvil á la tropa, que se hallaba á medio formar; despierta la sensibilidad en aquellos pechos, siempre españoles; un movimiento involuntario guia los unos á los brazos de los otros; los gritos de union y libertad resuenan al instante en la fortaleza; y las tropas nacionales adquieren en un momento el arsenal de la Carraca, cuatrócientos hombres, que lo guarnecian, el navio san Julian y algunas cañoneras. Tal es el prestigio y la mágia de las grandes acciones, que una sola suele decidir

de las mas arriesgadas empresas. Un rasgo de valor semejante manda la admiracion al enemigo, suspende el movimiento, infunde la idea de la superioridad, y esta lleva consigo el triunfo. ¡ Loor y gloria al heróico Combé! Suya es la mayor parte del honor de la adquisicion de la Carraca; y si no hay premio bastante para la efusion de sangre que evitó su virtud, y la victoria que dió á la patria su ardimiento, la estimacion de los buenos, y la gratitud nacional serán su recompensa.

La noticia de este feliz acontecimiento, publicada por el general en gefe en la Isla la mañana del 13, enardeció mas que nunca los ánimos de los héroes de la patria, y la llegada de las tropas de la Carraca fue una escena de ternura y exaltacion, que hubiera convertido á los mismos sectarios del despotismo, y de que presenta solo egemplos la lucha de la libertad contra la esclavitud. Entre todas las glorias de esta mísera vida, ninguna llena tanto el corazon del hombre, ninguna embriaga tanto su razon como la gloria de las armas. El filósofo de Pharney, coronado en los últimos dias de su vida por las bellezas del Sena, en medio de un teatro, y despues de la primera representacion de su última tragedia, no ha esperimentado emociones tan vivas, ni placer tan intenso, como su amigo Federico en la menor de sus victorias. La gloria de las armas es un estímulo bastante eficaz para guiar los hombres alegres á la muerte; y si ella tiene un ascendiente tan poderoso, hasta para aquellos autómatas que se

baten por los intereses de sus mismos opresores; ¿que poderio, que eficacia, y qué intensidad de placer no deberá causar á los hombres, cuando les pone las armas en la mano el convencimiento de sus propios intereses, y cuando defienden la razon, la virtud y la libertad de la patria? Los 400 espedicionarios de la Carraca á su entrada en la Isla fueron recibidos por sus compañeros con las mas sinceras aclamaciones y mas exaltados vivas; todos se disputaban el gusto de abrazarlos; todos querian saber de sus bocas el relato; y todos, al oirlo, se encendian en la mas noble emulacion, y sentian una triste pena por no haber sido de su número. Así se iba fortaleciendo el espíritu de las tropas nacionales; así estas iban imponiendo á los partidarios de la arbitrariedad; así se iban alentando los buenos, que no podian alzar el grito, por falta de union y de fuerza; y así, finalmente, se iba haciendo respetable una conspiracion, que debia sacar á la nacion del estado de esclavitud, en que yacia, y elevarla al rango en que se halla de las naciones libres.

Concluida felizmente la empresa de la Carraca, se volvieron sobre Cádiz las miras del egército nacional. La Cortadura era un grande obstáculo para su ocupacion; pero un golpe de mano como el anterior lo podia allanar, y la junta, alentada con el primer suceso, no reparó en inconvenientes, y determinó sobre ella una tentativa inesperada. Mas como una operacion de tanto riesgo y trascendencia requiriese mas fuerzas y la mayor pericia, y la jun-

ta tuviese puesta toda su confianza en el comandante general don Rafael del Riego, acordó diferirlo hasta su regreso à la Isla, y el comandante general le espidió órden para que lo verificase.

Nuestro héroe, pues, á quien dejamos la mañana del ro á su salida de san Fernando, se dirigió con su columna al Puerto de santa Maria, con el objeto de proteger la entrada de las tropas, que venian á reunirse al egército nacional, segun se lleva dicho. La noticia de su movimiento puso al instante en retirada á la caballeria, que se hallaba acantonada en aquella ciudad, la cual fue perseguida hasta mas allá del Palmar, despues de habérsele tirado algunos tiros desde el puente de san Pedro. El valiente cazador Navarro se presentó á los enemigos con la mayor resolucion, y sin armas, en clase de parlamentario; y habiendo sido muy maltratado de ellos, fue condecorado por el general, en recompensa, con el grado de sargento. El vecindario del Puerto de santa Maria dió muestras nada equívocas de su adhesion al sistema constitucional, y de su entusiasmo por las tropas de la patria. Prendado del arrojo y bizarria de ellas, las recibió con vivas y aclamaciones: seguia á Riego á todas partes; se arrebataba las proclamas que esparcia y oia atento y aplaudia exaltado sus cortos y elocuentes discursos. El lenguage de la razon cobraba nueva fuerza en su boca, y desnudo de las flores de la oratoria, tenia todo aquel nervio y energia de la precision y la verdad. Asi Riego disfrutó del convencimiento que

sus discursos producian: se gozó en el entusiasmo que inspiraba, y despues de dar un refresco á la tropa, se retiró á Puerto Real, sin ser incomodado por el enemigo.

Al siguiente dia once se publicó y aclamó la Constitucion en este pueblo, y habiendo recibido órden del general en gefe en aquella misma noche para marchar sobre Medina, y Alcalá, en donde se hallaba el comandante general del campo de san Roque con alguna fuerza de caballeria é infanteria, esparciendo proclamas contra los defensores de la patria, y concitando los pueblos á la defensa del poder absoluto; salió con su division para Medina la mañana del doce, en medio de los aplausos y vivas de aquellos habitantes, que atropellándose sobre las filas, confundian sus voces y aclamaciones con las de los soldados. A su llegada á Medina las autoridades militares y civiles se esmeraron en obsequiar á sus heróicos huéspedes, y prepararon dos conventos perfectamente iluminados á los oficiales y tropa.

Una lluvia copiosísima, que sobrevino el dia 13, la consideracion del mal estado, en que debian haberse puesto los caminos, y la imposibilidad de atravesar varios arroyos, decidieron al comandante general á permanecer en Medina aquel dia y el siguiente; pero deseoso de aprovechar su estancia en aquel punto, y de atraerse al batallon de América, que se hallaba en Vejer, á las doce de la noche del 13 mandó á su ayudante de cam-

po don Baltasar Valcarcel que marchase á este pueblo con las compañías de granaderos, y la quinta de Asturias, y llevase un oficio al comandante de aquel batallon para reunirse á su columna. Valcarcel lo verificó asi con su conocida actividad; pero pocas horas despues, habiendo llegado la órden, que arriba se indicó, del general Quiroga para que la division se replegase á san Fernando, segun la determinacion de la junta: vió Riego desconcertados sus planes; envió aviso al instante á Valcarcel para que dispusiese su retirada, y en la mañana del 14 se dirigió á la Isla, en donde lo esperaban con afan.

La marcha fue sumamente penosa, y en ella comenzaron á acreditar las tropas la admirable constancia y disciplina que ha caracterizado despues á este egército heróico. Las lluvias del dia anterior, siguiendo sin interrupcion, pusieron los caminos enteramente intransitables y acrecentaron varios arroyos, que fue preciso pasar con agua á la rodilla; de suerte que la tropa de la columna llegó aquella noche á san Fernando, casi toda descalza, en un estado lastimoso, é imposibilitada de hacer ningun servicio. Las compañías conducidas por Valcarcel, á mas de todas estas incomodidades, se vieron atacadas y perseguidas por algunas partidas de infantería y caballeria enemiga, y aunque lograron rechazarlas, no pudieron verificar su entrada en la Isla hasta el dia siguiente. Los oficiales y soldados de ellas se portaron con un valor proporciona-

do á la grandeza de la causa que defendian, y el bizarro don Antonio Ben, teniente de la compañia de granaderos de Asturias, convidó al comandante de la caballeria enemiga á un combate singular, que no fue admitido.

Ahora, pues, el heróico é infatigable Riego llegó á la Isla en la noche del 14 á la cabeza de su estropeada columna; dejó á la tropa en sus cuarteles, marchó al alojamiento del general en gefe, y despues de felicitarlo por la toma de la Carraca, se informó del motivo de su repentina retirada. Entonces supo que tenia por objeto el ataque de la Cortadura acordado por la junta militar; preguntó para cuando estaba fijada la operacion, y enterado de que aquella misma noche y á las tres de la mañana, tomó las instrucciones necesarias y se volvió al cuartel á exhortar á la tropa, proveerla de calzado, y disponerla, en fin, para aquel interesante servicio. Llega, despierta á aquellos soldados verdaderamente inimitables, que rendidos por las fatigas y penalidades de la marcha, se habian ya entregado al mas profundo sueño; su vista los reanima, sus discursos los entusiasman, los provee de lo necesario, les pasa por sí mismo una escrupulosa revista, y á las dos y media de la noche se pone á la cabeza de ellos y toma el camino de la Cortadura. En cuanto llega al portazgo, viene el gefe del estado mayor en su busca; le convida á arengar á las columnas de ataque que se estan formando en Torre-gorda, y Riego encarga á su

segundo aquella division destinada á la reserva; va allá; habla á la tropa, la anima, la inflama, pone las columnas en movimiento, y á la cabeza de una de ellas, marcha á la fortaleza.

El ataque lo debian verificar tres columnas; una de las cuales habia de tomar la direccion del arrecife y las dos restantes las de ámbos lados de la playa. Las escalas estaban dispuestas, todo estaba pronto para el asalto, y todo prometia un resultado feliz; sin embargo, el éxito no coronó la empresa, y mil circunstancias concurrieron á que se malograse. Las escalas largas y pesadísimas embarazaban, prolongaban y desordenaban la marcha; los comandantes de las columnas no conocian el terreno, carecian de prácticos, é ignoraban en que punto convenia verificar el asalto; pero el valor y la osadia no conocen obstáculos, ni riesgos, y ya iban á tentar la escalada, cuando el intrépido Riego, guiado de su arrojo, quiere bajar á la playa; y figurándose que hay una rampa frente del ventorrillo del Chato, se precipita de una altura de mas de cuatro estados. La violencia del golpe lo deja por el pronto sin sentido; pero el haber caido sobre la arena le salva la vida: vuelve en sí á poco rato; busca por todas partes la subida al arrecife, y desesperado de hallarla, da voces á los soldados de Asturias, que le echan una escala. Su ardimiento y el deseo de llevar al cabo su designio lo distraen de su reciente golpe, y olvidado de sí mismo, parece insensible al dolor y la fatiga. El bien y la gloria de su patria

son solo los agentes que lo mueven y lo animan; y mandando marchar las columnas á la izquierda, se adelanta á donde estaba el comandante don Francisco Osorio con ochenta fusileros dispuestos en guerrilla. Pero las columnas no se habian movido con la anticipacion suficiente; su marcha se habia retardado por la conduccion de las escalas, el contratiempo de la caida de Riego habia causado algun atraso; el dia iba á rayar, y la Cortadura no podia ya ser sorprendida. Todas estas razones, justamente espuestas por Osorio, hicieron conocer á nuestro héroe la imposibilidad del éxito, y decidido á suspender la operacion, mandó marchar en retirada, contando con la aprobacion del general en gefe, que aplaudió su prudencia.

Bien pronto el comandante general Riego comenzó á sentir los dolorosos efectos de su caida. Llegado á su alojamiento y calmada su agitacion, se vió atacado de los mas intensos dolores en una pierna, y le acudió á ella una furiosa inflamacion, lo cual agregado á tanta estenuacion y cansancio, lo postró enteramente y precisó á hacer cama. El doctor don Ramon Martinez, primer medico cirujano de la armada, le suministró los auxilios del arte, y á beneficio de la inteligencia y asiduo cuidado de este facultativo, pudo salir á la calle el dia 20, aunque muy delicado y condolido.

Esta fue la última tentativa que hizo el egército nacional contra la Cortadura; y si bien su malogro no hizo sino empeñar mas y mas á los bravos

de la Isla, inflamar sus ánimos, é irritar su valor, las diferentes y vastas atenciones, que los ocuparon despues, los acontecimientos que se sucedieron, los recios temporales, y la poca verosimilitud de conseguir el exito, ya por lo inespugnable de aquel punto, como por el carácter de tenacidad, que habia tomado su defensa, impidieron al fin hacer uso de las grandes disposiciones y preparativos, que con este objeto se hacian incesantemente en san Fernando.

Una de ellas era la de poner en estado de hacer fuego el navio san Julian y lanchas cañoneras, ocupadas en la toma de la Carraca, con lo que se debia proteger por el flanco izquierdo de la Cortadura el ataque que se proyectaba á su derecha y centro, en cuyo encargo trabajaba con indecible celo el segundo ayudante de estado mayor don Francisco Guiral. Los espias y las negociaciones se sucedian, y el designio de tremolar en Cádiz el pendon de la libertad ocupaba enteramente la atencion de Riego y de la junta; pero entre tanto no se descuidaba la organizacion é instruccion de aquel pequeño egército nacional, el fomento de su disciplina, y ninguno de aquellos medios que podian contribuir á asegurarlo en el partido de la libertad y hacerle conocer la justicia de su causa y la gloria de su empresa. Al mismo tiempo se empleaban tambien las armas de la filosofia; y la conviccion y la verdad, partiendo de la Isla en proclamas diarias acia todos los puntos de la peninsula, difundian el espiritu público y aumentaban el número de los prosélitos de la razon.

La fortificacion de la Isla era otro de los ramos en que se trabajaba con actividad é inteligencia; y poco á poco se iban poniendo todos sus puntos al abrigo de cualquiera sorpresa. Forzados á cubrir una línea sumamente dilatada con la escasa fuerza de 5100 hombres, sin deducir enfermos ni comisionados, la junta cometió y recomendó este encargo á los pocos oficiales facultativos que tenia á sus órdenes, y estos llenaron enteramente sus justas esperanzas.

Tales fueron las atenciones de los gefes de la Isla durante los cinco dias de la indisposicion de Riego, el cual, aunque postrado en su cama, escribia, oia, y proveia á todo en union con sus dignos compañeros. El dia 20, por fin, hallándose algo aliviado á beneficio del acierto y buena direccion de su facultativo, salió de su casa y pudo asistir á la junta que se celebró para deliberar sobre una mision de los patriotas de Cádiz.

Un espia portugues, que tenia confidentes en aquella plaza, habia llegado á la Isla y propuesto hacer una sorpresa, verificando una escalada por el lado de los Mártires. El espia se brindaba á guiar la pequeña espedicion marítima, y Riego, ardiendo siempre en deseos de sacrificarse por la libertad de su patria, se exalta al oir la propuesta, facilita la egecucion del plan, y pide el mando de la division que se nombre para llevarla al cabo. Con efecto, ninguno podia merecer mas dignamente la confianza de la junta; ésta adopta las medidas que él propone; le confiere el mando de la espedicion, y le entrega entera-

mente la direccion de aquella interesante tentativa. Así, pues, nuestro bizarro é inimitable Riego tenia ya escogidos sus 400 hombres; estaba dispuesto á embarcarse con ellos en Gallineras la noche del 21, y se lisongeaba de antemano con la idea de entrar el 1.° en aquella plaza, que era el obgeto de todos sus afanes, y aclamar en ella el código sagrado de nuestras libertades y fueros, cuando desgraciadamente se recibió el aviso de no poder ya verificarse por haberse colocado una guardia numerosa á las inmediaciones de los Mártires.

Semejante á un sediento, á quien se le arranca de las manos el vaso que va á saciar la sed que lo devora, del mismo modo Riego se desespera al verse arrebatar la esperanza de penetrar en Cádiz, dar este baluarte á la nacion, y consolidar así su glorioso alzamiento. Al ver sucesivamente abortar todos los proyectos y tentativas para realizar esta importantísima parte del plan de la conspiracion, reputa ya imposible su logro por medio de la fuerza, y desconfia tambien de tantas negociaciones sin efecto. Por otra parte cree que la suerte del egército nacional es precaria y dudosa, hasta la ocupacion de aquella plaza, y atribuye á la inutilidad de sus esfuerzos para conseguirla, la indecision de los cuerpos comprometidos y la irresolucion de los pueblos. Incapaz de censurar la conducta del general en gefe, reconoce todo el peso de las razones que lo determinaron á diferir su movimiento sobre Cádiz desde el instante de su entrada en la Isla; pero siente justamente que la sola

dilacion de algunas horas haya quiza imposibilitado para siempre la toma de una plaza, que cuando no bastase para consumar su grande obra, ofrecia al menos á los patriotas una posicion inespugnable; daba á la revolucion un carácter imponente, prestaba los medios y recursos para llevarla adelante, y debia influir ventajosamente en la opinion y espíritu de la nacion entera.

Con efecto, las consideraciones del héroe eran justas y acertadas. La ocupacion de Cádiz hubiera decidido á los cuerpos comprometidos; el aumento de la fuerza hubiera atraido otra nueva; el general Freire no se hubiera quiza entregado de un mando, que resistió al principio; y finalmente, las provincias que se determinaron poco despues á vista de las operaciones maravillosas de la columna móvil, con mayor razon pronunciadas entonces, se hubieran evitado los desastres del 10 de marzo, y la muerte de los héroes que perecieron en Moron y en los campos de Marbella. Pero estaba decidido que Riego y sus valientes compañeros no habian de adquirir fácilmente el glorioso título de libertadores de la patria.

Estas reflexiones, pues, tenian á Riego en un estado de desesperacion, á tiempo que un nuevo proyecto para tomar á Cádiz vino á templar su pena y reanimar su esperanza. El coronel don Nicolas Santiago Rotalde, que se encontraba en aquella ciudad, avisó al dia siguiente tener tramada una conspiracion para el dia 24 á la cabeza de algunos contrabandistas y marineros catalanes; pero que

los enemigos de la patria, habiendo difundido la idea de que el egército nacional se hallaba encerrado de miedo en san Fernando, convenia se hiciese una incursion sobre el Puerto de Santa Maria; ya para desvanecer esta idea desventajosa, como para intimidar á los contrarios. El general en gefe y la junta militar lo determinaron asi; Riego fue nombrado comandante de esta pequeña espedicion, y puesto al frente de una columna de 900 hombres, tomados de los regimientos de Asturias, Guias, la Corona y Canarias, verificó su salida con un obus á la una de la noche del 23 al 24.

El Puerto de Santa Maria estaba en aquella sazon guarnecido por una division de caballeria, superior en número á la infantetia de Riego. Este sabia la superioridad de las fuerzas enemigas; pero léjos de intimidarse, marchó allá con serenidad: llega al puente de san Pedro, lo encuentra cortado, y un oficial, que mandaba un destacamento á la otra orilla, abandona su puesto á pesar de las demostraciones de amistad de la tropa y oficiales que formaban la columna. Riego trata de habilitar el puente, y apenas comienza á animar á los soldados, cuando tres de Asturias y Guias, sin reparar en la profundidad del cause, fuerza de la corriente, ni en el rigor de la estacion, se arrojan al rio, llegan á la orilla opuesta, y á presencia de los enemigos, traen una barca pequeña, y la grande del puente que estos habian separado. Riego pasa el puente: carga al paso de ataque á la caballeria

contraria; esta se retira; la persigue y la pone en fuga con una precipitacion, que no le permite separar la barca del puente de san Alejandro que se halla á la entrada del Puerto. El vecindario de esta ciudad, testigo de tanto valor y tanta audacia, corre presuroso á auxiliar á la columna para restablecerlo, y el heróico Riego, triunfante ya de fuerzas superiores, y embriagado de gloria y entusiasmo, verifica su entrada en la ciudad en medio del regocijo y los sinceros aplausos de sus liberales habitantes.

Tal es el peso de los motivos que determinan las acciones de los hombres, que unos mismos, de una misma nacion, una misma provincia y un mismo regimiento y con igual instruccion, con igual disciplina, suelen ser valientes ó cobardes, segun la justicia del partido que abrazan, y el interes que les presenta la causa que defienden. Asi el amor á la libertad, inspirando á los hombres un interes mas justo y de mas quilates y nobleza que las vanas condecoraciones y el oro corruptor de los tiranos, un solo pueblo libre ha producido mas héroes, y ha sido mas fecundo en acciones esforzadas, que pueden serlo nunca esas grandes potencias, en las que una numerosa asociacion de séres degradados, no tiene otra representacion, otros fueros, otra voluntad, ni otra ley, que el capricho y el antojo de un déspota insolente.

El comandante general Riego, dueño ya del Puerto de Santa Maria, colocó la compañia de ca-

zadores de Asturias en el portazgo llamado de la Victoria; destinó parte del batallon de Canarias al mando de su comandante para sostenerla si fuese necesario; tomó todas aquellas precauciones que le dictaron su vigilancia y conocimientos militares, y se retiró á gozar del entusiasmo y justa admiracion de aquel exaltado vecindario. Pero no hacia mucho que Riego disfrutaba de sus aclamaciones y festejos, cuando los enemigos de la libertad se presentaron reforzados con un gran número de su misma arma, y cuatro piezas de artilleria. Riego, llevado de su ardimiento, salió á reconocerlos; su intrépido asistente Manuel de Castro se adelantó á unos doscientos pasos, sin mas compañia que su solo fusil: detuvo á diez carabineros por mas de diez minutos, y las primeras balas de esta célebre caballeria pasaron por encima de su cabeza y la de Riego. Cargan, por último, los enemigos; y la compañia de cazadores de Asturias rompe el fuego con tal viveza, que los obliga por el pronto á retirarse. Riego entonces distingue gruesas columnas de caballeria adelantarse á la ciudad sobre su flanco izquierdo; reconoce la superioridad de las fuerzas; reflexiona no tener órden para empeñar un ataque, dudoso siempre por la inferioridad del número; y satisfecho de haber llenado enteramente el obgeto de su espedicion, repliega su fuerza, y emprende su retirada con una tranquilidad altiva y desdeñosa. Llegado al puente de san Alejandro, lo inutiliza como lo habian hecho ántes los enemigos; necesita valerse de su autoridad para sepa-

rar de aquel punto á su tropa, que ardia en deseos de medirse obstinadamente con ellos, y apenas comienza á andar, cuando las balas de cañon se cruzan ya sobre la columna. En el puente de san Pedro se le reunió la compañia de cazadores de la Corona, que lo estaba cubriendo; é incorporados 300 hombres mas que se hallaban en Puerto Real con el obgeto de hacer recoleccion de víveres, se retiraron á san Fernando, en donde entraron á las ocho de la noche del mismo 24, sin haber sufrido la menor desgracia y terminada felizmente su gloriosa espedicion.

Al mismo tiempo que Riego y su columna entraban en la Isla, el coronel don Santiago Rotalde estaba cumpliendo en Cádiz religiosamente su palabra. Reunido en la plaza de san Antonio á la hora de la retreta con varios oficiales, se pone á la cabeza de los contrabandistas y marineros catalanes; aclama la Constitucion, y se dirige á la puerta de Tierra con obgeto de figurar la sorpresa de su guardia, y ocupado aquel punto, marchar al instante sobre la Cortadura. Alguna falsa confidencia relevó sin duda este secreto; la guardia que estaba en él es relevada con anticipacion, el punto considerablemente reforzado; y Rotalde es recibido con una descarga de fusileria, que ocasiona mil desgracias, le dispersa la gente y lo fuerza á retirarse. Los gefes de la plaza acuden con energia y prontitud; muchos de los conspiradores son presos, y el coronel Rotalde logra salir al puerto; se mete en una lancha, y despues de mil peligros y aventuras se presenta á los

pocos dias en la Isla, en donde fue recibido con la aceptacion debida á su valor y patriotismo.

Este terrible golpe acabó de desvanecer la esperanza de ocupar la plaza de Cádiz, tan precisa para llevar adelante la grande obra de la revolucion; y que, como se ha dicho varias veces, formaba la parte principal del plan del alzamiento. La situacion del egercito nacional era, pues, verdaderamente crítica y apurada; porque si bien la posicion de la Isla era apropósito para ofrecerle un asilo interino: no lo era de ningun modo ni para que tuviese allí una permanencia segura, ni mucho ménos para consolidar la empresa y proporcionar los recursos necesarios á una lucha obstinada. Los partidarios del sistema, que iniciados de antemano en el secreto de la conspiracion, se habian comprometido á cooperar á ella, no solo habian faltado á su palabra, sino que estaban ocupando un lugar en las filas del egército realista; éste presentaba ya un aspecto hostil, y las provincias en silencio parecian estar pendientes de los grandes resultados que se esperaban en san Fernando. Así es que estos heróicos patriotas, abandonados de la mayor parte de la fuerza, con que habian contado para esta grande obra, se veian circunscriptos al corto número de cuerpos que se habian pronunciado hasta entonces; é imposibilitados de penetrar en Cádiz, estaban reducidos al poco seguro abrigo de la Isla. Paralizado el proyecto de la revolucion, no debia esperarse se determinasen los tímidos, á quienes solo podia dar impulso la pros-

peridad y el adelanto de la empresa; y las tropas nacionales ó subsistian en san Fernando, y se esponian á un bloqueo seguro, que à mas de las consecuencias que suele producir á la larga, podia provocar alguna funesta reaccion; ó abandonando esta ciudad, perdian el único punto de apoyo que tenian; se condenaban á errar en campo abierto, y se aventuraban á un descalabro, perseguidos siempre por fuerzas considerablemente superiores, y con tropas que no todas inspiraban una entera confianza.

El gobierno entretanto desplegaba una actividad estraordinaria; empleaba todos los recursos y manejos para sofocar el progreso de la conspiracion, y calificaba de rebeldia á la heròica resoiucion de recobrar ios antiguos fueros de Aragon y de Castilla, y aquella representacion nacional, que habia sido el primer elemento de la monarquia visogada. Las pocas fuerzas que tenia disponibles, fuera del egército espedicionario, recibian órden urgente para marchar á él; las milicias provinciales fueron llamadas à las armas; correos estraordinarios recomendaban á los capitanes generales el terror y la opresion, y les llevaban las patentes de la arbitrariedad y el desprecio de la ley. El general Elío marchó en posta á Madrid á tomar parte en la actividad del gobierno; los espias aumentaban su vigilancia y precaucion; y los apóstoles de la servidumbre desfiguraban por su parte los hechos de la Isla; atribuian á aquellos héroes las miras mas criminales y ambiciosas; inventaban acciones; los pintaban siempre batidos, y arruinados;

no perdonaban medio para desacreditar la empresa, y predicaban mas que nunca aquellas máximas infames y perniciosas, en que suponiendo á la humanidad un rebaño, la hacian propiedad y patrimonio de sus reyes.

A este tiempo el descontento de la nacion comenzaba ya á pronunciarse. Los semblantes presentaban el interes mas vivo por los valientes defensores de nuestra libertad; las conversaciones respiraban un ardiente deseo por el triunfo de la razon y la justicia; los correos eran esperados con impaciencia; su llegada escitaba una curiosidad estraordinaria; y los numerosos corrillos, el sordo murmullo, y la falta de recato, anunciaban ya el afan y la inquietud general en la capital y en las provincias. Pero en medio de tan brillantes disposiciones, el pueblo lleno de desconfianza por el malogro de tantas tentativas, aterrado por tan crueles y sangrientas venganzas, no atrevió aun á pronunciarse. Los mas esforzados y celosos partidarios del sistema, ó habian fallecido en los cadalsos, despues de una vana é ilegal fórmula de juicio, ó habian sido presa del furor inquisitorial, y yacian encerrados en sus hondos calabozos; y aquellos héroes inmortales de la revolucion española, la mas justa y mas sagrada que pudo provocar el abuso de la autoridad, y la nulidad é inercia de un gobierno, habian visto discurrir cerca de un mes, sin que se propagase una conspiracion, que no podian llevar al cabo por sí solos; y resueltos á perecer en las trincheras de la Isla, no temian la pérdida de

una vida que habian consagrado á su patria; pero temian las desgracias y horrores que amenazaban á ésta: temian la suerte de sus confidentes y familias; y temian, en fin, la infame servidumbre en que la dejaran al exhalar su postrimer aliento.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Tal era la situacion del pequeño egército nacional, y tal el estado de la península, cuando nuestro Riego concibió el feliz espediente, que debia sacar á aquellos héroes de su triste conflicto, ocurrir á la necesidad de conservar el punto de la Isla, proporcionar los víveres y pertrechos necesarios, y abrir al mismo tiempo una activa campaña, en que, con acertados movimientos y hábiles maniobras, se supliese á la inferioridad del número, se distragese la atencion del egército realista, se impusiese á los enemigos de la patria, se alentase á los indecisos, y difundiendo la opinion y el espíritu público, se provocase el pronunciamiento de un pueblo, que se encontraba ya en el crítico caso de alzar el grito de la libertad, ó de suscribir para siempre á una servidumbre vergonzosa.

Riego, pues, propuso á la junta militar la formacion de una columna móvil; ofreció ponerse á su cabeza, y juró morir con ella ó romper las cadenas de su patria, y consignarla para siempre la felicidad y la gloria. La junta discutió la utilidad de esta

propuesta ; pesó sus inconvenientes ; tropezó con el de la debilidad , á que quedaba reducido el egército , y la imposibilidad de cubrir la línea , que ocupaba; pero reconociendo la necesidad de esta medida , determinó abrazarla , y acordó su formacion y los preparativos de su salida.

La columna debia componerse de mil quinientos hombres, y el egército de la Isla, reducido por esta desmembracion á poco mas de tres mil , habia de cubrir con el arte , la fatiga y el valor la falta de su fuerza. Así , pues, se acordó la construccion de varias baterias , y la fortificacion de todos aquellos puntos, que no estuviesen al abrigo de un ataque repentino ; y se nombraron para esta division al batallon de Asturias, al de Sevilla , sin su compañia de granaderos, al de Guias, dos compañias del de Valencey, y cuarenta caballos, que componian el total mencionado. Su estado mayor lo formaban el comandante general don Rafael del Riego, el gefe de estado mayor don Evaristo san Miguel, el de igual clase de la primera brigada don Manuel Bustillos, los ayudantes del general don Baltasar Valcarcel , y don Santiago Perez, y los adictos al estado mayor don Santiago Porras y don Pedro Cruz Romero.

Organizada así esta pequeña division , á cuyos maravillosos trabajos estaba destinado el coronar la obra , que habia tenido tan glorioso principio el primero de enero en el memorable pueblo de las Cabezas de san Juan, se fijó para su salida el dia 27 del mismo. Los cuerpos nombrados para componerla se

felicitaron mútuamente por su eleccion; y deseosos de justificarlo con su conducta, ansiaban con afan la hora de medirse en campo abierto con los enemigos de la patria. Ellos correspondieron de tal modo á la confianza de sus gefes, que todo cuanto puede escribir la pluma mas poética, será siempre inferior á sus trabajos y fatigas, sus riesgos y sus glorias. Igual esta tropa en la parte de valor á los trescientos héroes, que mandó Leonidas, no presenta egemplo la historia de tan voluntaria y firme decision, de una subordinacion tan ciega, de una disciplina tan consumada, de una resistencia tan heróica para penalidades tan duras y continuas, y de un sufrimiento tan estoico para aquellas privaciones, que mas trabajan la constancia del hombre. Estimulados del egemplo de su gefe inmortal, que supo cimentar su autoridad en la admiracion, el amor, y la confianza de sus súbditos, parecia que aquellos soldados eran insensibles al cansancio, impasibles á la hambre y á la sed, y superiores á las necesidades del reposo y el sueño, el vestido y el calzado. Pero no nos anticipemos á hablar de unas virtudes, de que solo puede dar idea la sencilla y veraz relacion de sus movimientos y maniobras.

En la tarde del dia 26 formó por primera vez esta division, cuyo heroismo será un objeto de admiracion de las generaciones futuras, y su comandante general le pasó una revista, en la que tuvo que sofocar el sentimiento de no poderla proveer del calzado preciso. Al amanecer del 27 corre Riego á po-

nerse á la cabeza de ella, llega á la sazon en que estaba formando; recorre sus filas, y con una voz esforzada les dice lo siguiente: "Compañeros de armas: „hace cerca de un mes que pronunciamos el juramen„to de morir ó libertar la patria; y si bien hemos „conseguido algunas ventajas positivas, el éxito no ha „coronado todavia nuestros esfuerzos y trabajos. El „gobierno absoluto, sordo al grito imperioso de la „razon y la justicia, desoye la voluntad nacional; „desatiende sus verdaderos intereses; y acumulando „fuerzas delante de este baluarte de la libertad, nos „amenaza con un bloqueo, que puede hacer peligrar „á nuestra santa causa. Frustradas hasta aquí nues„tras tentativas sobre Cádiz, paralizada nuestra obra, „y próximos quizá á carecer de víveres y pertrechos: „el interes de la nacion nos llama fuera de los muros de „la Isla. Ea, pues, compañeros: confiemos su defensa á „nuestros hermanos heróicos, y corramos nosotros á ase„gurar la subsistencia de ellos. Comparezcamos ante ese „egército, cuya mitad participa de nuestros sentimientos „ó ideas; penetremos en esos pueblos, por cuya felicidad „trabajamos, y presentando siempre el modelo del valor „y de la virtud, determinemos á los indecisos, convirta„mos á los ilusos; y derribado el trono de la arbitrarie„dad, que dé principio el reinado de la razon y „de la ley." Dijo, y el general en gefe, que había llegado á tiempo de oir el final del discurso se abalanzó á sus brazos: Riego le tendio los suyos: estos héroes se estrechan con afecto y ternura; un presentimiento secreto parece anunciarles la larga au-

sencia, que les espera, y permanecen algunos instantes sin osar separarse. La tropa espectadora de esta escena, toma parte en la generosa emocion de sus gefes; vuelve á sus hermanos de la Isla unos ojos humedecidos, que espresan elocuentemente el á Dios, que los iba á arrancar de su seno, y Riego se desprende resuelto de los brazos de Quiroga, se vuelve á su division, y esclama con energia: "soldados: Constitucion ó muerte" y manda batir marcha. El general en gefe repite con entusiasmo: "Constitucion ó muerte; Constitucion ó muerte" repiten tambien á la vez la division de Riego, y la tropa de la Isla, y la columna emprende su marcha, poblando el aire de este grito amenazador, que erigido ya en esclamacion nacional, será eternamente la palabra de reunion, para hacer frente á los desafueros del poder, y á los enemigos de la libertad y de la patria.

Una mañana grata y serena, un horizonte despejado y el mar en una apacible calma, fueron los primeros objetos que se presentaron á la division nacional, y la distrajeron con tanta mas facilidad de la separacion de los compañeros de su suerte, cuanto creia reunirse á ellos dentro de poco tiempo. Pero ¡ay! estaba decidido que casi toda la tropa que la componia debia sucumbir á tanta persecucion, fatiga, y padecer; y que aquellos pocos, que á fuerza de temperamento y constancia, llegasen á sobrevivir á la dura adversidad, solo verian á los valientes de la Isla despues de consumada su obra,

y cimentadas ya las benéficas instituciones, que eran el objeto de su lucha obstinada.

La columna, pues, tomó la direccion de Chiclana, y habiendo acabado de pasar su barca á medio dia, penetró en este pueblo, lo atravesó con los gritos de viva la Constitucion, y dando á los habitantes el egemplo del mas admirable entusiasmo, continuó su marcha hasta Conil, á donde llegó al caer de la tarde. Conil fue abandonado por las autoridades civiles á la entrada de la columna; y este rasgo, ó de devocion al gobierno arbitrario, ó de irresolucion y cobardia, hizo ya conocer al comandante general lo que debia esperar de la decision de los pueblos, que iban á ser el teatro de sus operaciones. Cualquiera que fuese la disposicion de los habitantes y su adhesion á la buena causa; la consideracion de la debilidad del partido, que la babia abrazado y el temor al gobierno los mantenian pasivos. Ellos no calculaban que se estaban ventilando sus mas caros derechos é intereses, que su neutralidad imposibilitaba su recobro, y que les amenazaba una dura y perpetua esclavitud, si perdian aquella favorable ocasion de sacudirla.

Al siguiente dia 28 dejó la columna á Conil, y se dirigió á Bejer, á cuya llegada fue recibida con aclamacion general y repique de campanas. En la crítica situacion de aquella tropa nada era mas conducente para inflamarla, que la buena acogida de sus conciudadanos; y asi es que á su entrada en Bejer se entregó al gozo mas puro, y á la mas ar-

diente exaltacion. La idea de la gratitud, que merecian sus esfuerzos, reanimaba la esperanza de que el pueblo abrazase su partido; y presagiando las glorias que le ofrecia el éxito de su empresa, la arraigaba mas y mas en el propósito de arrostrarlo todo para llevarla al cabo. La indiferencia, por el contrario, y el estado pasivo de los pueblos debilitaban en aquellos soldados la esperanza de ver terminada felizmente su obra; les despertaba el temor de la mas triste suerte, si no lograban su designio generoso, y los hacia accesibles á la seduccion, y sugestiones de los agentes del poder absoluto, que no perdonaba medio para introducir la desercion en el partido venturoso del heroismo y de la gloria.

El 29 y 30 permaneció la columna en Bejer, y el comandante general Riego hizo aclamar y jurar la Constitucion; mudó el ayuntamiento y autoridades; estableció el nuevo régimen; y deseoso de cubrir las graves y urgentes necesidades que padecian las tropas de la patria, procedió á recoger algunos fondos en efectos y en metálico. Pero como los auxilios que se pudieron recoger fuesen muy escasos y cortos para ocurrir á ellas, determinó dirigirse á Algeciras, y si se pronunciaba esta plaza, constituirla el segundo baluarte de la nacion, y negociar con Gibraltar, para hacerse con los recursos necesarios á la empresa.

Resuelto pues Riego á seguir este plan, salió de Bejer con su columna el dia 31 y llegó aquella noche á los cerros de Arretin. Alli acampó su di-

vision, colocó sus avanzadas, cubrió sus avenidas, y despues de haber recorrido el campamento, y haberse asegurado de la tranquilidad, y reposo de la tropa, se estableció á su cabeza y se entregó al descanso.

La noche era sumamente apacible, la luna comenzaba á platear las cimas de los montes, y un frio templado, y el hermoso paisage, que formaba la desigualdad del terreno, contribuian con la situacion del héroe á convidarlo al desvelo y á la meditacion. Entonces hizo memoria Riego que al dia siguiente hacia un mes que habia dado principio á su obra; recordó la impaciencia y el afan con que habia pasado la noche anterior á aquel dia memorable; repasó los rápidos acontecimientos que se habian sucedido en aquel mes, las varias situaciones en que se habia hallado, las esperanzas frustradas, los proyectos abortados, las promesas no cumplidas, y el indiferente abandono con que miraban la buena causa tantos compañeros comprometidos, que habian jurado cooperar á ella. En seguida se fijó en el poco progreso de la revolucion, en los esfuerzos de los enemigos del bien, y en la desidia é inaccion de los pueblos; y no podia concebir como una nacion valiente y generosa, que acababa de asombrar á la Europa por el heroismo, con que habia defendido su independencia en una guerra la mas desigual y cruenta, se habia dejado arrebatar la libertad y sus derechos mas preciosos; se habia sujetado á un gobierno que la dejaba espuesta á las des-

gracias, que acababa de padecer; veia con paciencia la dilapidacion de sus rentas; toleraba el orgullo insolente de ambiciosos y groseros favoritos, cuyo lujo insultaba la miseria pública; sufria en silencio la violacion del asilo doméstico, y el rapto de unos ciudadanos, que arrancados de sus familias sin la menor forma legal, desaparecian de la sociedad enteramente; y reducida, en fin, al estado de la mas ignominiosa esclavitud, dejaba escapar la ocasion de recobrar unas instituciones, cuyos fueros, dignidad y ventajas habia ya conocido y disfrutado. Despues pasaba al exámen de su situacion y al de los peligros que le cercaban; y ya se figuraba imposibilitado de volver á san Fernando, y perseguido y estrechado por el egército realista, vagar con aquella tropa, sin apoyo, ni esperanza; ya apurada y cansada la constancia de ella, se creia abandonado de todos y condenado á una perpetua proscripcion; y ya hecho presa de los enemigos, creia ir á aumentar el número de las víctimas de la patria. Aqui la memoria de los compañeros y amigos de su niñez, la de un hermano querido, é identificado con sus ideas, y otras sensaciones mas vivas, y mas tiernas, despertadas en aquel corazon sensible y generoso, venian á aumentar su dolor y amargura. Agoviada su alma al peso de tan tristes reflexiones, iba tal vez á hacer una revelacion de la debilidad humana; cuando la esperanza, este dulce error del infortunio, lució por un momento ante sus ojos y le dió felizmente un giro distinto á sus ideas.

Entonces toma el héroe el hilo de su plan, y marcha, y se introduce en Algeciras. Esta plaza lo recibe con admiracion y entusiasmo; le prodiga los recursos, que necesita; sus habitantes se pronuncian por la libertad, y se alzan en masa: la proximidad de Gibraltar le facilita armamento y pertrechos; organiza nuevas fuerzas; hace varias salidas; los cuerpos comprometidos, animados con tanta adquisicion, se deciden y abrazan su partido; la causa de la patria toma ya un aspecto imponente; las provincias se levantan; el gobierno cede ya á la razon apoyada en el pronunciamiento de la voluntad nacional; la patria es declarada libre; y Riego reconocido por su primer libertador. En esto se hallaba nuestro héroe, cuando el crepúsculo del dia vino á desvanecer sus lisongeras ilusiones. Riego se levanta, llama á sus ayudantes por sí mismo, el toque de diana pone á la division en pie, la manda romper en columna, y á la cabeza de ella, toma el camino de Algeciras.

La marcha de aquel dia fue muy larga y penosa. La division atravesó los cerros ásperos de Ojen, y llegó á Algeciras á las 7 de la noche fatigada y descalza; pero la acogida que tuvo en aquella ciudad, á su entrada, la compensó de las molestias y penalidades del camino. Conmovido aquel pueblo al aviso de la llegada de las tropas nacionales, la mayor parte de su vecindario se adelantó á salirles al encuentro. Las calles brillantemente iluminadas, un concurso estraordinario, aclamaciones continuas, y las mas exaltadas demostraciones de alegria y regocijo,

anunciaron á la division un entusiasmo por la causa de la libertad, que la hizo concebir las mas fundadas esperanzas de un pronunciamiento general, y un alzamiento en masa. Desgraciadamente no fue así, y los enemigos del bien obraron sordamente con actividad y éxito. Ellos supieron presentar la debilidad de las fuerzas decididas; hicieron valer el peligro de un funesto resultado; y calumniando las puras intenciones de aquellos héroes y denigrando su conducta, consiguieron amortiguar, y estinguir el espíritu público; de suerte que aquel pueblo, tan electrizado á la entrada de la columna, leyó con indiferencia la mañana del 2 una enérgica proclama, dirigida á inflamarlo; y todo su entusiasmo se redujo á las aclamaciones y vivas de la noche anterior.

Por otra parte el gobernador de Gibraltar no se mostró adicto á la causa de los héroes, y la comunicacion con aquella plaza fue interceptada por la fragata Sabina, un bergantin de guerra y las tropas de la Isla Verde. Los patriotas, sin embargo, enviaron á Riego mil pares de zapatos, que llegaron á su poder á fuerza de precauciones; y éste vió desvanecerse como el humo las esperanzas, que habia concebido de un pueblo, que perteneciendo á una nacion libre y generosa, lo creyó siempre protector de las libertades patrias.

El número de zapatos recibido no bastaba á cubrir las necesidades de la columna móvil, ni mucho ménos las de las tropas de la Isla, y Riego determinó permanecer en Algeciras, tanto para procurarse

este artículo, como caballos y dinero, de que tenia tambien necesidad urgente. Entre tanto el general O-Donell se aproximaba con sus tropas, y ocupaba ya las villas de san Roque, los Barrios y Tarifa, y la adquisicion de aquellos auxilios ofrecia dilaciones. Pero Riego, resuelto á procurarlos á todo trance, permanece allí con una tranquilidad imponente; y O-Donell con fuerzas muy superiores, sobre todo en caballeria, de que los patriotas estaban tan escasos, no se atreve á atacarlos. La constancia vence al fin los inconvenientes; Riego consigue los auxilios, que necesita para sí y los compañeros de san Fernando, y munido ya de ellos, y lleno el objeto de su espedicion quiere medirse con O-Donell, y decide su ataque.

Ya el comandante general Riego habia formado su plan; ya habia tomado las disposiciones para egecutarlo; y ya todo indicaba una próxima accion, cuando una carta del general Quiroga vino á frustrar la esperanza de una victoria, que tanto hubiera influido en el adelanto de los negocios. En ella manifestaba el general en gefe el aumento de sus apuros, la importancia del regreso de la division, y su deseo de que se le reuniese á la posible brevedad; y Riego entonces, escuchando la prudencia, renunció á un ataque, que podia distraerlo de atenciones mas sérias, y resolvió retirarse á la Isla, por Bejer ó Medina, llevando consigo los recursos, que tenia adquiridos.

Con este motivo, y determinada su salida

para el dia 7 de febrero, el domingo, su víspera, formó Riego su division en la plaza, é hizo jurar la Constitucion á los individuos nuevamente incorporados. En seguida se celebró allí una solemne misa, y se predicó un sermon, en que despues de demostrar las ventajas del sistema, y su analogía, y conformidad con la religion de nuestros padres, se exhortó á la tropa á la constancia, y á no perdonar sacrificio alguno, en obsequio de la sagrada causa, que habia abrazado con tan admirable heroismo.

Llegado el dia 7 por la mañana, salió Riego con su division de Algeciras; volvió á atravesar los cerros de Ojen sin la menor oposicion, y cogiéndole la noche cerca de las ventas del Frances, á la entrada de los llanos de Taibilla, hizo alto con su division: tomó las precauciones necesarias, y acampó su tropa. La actitud hostil, que habia tomado el egército realista, sus operaciones y movimientos, las considerables fuerzas de caballeria, con que contaba, y la destitucion, casi absoluta de esta arma, en que se hallaba la division de Riego, no dejaron de llamar la atencion del héroe, á la vista de una llanura de dos leguas, que debia atravesar el dia siguiente. Pero la elevacion de su alma, y aquel valor superior al peligro le hicieron desechar estos justos temores; y entregado á la dulce idea de volver á ver á sus compañeros de la Isla, y socorrer sus necesidades mas perentorias, se rindió á un sueño reparador, que le dió las fuerzas necesarias para continuar al otro dia sus gloriosos trabajos.

Todavia quedaban algunas horas de la noche: nuestro héroe, dando siempre el egemplo de la actividad y diligencia, se encontraba ya en pie; y el toque de diana resonaba por todas partes en el campamento de la division nacional. A las cinco de la mañana se puso ésta en movimiento; entró en las llanuras referidas, y habria andado como cosa de una hora, cuando se distinguió una columna de caballería, que bajaba de una de las lomas inmediatas, sobre la izquierda de su frente, cuyas guerrillas rompieron al instante el fuego con las de la division. Otras cuatro columnas aparecieron sucesivamente, y presentando la fuerza de unos ochocientos caballos, hicieron conocer á Riego el designio de atacarlo. Este entonces creyó que era llegada la hora de medirse con los enemigos de la patria, y considerando la importancia de la primer victoria, mandó hacer alto: formó tres columnas cerradas con los tres batallones de Asturias, Guias y Sevilla: colocó las cargas y equipages á la altura de la cola de Sevilla: dió órden al teniente coronel don Roque Arismendi de cubrir la retaguardia con las compañias de cazadores de Asturias y Sevilla, y confió al comandante don José Gurrea el mando de las guerrillas de vanguardia, compuestas de las compañias de igual clase de Valencey y Guias.

Dadas estas disposiciones, y pronta ya la division á recibir cualquier ataque, se vuelve Riego á su columna; y presentándola aquella serenidad inalterable, que tanto aleja la idea del peligro. "Sol-

„dados de la patria: les dice, ya ha llegado la de-
„seada hora de cumplir aquel santo juramento, que
„tantas veces hemos pronunciado y repetido. Ved ahí
„los instrumentos de la esclavitud española. Mostrad-
„les el desprecio que os merece el partido que si-
„guen, y perezcan á vuestro valor, si atreven opo-
„nerse á vuestro paso." En seguida dió varios vivas á la nacion, á la libertad, y á la Constitucion, que fueron repetidos por la tropa con un ardor verdaderamente belicoso; mandó entonar por primera vez aquella famosa cancion patriótica, conocida por el himno de Riego, que habia sido compuesta en Algeciras, y siguió su camino con la tranquilidad mas imponente.

La columna marchaba en esta forma, con una serenidad y osadia, que logró intimidar al enemigo, superior por la especie del terreno y la calidad de su arma. Su sangre fria, su pausa, y el órden, que observó durante el riesgo, parecian insultar á los contrarios y ostentar la superioridad, que dan el valor y la razon sobre las demas ventajas de la guerra. Las guerrillas nacionales rechazaron, é hicieron replegar á las contrarias; las columnas enemigas permanecieron inmóviles, y en el mayor silencio; y la division nacional atravesó cantando la llanura; llegó á la falda del cerro de Arretin: desplegó su batalla con el frente al enemigo; y despues de haber dado á la tropa una racion ligera de aguardiente, siguió su marcha, y fue á dormir á Bejer aquella noche, sin haber encontrado la menor oposicion.

Esta jornada fue tan gloriosa como la victoria mas completa, y produjo los mismos efectos en el ánimo del soldado nacional. La columna móvil acababa de presentarse por primera vez delante de los enemigos de la patria, y léjos de intimidarse al verse rodeada de una caballeria numerosa, y en un terreno tan ventajoso á aquella arma, habia tomado á su frente la actitud mas osada y marcial: habia impuesto y contenido á los contrarios; y atrevesando una vasta llanura al compas de aquel himno patriótico, en que lució tanto su entusiasmo, habia arrostrado un peligro inminente, habia salido con su intento, y ganado, en fin, la certidumbre de su opinion y fuerza.

A su llegada á Bejer pensaba Riego combinar el plan de su incursion en san Fernando; pero las noticias recibidas allí no le permitieron verificar su intento. Las tropas del egército realista, situadas en Chiclana, Medina, y Puerto Real, le habian ya cerrado el paso, y el héroe se vió con dolor imposibilitado de socorrer á sus compañeros, y poner en sus manos el fruto de sus trabajos y fatigas. Detenido por un obstáculo reconocido insuperable, pues 6000 hombres de todas armas se habian interpuesto, para cortar su retirada, determinó Riego permanecer en Bejer, dar parte desde allí al general Quiroga, y aprovechar de su estancia en un pueblo, que se habia mostrado tan propicio, para continuar la recoleccion de caballos y fondos.

Con este motivo envió diferentes emisarios á

la Isla, y se dedicó con actividad á la recoleccion referida. Los dias 9 y 10 los empleó en estas disposiciones, y el 11 ordenó una gran parada en la plaza. Allí se celebró la misa: se predicó un sermon en elogio de las instituciones liberales, y por la tarde dió á la division un banquete militar, al que asistió un número determinado de plazas de las clases de sargentos, cabos y soldados. El comandante general y la oficialidad sirvieron á la mesa, y la música y cantos patrióticos, las aclamaciones y vivas, y el baile que siguió á la comida, en el que todos confundidos presentaban el hermoso cuadro de la mas íntima fraternidad y union, acabaron de exaltar á la tropa, é identificarla con la causa que habia abrazado. La alcaldesa dió bailes á la oficialidad los tres dias, que permaneció la columna, y nada faltó á los patriotas, para hacer agradable su mansion en un pueblo en el que inspiraban una justa y debida admiracion.

Pero Riego entretanto, que conocia su verdadera situacion, no participaba de la bulliciosa alegoria que aturdia á sus compañeros de armas, atento siempre á disuadirlos del peligro, tomaba parte en sus distracciones, y parecia á sus ojos con una serenidad, que distaba mucho de su corazon sumamente agitado; porque si bien miraba con indiferencia su propia suerte, no lo hacia asi de ningun modo con la de aquellos dignísimos patriotas, que seguian sus pasos con tan absoluta y ciega confianza. El consideraba que aquel era el tercer dia que se

hallaba en Bejer, y no habia vuelto aun ninguno de los emisarios de Quiroga. Uno de ellos, á mas, habia caido en poder de los contrarios, y podia haberlos enterado ya de su incertidumbre y penuria. Enteramente ignorante de cuanto se pasaba en la Isla, imposibilitado de penetrar en ella, y amenazado en aquel punto por fuerzas tan escesivamente superiores ¿que partido abrazar, y á donde dirigirse? Estos eran los cuidados que inquietaban á Riego, en medio de unas diversiones, que procuraba promover, ya para inflamar al soldado y cimentar tar la union, y el afecto á sus gefes, como para que no sintiese sus penalidades, y riesgos.

Concluido, pues, el banquete militar del dia 11, en el que tanta efusion de entusiasmo y patriotismo habia ya llegado á enternecer al héroe, se retira este á su casa, mas afligido que nunca, por la suerte de tan beneméritos soldados, y se entrega totalmente al exámen del partido, que le convenia adoptar. Un dia mas de permanencia allí les era peligroso, y no mejoraba ni variaba su suerte. El conocia bien que era preciso obrar, y convencido de la imposibilidad de penetrar en la Isla, no encontraba otro medio que el de retroceder, llamar la atencion del enemigo, cansar su caballeria por paises ásperos y escabrosos, y esperar otra ocasion mas favorable para reunirse á los compañeros de su suerte. Nada parecia mas acertado en su crítica posicion; pero Riego, desconfiando siempre de su propio dictámen, reunió aquella noche los gefes de la co-

lumna: les hizo presente su verdadero estado, y les manifestó el partido que le parecia conveniente abrazar. La junta examinó el peligro: aprobó el designio de Riego, y acordada su egecucion, se eligió unánimemente el pueblo de Jimena de la Frontera por punto de direccion de la columna.

Con efecto, el comandante general dió las órdenes convenientes, y al amanecer del 12 salió la columna de Bejer, con sentimiento de aquel pueblo; tomó la direccion indicada, y despues de una marcha muy penosa, fue á acampar aquella noche al pie de un cerro llamado del Gualcario, distante legua y media de Alcalá de los Gazules.

Al otro dia 13 siguió su marcha en la misma direccion; pero habiendo recibido noticias en el camino, por las que juzgó no deber continuarla, determinó el comandante general inclinarse á la derecha, y se dirigió al pueblo de los Barrios, en donde pasó la noche con su division.

El 14 se trasladó á San Roque, y alli supo, por medio de los confidentes de Gibraltar, que la ciudad de Málaga alimentaba las mejores disposiciones. Cartas anónimas de la misma ciudad aseguraban que la presencia de la division provocaria el alzamiento de aquel pueblo, deseoso de sacudir el yugo de la esclavitud, que tanto pesaba sobre sus habitantes; y Riego, cuyo objeto era inspirar á los pueblos el amor á la libertad, difundir su entusiasmo, escitarlos al pronunciamiento, y apoyarse en su decision y patriotismo, abrazó con tanto mas gus-

to el intento de trasladarse á Málaga, cuanto que el destino de vagar por breñas y montañas no ofrecia por entonces ninguna ventaja positiva, ni era nada á propósito para conservar y sostener en la tropa aquel grado de exaltacion, que por todos medios se debia procurar no decayese.

Decidido, pues, el comandante general á marchar sobre Malaga, por las razones espuestas, se puso en movimiento al siguiente dia 15 y tomó el camino de Estepona. La marcha de este dia fue señalada con un rasgo de heroismo y de valor, digno de ocupar un lugar en nuestra historia, y de consignarse á la admiracion de nuestros descendientes. El bizarro don Ramon Ortiz, teniente del escuadron de la artillería volante, mandaba el pequeño cuerpo de caballeria, que tenia la columna, el cual marchaba este dia á la vanguardia de ella. Llegado al cortijo, que está á la orilla derecha del Gaudiato, lo informan de que una partida de caballeria enemiga se encontraba en otro cortijo de la orilla opuesta, y este intrepido oficial sale con cinco caballos á reconocer y descubrir; averigua el número de las fuerzas enemigas, sabe que pasan de 40 caballos; y sin consultar mas que su arrojo, se adelanta al cortijo, carga sobre ellos, los sorprende, y con aquellos cinco ginetes logra hacer prisioneros á un capitan, con grado de teniente coronel, á un teniente y cuarenta hombres montados del regimiento de Lusitania. Las gloriosas jornadas de la columna móvil abundan en esta clase de ac-

ciones prodigiosas, que no pueden recomendarse bastante á la gratitud nacional.

La columna, pues, llegó aquella noche á Estepona; salió el 16 para dirigirse á Marbella, y fue á dormir á este pueblo, sin que le ocurriese aquel dia suceso memorable.

La falta de calzado, la prisa, y celeridad de la marcha, y la aspereza del pais habian ya despeado mucha tropa; la estremada fatiga, lo rigoroso de la estacion, las copiosas y continuadas lluvias, y hasta la falta misma del sustento ordinario, habian hecho enfermar otra parte de ella; y la escasez de caballos imposibilitaba la conduccion de municiones. Todo esto, embarazando considerablemente á la division, habia Riego adoptado la medida de transportarlo en lanchas. El 17, pues, de febrero salió la columna de Marbella, y mostrándose el viento contrario, las lanchas, que iban á la vista, se atrasaban, no podian seguir, y retardaban considerablemente su marcha. Con este motivo dispuso el comandante general se les hiciesen señales para venir á tierra; dió órden á las compañías de cazadores de Asturias y Sevilla, que venian á retaguardia, de proteger el desembarco de la gente y efectos, é hizo alto con su division á muy corta distancia. El desembarco estaba ya verificado, y las compañías mencionadas, y los enfermos y pertrechos se iban á incorporar á la columna, cuando llegó la vanguardia de las tropas de O-Donell, que iba siempre á los alcances, y comenzó á picar la retaguardia de di-

chas compañias. El comandante general atento á todo, y no perdiendo de vista su principal objeto, habia prevenido al comandante de ellas don Roque de Arismendi no empeñase la accion; pero ya fuese demasiado ardor de este valiente gefe, ó tenacidad de una tropa, que nunca podia ver al enemigo sin volar à su encuentro, los cazadores se metieron todos en el fuego: atacaron con un ímpetu y furor inimitables: arrollaron á los enemigos: y los hicieron retirar hasta un monte inmediato.

El comandante general creyó ya deber acudir á su socorro; envió cuatro compañias de Sevilla en su refuerzo; retrocedió con su columna, y tomó posicion para acudir á donde lo llamase el peligro. Los enemigos se replegaron á vista de estas disposiciones; el fuego cesó ya enteramente; y Riego, conociendo que el designio de ellos era el distraerlo de su objeto, el cual estaba decidido á llevar adelante, vuelve á poner en movimiento la columna, y deja á las cuatro compañias de Sevilla en refuerzo de las dos de cazadores. Entonces los enemigos, validos de la superioridad de sus fuerzas, y deseosos de llamar otra vez la atencion de la columna, cargan con furor sobre estas seis compañias; ellas sostienen el fuego con la mayor serenidad, y firmeza; se van replegando poco á poco, y haciendo siempre fuego á las órdenes del segundo comandante de Sevilla don Francisco Osorio; y entrada ya la noche, se unen á la columna, sin ser perseguidas por el enemigo, que habia quedado conservando sus puestos.

La accion fue muy obstinada por parte de las indicadas compañías, y costó á los patriotas la pérdida de cerca de cien hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y estraviados. En el número de los heridos se hallaba el comandante don Roque de Arismendi, que murió de las resultas en Tarifa, y en el de los muertos el teniente de cazadores de Sevilla don Domingo Tirado, que quedó en el campo de batalla.

Este fue el resultado de la accion de Marbella, en la que estos dos héroes pagaron con la vida el generoso designio de libertar la patria. Ellos juraron morir ó redimirla, y cumplieron asi su sagrado juramento. La nacion reconocida ha premiado en sus familias sus heróicos sacrificios, y eternizará sus nombres respetables. Las almas virtuosas no los pronunciarán, sino con una mezcla de dolor y respeto y la posteridad bendecirá y honrará su memoria. ¡Pero sus enemigos! aquellos, que defendiendo los quiméricos y mal entendidos intereses de un opresor, pugnaron contra los derechos mas sagrados de la nacion, á que pertenecian ¿vivirán entre nosotros? ¿gozarán de las ventajas de aquella misma libertad que combatieron? ¿ocuparán un lugar en nuestras filas, y se confundirán con los héroes contra quienes llevaron sus parricidas armas? En vano se escudarán con la ordenanza; en vano con el deber de la obediencia á un gobierno, que llamarán reconocido. Un decreto real no puede legalmente anular una Constitucion aclamada, reconocida y jurada

por la nacion entera, y en aquellos amargos dias, en que abandonada por el monarca, que le debia la proteccion en cambio de la suprema autoridad, se vió entregada á todos los horrores de una guerra cruel y desastrosa. La fuerza, la fuerza la pudo solo arrebatar; y el derecho, que esta da, no puede consignar sino el oprobio á sus injustos y venales defensores. La gloria y la ignominia dependen solo de la virtud y el crimen; y mal que le pese al despotismo, no puede estender hasta ellas su absoluto poder. Asi he visto yo al generoso Vidal subir con el desprecio de la muerte á un patíbulo, que él iba á ennoblecer; le he visto exalar su último aliento en manos de un verdugo; y la serenidad de la virtud reinaba en su semblante, y el fulgor de la gloria brillaba en derredor de su cabeza; mientras que el autor soberbio de su muerte no mostraba en su rostro sombrio, sino el torcedor de la conciencia, y en cada una de sus condecoraciones el evidente testimonio de su baja traicion.

Ahora, pues, el tiempo que habia empleado la columna en observar á las compañias empeñadas en accion, para sostenerlas y auxiliarlas, si fuese necesario, retardó considerablemente su marcha; y habiéndola anochecido en el camino, se vió precisada á atravesar, en una noche sumamente obscura y tenebrosa, los altos y escarpados cerros, que se hallan á la orilla del mar y conducen al pueblo de la Frangirola. Asi es que aquella tropa infeliz cruzó aquellas simas profundas, y trepó por aquellas la-

deras pendientes, cayendo y levantando; y detenida á cada momento por precipicios horrorosos, llegó al indicado pueblo rendida de cansancio, á las dos de la mañana del dia 18.

Esta fue una de las marchas, en que mas lucieron las virtudes del héroe. Dotado de una complexion débil, y alterada su salud, ya por la enfermedad que habia padecido en Bornos, como por las grandes fatigas y desvelos, consiguientes á su empresa: su valor, su resignacion y sufrimiento fueron el objeto de admiracion de toda la columna en aquella fatal noche. Apeado de su caballo para montar en él alternativamente al despeado y al enfermo, tropezaba, caía, y se lastimaba contra aquellas breñas, sin que la menor esclamacion de dolor saliese de su boca. Cuidadoso del último soldado mas que de su persona propia, le indicaba los precipicios, le advertia los malos pasos, le tendia su mano, le ayudaba á superar las dificultades del terreno; y dejando pasar así toda la division, corria á su cabeza para volver á hacer lo mismo, cuando se encontrase otro obstáculo. Su jovialidad y su agrado no se desmintieron en el mayor apuro: los oficiales estimulados de su egemplo se escedian á sí mismos, y la tropa animada con sus cortas, elocuentes, y espresivas arengas, olvidaba sus penalidades al oirle y al hablarle.

Llegada la columna á la Frangirola, á la hora que se ha dicho, hizo un descanso de solas cuatro horas, y durante ellas se le incorporaron algunos de los rezagados en el dia anterior. Esta divi-

sion tenia á su retaguardia al general O-Donell; el gobernador de Málaga la esperaba al frente de la guarnicion en estado de defensa, y ella, disminuida tanto por el número de enfermos y despeados, como por las pérdidas sufridas en la accion de Marbella, se veia amenazada por dos enemigos superiores, y se encontraba entre dos fuegos. Pero Riego, esperanzado en el patriotismo de los malagueños, é incapaz de conocer el miedo, se decidió á seguir adelante; confió el éxito al valor de sus tropas y éste y su actividad lo salvaron.

A las 6 de la mañana del mismo dia 18 se puso la columna en movimiento, y tomó la direccion de Málaga. Un orizonte encapotado le presagiaba ya una jornada desagradable y penosa; y bien pronto una lluvia récia y continuada vino á agoviar á estos héroes, y á probar su constancia y sufrimiento. El camino sumamente escabroso y cortado se puso enteramente intransitable: la tropa resbalaba á cada paso; apenas podia adelantar terreno; y detenida considerablemente en la marcha, solo á la caida de la tarde pudo llegar al rio de Málaga, mojada, rendida y en un estado lastimoso. Pero el entusiasmo de aquellos soldados fue admirable; su resignacion egemplar, y la constancia que opusieron á la persecucion y las adversidades les hizo superiores á todo. No parecia sino que la desgracia y los trabajos los inflamaban mas y mas; una sola palabra de Riego les escitaba una viva exaltacion, y no habia inconveniente que no superasen, ni riesgo que no quisiesen

arrostrar, teniéndolo á su frente. Llegada, pues, la columna á la orilla del rio, manda Riego cantar el himno patriótico; sus acentos hacen olvidar á la tropa la humedad y la fatiga; entona esta sus estrofas; se precipita en el rio, y lo pasa alegre y cantando con el agua á medio cuerpo.

Muy cerca de una legua faltaba aun á la columna para llegar á la ciudad; la noche estaba encima, y los enemigos habian tomado posicion á la parte de afuera. Nada, pues, era mas peligroso que avanzar de noche y penetrar en Málaga. La posicion de las tropas realistas debia ser ventajosa; parte de estas podian aun ocupar la ciudad; pero Riego no se detiene, su tropa no se intimida, y la division marcha al enemigo con serenidad y denuedo. Con efecto, lo llegan ya á avistar las guerrillas, vuelan á su encuentro, rompen estas el fuego por una y otra parte, y la columna sigue formada en masa, y con el arma al brazo. Tanto valor y audacia imponen á los enemigos, que se retiran intimidados por el camino de Velez-Málaga, y la division nacional entra triunfante en la ciudad á las ocho de la noche.

El comandante general Riego habia soportado tantos trabajos, y arrostrado tantos peligros por penetrar en Málaga, cuyo pueblo era el objeto de todos sus afanes, y en el que creia hallar el término de sus apuros y fatigas. Fundado en la grande idea, que le habian hecho concebir del entusiasmo y patriotismo de aquellos habitantes, esperaba encontrar en ellos el apoyo de sus operaciones ulte-

riores, y manifestó á la division el gozo mas puro al entrar en la ciudad; mas un presentimiento siniestro lo inquietaba no obstante. La iluminacion con que fue recibido esplayó por el pronto su ánimo, y le hizo creer que se iban á realizar sus esperanzas, á cumplir sus deseos; pero la falta de concurso, ó mas bien la soledad de las calles y un profundo silencio, que solo era interrumpido por algunos vivas aislados que salian de los balcones, acabaron luego de confirmar las sospechas del héroe, y le causaron una pena que procuró reprimir al frente de su tropa. La proximidad del enemigo le hizo tomar las mas sérias precauciones; y despues de haber ocupado el castillo, y acuartelado su tropa, se retiró á su alojamiento, no para descansar, sino para entregarse como siempre á la cavilacion, y pensar en los medios de mejorar la suerte de aquella tropa, cuyo destino le estaba confiado.

Si la indiferencia y apatia de aquel pueblo llegaba á frustrar las esperanzas del héroe, la columna móvil quedaba abandonada á la situacion dolorosa de vagar por sierras y caminos, sin direccion, sin punto de apoyo, y sin los auxilios necesarios; y entonces ó debia ser presa de unos enemigos encarnizados, ó debilitada cada dia llegar á perecer totalmente, víctima de tanta fatiga y privaciones. La larga y presurosa marcha, que acababa de hacer, habia ya comenzado á desmembrar su fuerza; las enfermedades habian comenzado á picar; pero la constancia de la tropa se habia sostenido con la espe-

peranza de llegar á aquella ciudad, y de encontrar en ella la seguridad, el descanso, y el alivio de tantas calamidades. ¿Que no debia, pues, temer el heróico Riego, si desvanecida esta esperanza, se viese la columna otra vez errante en aquel fragoso pais, y condenada á un total esterminio? Desesperada la tropa, y apurado su sufrimiento, entraria la desercion; los que no hubiese estenuado la fatiga, ó postrado la enfermedad, figurárian bien pronto en las filas enemigas, y dispersada aquella division, hasta allí tan heróica y gloriosa, los compañeros de la Isla se verian imposibilitados de hacer otra salida; perecerian allí dentro; se perderia quizá para siempre la causa de la patria; y los esfuerzos de sus defensores no habrian servido sino para agravar y perpetuar sus cadenas.

Por el contrario, la decision de aquellos habitantes y su alzamiento proporcionaba á los patriotas un punto de apoyo, al abrigo del cual podian reponerse; les facilitaba los auxilios necesarios para seguir la lucha; podia aumentar su número; y mejorando de todos modos la opinion de su fuerza y recursos, influir considerablemente en el éxito de su gloriosa empresa. Lleno, pues, de esta idea el comandante general, y tratando de emplear todos los medios que estuviesen á su alcance, para inflamar al pueblo, cuyas disposiciones le habian pintado tan buenas, tomó la pluma y estendió una proclama, en la que poniendo en accion toda su elocuencia natural, presentaba con precision, energia, y laconismo

las principales ventajas del sistema ; demostraba cuanto la decision de aquellos habitantes podia influir en su recobro , y les exhortaba de un modo irresistible al alzamiento en masa. Concluido este escrito lo dió en el instante á la prensa ; recomendó la prontitud de la impresion, y se reclinó por un rato para dar á su cuerpo un reposo , que tanto reclamaba su cansancio y desvelo.

Aun no comenzaba el dia á desvanecer las sombras de la noche, cuando los diligentes compañeros del héroe corrieron á su casa. Este les informó al instante de la medida que habia adoptado; les leyó la proclama que unánimemente aplaudieron ; y la mañana del dia 19 fue empleada en avistarse con las personas mas adictas al sistema , conocer el verdadero estado del espiritu público , y procurar promover la insurrecion del pueblo.

En esto , pues , estaban trabajando con su conocida actividad el comandante general y demas gefes de la columna móvil , á tiempo que el primero recibió un parte de las guardias avanzadas , en que le avisaban distinguirse algunas columnas enemigas. Riego , que veia perdido todo el fruto de su espedicion , si se retiraba de la ciudad , resolvió esperar á los contrarios dentro de ella ; y posesionado ya del castillo , ocupó el barrio del Mundo-Nuevo , y situó la mayor parte de su fuerza en la plaza de la Merced , y boca-calles inmediatas. Entonces precisamente acababa de salir la proclama de la prensa ; y no pudiendo presentarse una ocasion mas crí-

tica para leerla al pueblo, y determinarlo á abrazar la buena causa, toma Riego este partido, y despues de haber distribuido algunos egemplares, la lee por sí mismo al público con el mayor fuego y energia. Pero todo era en vano: los malagueños parecia oirla con placer, daban señales de aprobacion y aplauso; mas no hicieron el menor movimiento en favor de los desgraciados patriotas.

Los enemigos entre tanto llegan á las puertas de la ciudad y penetran en ella: el estrépito de cerrar todas las puertas se confunde con la fusileria de las guardias avanzadas, que se habian replegado; el pueblo se dispersa, y se encierra en sus casas, y el comandante general acude inmediatamente á donde lo llamaba el peligro. El fuego cundió al instante con una saña y encarnizamiento estraordinario. Tres veces fueron atacadas las tropas nacionales en la plaza de la Merced, y otras tantas rechazaron á sus enemigos con valor y denuedo. Entonces el bizarro don Antonio Porras, adicto al estado mayor de la columna móvil, se puso á la cabeza de unos pocos caballos de los suyos, y seguido de otros tantos infantes, cargó, sable en mano, á los enemigos con tal furia, que los hizo retirar escarmentados hasta la plaza del ayuntamiento. El estrago aumentaba por momentos, y el fuego parecia tanto mas terrible, cuanto que era dentro de la ciudad; que habia combatientes por muchos lados, y que no pudiendo alcanzarlos la vista, se ignoraba el estado de tantas luchas como se hallaban encendidas á la vez. El comandante general

Riego acudia á todas partes con una actividad estraordinaria. Aquí se ponia á la cabeza de un puñado de los suyos, y cargando con furor, hacia retroceder á los contrarios: allí veia retirarse los patriotas, y corria denodado, marchaba al frente de ellos, y animándolos con su presencia, trocaba al instante en vencedores á los que ya distaban poco de ser vencidos; y volando al mayor riesgo, y alentando siempre á sus soldados, parecia el mismo génio de la guerra prestándoles socorro, y reparando sus reveses.

La noche, por fin, vino à terminar estos horrores, y suspendiendo el furor de los combatientes, un silencio profundo sucedió al estruendo de las armas. Las tropas nacionales conservaron sus puestos de los que nunca pudieron ser desalojados, y los enemigos de la patria y de la libertad española sufrieron una dispersion considerable, y se retiraron con mucha pérdida à la distancia de mas de media legua.

El comandante general conoció entonces que se habian realizado sus sospechas, y que su situacion era mas que nunca apurada. Ignorante del descalabro que habian sufrido los enemigos, sabia que nada habia ya que esperar de aquel pueblo, cuyo entusiasmo le habian tanto exagerado; que habian padecido mucho sus tropas; y que no se hallaban en estado de resistir al otro dia un nuevo ataque. En tales circunstancias, y no queriendo fiarse de su propia opinion, reunió á los gefes de la columna, les manifestó los inconvenientes que presentaba su permanencia en la ciudad, las ningunas esperanzas de

encontrar en ella el apoyo deseado, y la dura precision de hacer una prudente retirada. Los gefes reunidos examinaron el caso con detencion y madurez, y habiendo aprobado por unanimidad la determinacion del comandante general, éste dió las órdenes debidas, y la division patriota salió de Málaga á las cinco y media de la mañana del 20, tomó el camino del Colmenar, y llegó á aquel pueblo sin haber sido inquietada por los enemigos.

Perdido todo el fruto de la penosa espedicion de Málaga, comenzaron á verificarse los tristes presagios de Riego, y tuvieron principio las desgracias inaudítas de la columna móvil, la cual esperimentó en pocos dias todo lo que tiene de acerbo y horroroso la adversidad mas dura. Si esta es el verdadero crisol de la fortaleza y heroismo, ninguno con mas razon puede llamarse heróico y esforzado, que aquellos que superando tantos obstáculos, arrostrando tantos riesgos, luchando siempre con la persecucion y con los elementos, y sufriendo las mas sensibles privaciones, subsistieron en la columna con constancia admirable, hasta que, mas que el infortunio mismo, el interes y conveniencia de la patria prescribieron al fin su total disolucion.

En la mañana del 20, y durante la marcha al Colmenar, notó Riego la falta de algunos oficiales, que manchando sus glorias, y despreciando su opinion, habian abandonado la columna en la noche antecedente. Este golpe fue tanto mas sensible para el héroe, cuanto que, testigo de la anterior con-

ducta de esta clase, no podia temer de ella una debilidad, que debia influir del modo mas funesto en el ánimo de la tropa. Su corazon se penetró de un amargo dolor, y vió ya muy de cerca las desgracias y reveses que habia presagiado. Con efecto, esta falta de constancia por parte de aquellos, que debian dar el egemplo de ella, y sostener la de las clases inferiores, introdujo el desmayo y desaliento, y produjo, sin duda, la fatal desercion que cundió despues en la columna, y que la redujo al fin á un corto número de individuos.

Ya hacia cerca de un mes que habia salido Riego con su division de la Isla; las marchas, las fatigas, los encuentros y peligros habian tenido apenas intervalo; y no solo no habia conseguido que ningun cuerpo uniese sus banderas, sino que algunos de los mismos comprometidos le habian hecho ya frente, y se habian batido con èl. Los pueblos que habia recorrido, y escitado el recobro de la libertad, ó habian mirado su causa con la mas vituperable indiferencia, ó se habian contentado cuando mas con manifestar sus deseos, y formar votos estériles y vanos. La esperanza de difundir el espíritu público se iba ya, con razon, desvaneciendo, y al cabo de tanto afan y padecer, nada se habia adelatando en la causa de la patria. Por otra parte los prisioneros eran tratados con la mayor crueldad é ignominia, y los patriotas, abandonados de todo el mundo, ignoraban por falta de espias las operaciones y movimientos de las tropas del rey. Asi, pues, todo parecia conspirar

contra estos celosos y bizarros defensores de los fueros del pueblo, y su situacion, empeorando cada dia, los amenazaba un por-venir desgraciado y horroroso.

Todas estas consideraciones tenian á nuestro héroe en una profunda afliccion. Careciendo de noticias del resto de la península, ignoraba la fermentacion que, merced á sus atrevidas maniobras, aparecia ya en algunos ángulos de ella; y no teniendo á su vista sino un egército obstinado, y unos pueblos indolentes, amilanados, é incapaces de dar un paso para hacer triunfar la justa causa, no veia por todos lados sino un funesto y espantoso desenlace. Un secreto presentimiento parecia, sin embargo, decirle que tanto valor y esfuerzos no debian malograrse, que la constancia es la principal virtud del heroismo, que á ella le es dado cansar y vencer á la adversidad misma; que la empresa que habia abrazado era grande y costosa; que los partidarios de la justa causa tenian un baluarte en san Fernando, y que á el le quedaban todavia soldados generosos y valientes. Animado por estas ideas, que le sugerian su valor y la superioridad de su alma, se decidia cada vez mas á llevar adelante su obra, y se arraigaba mas en el propósito glorioso de morir, ó libertar la patria.

Firme, pues, en esta resolucion intentó dirigirse á Granada, y buscar entre aquellos habitantes el apoyo y decision, que no habia encontrado entre los malagueños. Pero habia muchos inconvenientes, que imposibilitaban la egecucion de este designio. Las tropas del general Eguia se hallaban ya

en Loja, las de la division nacional estaban rendidas de cansancio, destituidas enteramente de calzado, y la mayor parte sin mas camisa que la puesta. La importancia de cubrir estas necesidades, cuya urgencia no admitia ninguna dilacion, y el desengaño recibido en Málaga hicieron desistir al heroe de un proyecto verdaderamente aventurado, y lo decidieron á marchar á Antequera.

El 21 por la mañana salió Riego con su division del Colmenar; y no habiendo tenido encuentro alguno en su marcha; llegó á aquella ciudad á las seis y media de la tarde. Inmediatamente á su arribo practicó las diligencias mas vivas y eficaces para surtirse de lienzos y calzado, lo cual presentó mucha dificultad por haber abandonado la ciudad el corregidor y demas autoridades. El 22 permaneció allí la division con este obgeto, y en todo el discurso del dia no pudo hacerse Riego con el número de zapatos que necesitaba, á causa de la grande escasez de este artículo que habia en Antequera. El 29 continuaba la misma operacion, y estaba procediendo á mas á la requisicion de caballos, cuando á cosa de medio dia se avistaron columnas enemigas, que se iban aproximando por el camino de Málaga. Riego entonces mandó tocar generala, salió con su division fuera de la ciudad, y tomò posicion en una altura, que la domina á las espaldas del convento de Capuchinos. Su designio era el hacer frente á los enemigos, y medirse con ellos; mas el número de sus fuerzas era sumamente superior; la pruden-

cia prescribió la retirada, y Riego se dirigió con su columna á la villa del Campillo, á donde llegaron á las 2 de la mañana del dia 24.

Allí dió Riego á su tropa seis horas de descanso, y á las 8 de aquella misma mañana salió con su columna para Cañete la Real, y llegó á este pueblo á las cuatro de la tarde. La fatiga, que producian unas marchas tan forzadas, era verdaderamente intolerable, y el poco fruto que habia sacado hasta entonces la division de su larga y lastimosa série de trabajos, el aislamiento, en que se hallaba, y la triste perspectiva que se le ofrecia, habian comenzado á debilitar el entusiasmo de una parte de la tropa, apurado el sufrimiento de ella, y minado su constancia. La desercion, pues, habia ya entrado en la columna, y difundido en ella su contagio fatal. Las dos compañias de Valencey, que habian salido de la Isla, se desertaron en masa desde este pueblo á la vista de los compañeros de su suerte, y las fuerzas de la columna nacional se hallaban ya reducidas al solo número de novecientos hombres. Esta desgracia tan temida de Riego, contristó profundamente su sensible corazon; pero no pudo hacer decayese su ánimo. El la miraba como un efecto consiguiente á la adversidad, y al mal éxito de sus operaciones, y generoso siempre, y siempre superior á resentimientos y pasiones mezquinas, disculpaba interiormente á los que asi le abandonaban, faltando á tantos y tan reiterados juramentos; y si alguno en su presencia acriminaba tan vituperable conducta, él

reclamaba la indulgencia con la debilidad humana, hacia ver cuantas causas concurren á veces á determinar las acciones de los hombres; decia que no todos estaban dotados de igual fortaleza y sufrimiento, y concluia por encarecer su valor y virtudes anteriores.

El estado de la fuerza de la columna móvil exigia ya la mayor circunspeccion, y Riego, imposibilitado de hacer grandes correrias, y seguir aquel plan de campaña á la vista de un enemigo tan infinitamente superior, resolvió buscar un asilo en la Serrania de Ronda, cuyo fragoso pais podia cubrir en algun modo su inferioridad, tener los patriotas al abrigo de tan continuos y tan repetidos ataques, procurarles algun descanso, y proporcionarles un género de guerra mas análogo á su estado y circunstancias.

Con este objeto salió de Cañete la Real en la mañana del dia 25, con direccion á Ronda, y una legua ántes de llegar á la ciudad supo que unos 800 hombres de la vanguardia de O-Donell se hallaban acampados delante de su puerta. No creyendo útil retroceder, y deseoso de penetrar á todo trance en aquella Serrania, determinó atacarlos. Marcha, pues á ellos con la mayor resolucion; sus guerrillas rompen al instante el fuego con viveza, y arrollan á las de los contrarios. Algunas compañias de estos son desalojadas de las alturas de la derecha, que ocupaban, todos ellos se retiraban bien pronto á la ciudad, y perseguidos por el batallon de Sevilla, se guarecen al otro lado del puente, que se halla sobre el Ta-

jo (1). Los batallones de Asturias, y el de Guias casi reducido á la nada, y el corto resto de la caballeria se situan á la puerta para proteger la retirada, si fuese necesario, y el batallon de Sevilla, y los cazadores mandados por el capitan don José Urbina reciben órden para desalojar los enemigos y cargan sobre ellos. El denuedo de estas tropas fue maravilloso y su empeño temerario; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; la posicion se encontró inespugnable, y el comandante general, teniendo justísimos recelos de que el resto de la division de O-Donell viniese á reunirse á su vanguardia, determinó abandonar á Ronda aquella noche.

Con efecto, despues de haber sacado raciones de pan, vino y pescado y algun socorro de zapatos, y alpargates, salió Riego de la ciudad con su columna, tomó la direccion de Grazalema, acampó aquella noche en la cumbre de un cerro, que se halla á mitad de camino de este pueblo, y verificó su entrada en él á las ocho de la mañana del dia 26.

La columna encontró á su llegada la mas grata y cordial acogida, sus habitantes todos manifestaron una verdadera y sincera adhesion á la justa causa; y tanto estas buenas disposiciones, co-

(1) Nombre de una sima profundísima que atraviesa la ciudad.

mo la ventajosa situacion de aquel pueblo, fuerte por la naturaleza, convidaban á los patriotas á tomar algun descanso despues de tantas penalidades y fatigas. Riego, pues, abrazó la ocasion de proporcionarles este alivio y, reconociendo las necesidades de su tropa, determinó dedicarse á cubrir las mas urgentes durante su permanencia en aquel punto. Sus diligencias felizmente no fueron infructuosas y á beneficio de su esmero y la generosidad de aquel vecindario consiguió una camisa de lienzo, un pantalon de paño pardo y un par de zapatos por plaza.

En esto se ocupaba nuestro héroe á tiempo que recibió varias cartas del capitan de dragones del rey don Cárlos Osorno que se hallaba en Moron separado de su regimiento, las cuales le hicieron activar sus trabajos y acortar su estancia en Grazalema. Este benemérito oficial, para cuya decision no hay elogios bastantes, estaba poseido del mas puro entusiasmo por la causa de la patria, é impaciente por su resultado, y ardiendo en deseos de su triunfo, no mira el corto número de tropas, que la han abrazado; no atiende á su estado y decadencia, no teme la persecucion de sus encarnizados enemigos, y ansioso de contribuir con sus brazos y esfuerzos al recobro de la libertad nacional, se resuelve á entrar en el número de sus gloriosos defensores. Lleno de este designio, y penetrado de la importancia de aumentar las fuerzas de la columna mó-

vil, cuyos trabajos y desgracias habian ya reducido á una mitad, se pone en relacion con los coroneles de Mallorca y Valancey, cuyas ideas conocia; fija sus miras en unos 200 hombres que tenia desmontados de su cuerpo; y prevaliendose del ascendiente, é influencia, que le daba su opinion, les predica las ventajas del benefico sistema que querian restaurar los patriotas, les insta á abrazar su causa; los persuade, los convence; y seguro de su fidelidad escribe á nuestro héroe: le anuncia las buenas disposiciones de los coroneles mencionados y le ofrece 200 ginetes, si protege la requisicion de caballos y monturas.

No es fácil describir el gozo de Riego al ver renacer las esperanzas de volver á un estado imponente, y respetable aquella columna, que era la confianza de la patria, y que á fuerza de tanto reves y contratiempo tocaba á su esterminio. El contestó al instante aplaudiendo sus ideas, elogiando su celo, y elevando á las nubes su admirable amor pátrio: brindó con el mando al gefe de mas graduacion que se le reuniese, y ofreció proteger con todo empeño la requisicion indicada. He aqui los motivos que le hicieron apresurar la recoleccion de zapatos, camisas, y calzado, cuyos artículos adquiridos ya en los últimos dias de febrero le dejaron espedito para abandonar á Grazalema el primero de marzo y marchar á donde lo llamaba Osorno para cooperar al restablecimiento de su columna.

Lisongeado, pues, de una próxima adquisicion, que iba á alentar su tropa, cansada ya de tanto aislamiento y abandono, aumentar su fuerza, mejorar su suerte, y cambiar su prespectiva, salió de Grazalema á las dos de la tarde del primero de marzo, caminó toda aquella noche y llegó á Puerto Serrano á las 7 de la mañana del siguiente dia dos. Allí descansó el corto espacio de dos horas, y despues de haber tomado aliento, continuó su marcha y llego á Montellano cerca de medio dia.

El regimiento de Mallorca, que deseaba abrazar el partido de la nacion, habia salido de este pueblo una hora ántes de la llegada de Riego y su columna. El mal estado de los caminos y la precision de atravesar varios rios, habian hecho sufrir á esta un atraso considerable en su marcha, y no pudo verificar su reunion con aquel cuerpo. A mas de esto, como Riego hubiese invitado al coronel de Valencey á reunírsele con su regimiento en aquel punto, creyó llegaria de un momento á otro, y le fue preciso detenerse y esperarlo. Pero estaba decidido que los patriotas no habian de tener este consuelo, y que ellos solos habian de apurar las amargas heces de la calamidad ántes de ver el glorioso triunfo de su causa. El coronel de Valencey dió una respuesta ambígua á la generosa invitacion de Riego, y se replegó al Arahal en vez de dirigirse á Montellano. Osorno instaba con premura para el equipo de su gente, y Riego, desembarazado ya de su comprometi-

miento con aquellos gefes, determinó dirigirse á Moron, y llegò á este pueblo en la tarde del 3.

El capitan Osorno salió á recibir á la columna, y vió con el mayor regocijo la llegada de aquellos heróicos patriotas, cuyo partido y suerte ardia en el deseo de abrazar. El comandante general le tendió los brazos, lo estrechó contra su seno; y con aquella espresion, que le es propia, le hizo conocer el mérito de su decision, y los quilates de su valor al pronunciarse por una causa, cuyo mal estado era bastante á retraer á todo el que no tuviese una alma tan grande y elevada. Osorno sintió todo el precio de este elogio, y no ambicionando mas recompensa, que el sufragio de los buenos, creyó desde este momento premiada su virtud. Inmediatamente prestó en sus manos el juramento de morir ó recobrar la Constitucion española: los 200 dragones desmontados, que habia en el pueblo, lo verificaron despues, fueron puestos á las órdenes de Osorno; y éste y el comandante general se dedicaron desde luego á tomar las medidas mas eficaces y activas para procurarse caballos y monturas. El resto de la tarde del 3 se empleó en esta interesante operacion, y tal fue el esmero y la diligencia de ámbos, que al cerrar la noche se hallaba el negocio muy adelantado; pero no concluido. Los enemigos á este tiempo estaban muy próximos, y el punto de Moron no ofrecia seguridad á la columna. Riego conocia lo arriesgado de su permanencia en él; pero precisado à detenerse un dia mas, ò renunciar á la im-

portante ventaja de contar con 200 caballos, que le ofrecian otro plan de guerra, y á su division nuevo crédito y lustre, resolvió subsistir y concluir su operacion á todo trance.

La columna móvil pasó tranquilamente en Moron aquella noche, y el dia 4 por la mañana estaba el comandante general trabajando con Osorno para la conclusion de aquel negocio, cuando recibió aviso de que la vanguardia de O-Donell, mandada por el general Martinez, se hallaba en Montellano; pero que sus fuerzas eran cortas, y no manifestaba intencion de atacar. Las avanzadas, que se avistaban á legua y media del pueblo, constaban tambien de poca fuerza y parecian de pura observacion, y Riego que tenia muy adelantada su obra, y estaba procediendo al arreglo y organizacion de los dragones, se lisongeaba de concluirlo todo felizmente, y sin ser molestado por los enemigos de la patria. No carecia de datos nuestro héroe para figurárselo así. El general Martinez, que estaba entonces á la cabeza de la vanguardia, que tenia á su frente, no participaba del furor encarnizado de O-Donell, y parecia mas bien querer paralizar sus operaciones, que segundarlas y activar la persecucion de la columna. Este general no hubiese de ningun modo atacado; pero la llegada del otro, con el resto de la division, trastornó sus planes, y cambió enteramente el estado de las cosas.

Avanzan, pues, los enemigos, y el comandante general Riego forma su tropa en la plaza á

la primer noticia, y situa á la entrada del pueblo una gran guardia, compuesta de 60 infantes y de 15 caballos, á las órdenes del segundo comandante de Sevilla don Francisco Osorio. Las guardias avanzadas que tenia la columna se van replegando, y se unen á ella. Los enemigos llegan, cargan sobre aquella gran guardia; ésta los recibe con serenidad y sangre fria; sostiene el ataque con una firmeza admirable, y da tiempo á que los patriotas tomen posicion en el castillo, y en la altura que está á su espalda con direccion al Norte.

El número de los enemigos hace inútil toda posicion y resistencia. Ellos penetran en el pueblo, marchan por ámbos lados al castillo, y tratan de envolver á los patriotas, que forzados á ceder, se retiran, causando á los contrarios una pérdida increible. Riego inmediatamente forma su division en masa, cubre sus flancos y retaguardia con guerrillas, y sostenido por ellas, toma la direccion de una cordillera próxima, y se va retirando con lentitud y pausa. Las tropas realistas, que ven escaparse su presa, redoblan el encarnizamiento y furor, despliegan en guerrilla dos batallones completos, cuyas solas fuerzas eran ya superiores á las de la columna volante, y lanzan por todos lados sobre esta un mortífero fuego. Mas Riego sigue imperturbable su marcha en la indicada direccion, y sus guerrillas repelen y hacen vanos los esfuerzos de los contrarios para desordenar y envolver la columna. Entonces crece la rábia y el despecho de los instrumentos de nuestra es-

clavitud; su caballeria carga por dos veces á los ilustres defensores de la libertad nacional; estos despliegan en batalla, la rechazan, la escarmientan, y vuelven á seguir su movimiento. La noche habia ya tendido sobre el orizonte su velo de crespon, y los enemigos no habian aun suspendido su saña. Pero ven, al fin, que su furor y su despecho se estrellan en la constancia de los patriotas, conocen la imposibilidad de desordenarlos y romperlos, y cansada su obstinacion dejan de perseguirlos una hora despues de entrada ya la noche.

La columna móvil habia sufrido en aquella accion una pérdida verdaderamente irreparable. El capitan del regimiento de Sevilla don Nicolas Channeco murió de las heridas recibidas en el castillo. Los dos comandantes del mismo don Antonio Muñiz, y don Francisco Osorio, el primer ayudante del batallon de Asturias don Luis de Castro, el capitan del mismo cuerpo don Felipe Carroseli, y otros varios, fueron del número de los heridos. Los capitanes de Sevilla don Miguel Ortiz, y don Tomas Trapiella, el teniente de id. don Manuel Noain, el capitan de Guias don Diego del Corral, el ayudante de Asturias don Ricardo Maestre, el subteniente adicto al estado mayor don Pedro Cruz Romero, y el capellan y alguna tropa fueron hechos prisioneros en el ataque del castillo. El subteniente de la partida de caballeria don Ramon Ortiz lo habia sido un poco ántes de la accion en una descubierta, despues de haber recibido una herida, y el capitan don Cárlos

Osorno lo habia sido en el mismo pueblo de Moron. Estos dignos y admirables oficiales fueron conducidos á la cárcel pública, y tratados en ella como los mas infames foragidos. Al dia siguiente, habiendose determinado llevarlos á Sevilla, fueron puestos en marcha maniatados, y conducidos de este modo ignominioso hasta Utrera, en donde se les quitaron los cordeles. En Sevilla se les encerró tambien con el mayor rigor, y no fueron puestos en libertad hasta que se publicó allí el Código sagrado.

Tal ha sido la conducta de los ministros del poder absoluto con los bizarros defensores de las libertades y fueros de su patria. Unos y otros habian jurado la Constitucion española, y la fidelidad de los últimos á aquel juramento sacrosanto, pronunciado en las aras de la nacion, y al frente de sus mismos pendones, fue mirada por sus enemigos perjuros como uno de los crimenes mas negros y borrosos. Pero ellos animados de su valor, y poseidos de la razon y la justicia de su causa, despreciaron los recursos de la crueldad para humillarlos y afligirlos, y no vieron en los esfuerzos para atormentarlos, sino nuevos medios de hacer brillar su heroismo, y dar mayores quilates á su gloria. Sí, héroes inmortales de la revolucion española: la razon ha triunfado: cayó la tirania; y la nacion, ya libre, ve en vosotros los fuertes que derrocaron el trono de la arbitrariedad y la opresion. ¿Que títulos mejores á su reconocimiento y gratitud? Conservad, pues, esas preciosas cicatrices. Ellas serán la egecutoria de vues-

tra posteridad, y la delicia y el honor de vuestra patria misma. Conservad esos cordeles que ligaron vuestros valientes brazos; ellos acreditarán el temor, que aun desármados inspiraban, serán un testimonio irrefragable de vuestra resignacion, y la eterna vergüenza de vuestros desnaturalizados enemigos.

La columna de Riego siguió su retirada aquella noche, y llegó á Villanueva de san Juan ántes de amanecer el dia 5, reducida al corto número de 400 hombres. Las pérdidas de la accion de Moron pudieron afligirla; pero no la hicieron desmayar. La retirada que acababa de hacer era sumamente gloriosa, y solo su constancia y su valor la salvaron de tantas fuerzas como habian concitado el dia antecedente á romperla y destrozarla. En Villanueva hizo un alto de dos horas, volvió á emprender su marcha, y sin haber sido inquietada en todo el dia, llegó al pueblo de Gilena donde pasó la noche.

Al siguiente dia 6, y á las 7 de su mañana, continuò su movimiento; llegó á Estepa, y atravesando sus calles, sin detenerse, marchó al puente de don Gonzalo en donde practicó lo mismo. La caballeria, que se hallaba en Osuna, seguia de cerca los movimientos de la columna movil. Su vanguardia, compuesta de 60 caballos, llegó al mencionado puente pocos momentos despues de ella, rompió el fuego con los cazadores, que iban de guerrilla, á la entrada del Olivar, que se halla á un tiro de fusil de este pueblo, y se dejaron ver tambien algunos infantes, que sin duda traia á la grupa; pe-

ro las guerrillas de la columna rechazaron á aquella con una audacia maravillosa, en tanto que ella, formada en masa, seguia con serenidad su camino. Los enemigos persistieron en su intento, y no dejaron de hacer fuego durante las tres leguas, que separan el puente de don Gonzalo de Aguilar del Campo; pero contenidos siempre por las guerrillas indicadas, que los repelian con vigor, llegó la columna á Aguilar despues de anochecido. A la salida de este pueblo hizo un alto de una hora, tomó una racion de pan y otra de vino, y siguió hasta Montilla, en cuya plaza se acampó aquella noche.

El estado de la columna exigia ya imperiosamente el abrigo de la sierra; pero para llegar á ella era preciso atravesar el Guadalquivir, y el paso de este rio ofrecia grandes dificultades. El comandante general reconoció esta urgente necesidad, y vaciló algun tanto sobre el punto, en que lo verificaria; pero hallándose cercano el puente de Córdova, determinó dirigirse á él á toda costa. Así, pues, salió la columna á la tres de la mañana del siete, y tomó el camino de aquella ciudad con la mayor resolucion, y decidida á no retroceder, cualquiera que fuese la clase y el número de los enemigos, que se opusiesen á su paso.

El regimiento de caballeria de Santiago se encontraba en Córdova con un corto número de caballos, y setenta ú ochenta de estos salieron á situarse á la orilla izquierda del Guadalquivir con objeto sin duda de oponerse á la columna. Pero esta

llega, los ve, y sin hacer mérito de ellos, se dirige con serenidad ácia el puente. Los enemigos se repliegan á vista de tanta resolucion y toman el camino de Ecija, y Riego manda entonar á la columna el himno patriótico, atraviesa el puente y entra cantando en la ciudad, cuyos habitantes manifestaron la mayor admiracion al ver aquel puñado de valientes, que desafiando el rigor de la suerte y todo el poder del gobierno, marchaban impavidos, y exhortando á seguir su egemplo á los pueblos oprimidos. Algunas partidas de infanteria que se encontraban allí con diferentes comisiones del servicio no se movieron en pró ni en contra, y la columna móvil, que no pasaba ya de 300 hombres, rodeada de un gentio inmenso, que se agolpó por verla, siguió cantando por las calles hasta el convento de san Pablo donde fue acuartelada. El comandante general fue recibido y tratado con la mayor consideracion por el ayuntamiento, el cual proporcionó á los patriotas cuantos auxilios y recursos les fueron necesarios. Asi estos heróicos soldados escitaban la admiracion por do quier se dirigian y recibian de todos el homenage debido al valor y á la virtud, en medio de tanta persecucion fatigas y desgracias.

Al otro dia ocho salió la columna de Córdova á las siete de la mañana, rodeada como el dia anterior de un concurso numeroso, tomó el camino de la Sierra, y sin haber tenido encuentro alguno, ni haber sido inquietada en todo el dia, fue á hacer noche á 7 leguas de distancia en una venta,

que encontró poco ántes de llegar á Espier.

La inutilidad de todos los esfuerzos del héroe para provocar el pronunciamiento de los pueblos, la ninguna esperanza de encontrar en ellos un apoyo, la encarnizada y sangrienta persecucion que habia sufrido la columna, las perdidas que habia tenido, y finalmente, las continuas fatigas y contratiempos que habia padecido desde su salida de la Isla, habian sido suficientes para apurar el sufrimiento del soldado mas heróico y constante. La resignacion del hombre tiene siempre su término, y este, por mas que influya en él su entusiasmo y su espíritu, está sujeto á su temperamento y salud. Asi es, que apesar del maravilloso entusiasmo de las tropas, que habian compuesto aquella division tan heróica y memorable, la desercion habia ya cundido en ella, su fuerza se debilitaba cada dia mas, y circundada por todos lados de sañudos enemigos, estaba tocando á una disolucion ya próxima y precisa. El sensible Riego veia con un dolor profundo la realizacion de sus tristes presagios, y la indecision y apatia de tantos y tantos pueblos, como habia recorrido; y próximo quizá á verse abandonado de la totalidad de las fuerzas que habia sacado de san Fernando, hubiera sin duda sucumbido á la idea de ver enteramente frustrada su grandiosa empresa, si noticias lisongeras del resto de la España no hubiesen mantenido y alimentado en algun modo sus primeras esperanzas. Estas y el deseo de contribuir hasta el último instante á la consumacion de la obra, que ha-

bia principiado, le hicieron insistir en atraer á sí todas aquellas fuerzas, cuya presencia debiese embarazar la libre esplicacion de los pueblos, y á este fin permanecer cuanto pudiese al frente de su tropa y cansar sus enemigos con movimientos en aquella serrania.

Con este motivo salió con su columna de la venta el dia nueve á las cuatro de su mañana, y llegó á Espier muy cerca de las siete. Allí descansó cinco horas, y á medio dia volvió á emprender su marcha y se dirigió á Belnez donde pasó la noche. El diez salió de este pueblo con direccion á Fuente-Ovejuna y llegó á este otro á las dos de la tarde. El dia estaba encapotado y lluvioso, y una densa niebla lo igualaba ya casi con la noche. La tropa que componia la columna era en muy corto número, y no bastando á cubrir las avenidas del pueblo, no podia estar al abrigo de una sorpresa. Serian, pues, las cuatro de la tarde, cuando se avistaron de muy cerca algunas columnas de caballeria é infanteria por el lado de Córdova. Riego mandó tocar generala, y formó á la otra estremidad del pueblo el corto resto de su fuerza; pero esta era tan escasa, que no podia de ningun modo hacer frente; y nuestro héroe se vió precisado á ceder al escesivo número de sus contrarios. Ellos entraron en el pueblo: sus guerrillas rompieron el fuego con las de la columna y esta emprendió no sin disgusto su forzosa retirada. Una lluvia furiosa vino á colmar la desesperacion de aquellos desgraciados y admirables

patriotas: y lo fragoso del pais, lo intransitable de los caminos, y la falta de calzado los hicieron llegar muy disminuidos al pueblo de Azuaga á la una de la noche.

El encuentro y desgracias de este dia habian acabado de llenar la medida del sufrimiento de aquella admirable tropa, y la desesperacion habia hecho desvanecer casi enteramente su fuerza. A las cuatro de la mañana del once salió de Azuaga en cortisimo número y llegó á Berlanga muy cerca de las siete. De allí siguió á Villagarcia, cuatro leguas distante de Berlanga, y se dirigió finalmente á Bienvenida donde hizo alto á las cuatro de la tarde.

A su entrada en Bienvenida fijó Riego la vista en el resto de aquella intrépida columna, y su corazon se oprimió de dolor al verla reducida al número de cincuenta soldados y unos treinta oficiales, cuyos individuos, modelos de la mas admirable constancia, se encontraban en el estado mas deplorable y lastimoso. Penetrado de este amargo dolor, se fue á su alojamiento, y examinando la temeridad de atraer á un enemigo, á quien ya no podia hacer frente, la precision de ser presa de su saña y encono, la imposibilidad de influir de un modo ventajoso en la libertad nacional, y el sagrado deber de salvar á aquellos pocos héroes tan dignos de la consideracion de la patria, determinó reunir á todos los oficiales, y consultar con ellos el partido que convenia abrazar en tan dificiles y apuradas circunstancias.

Riego por otra parte acababa de saber con certidumbre que Galicia habia verificado su glorioso alzamiento el dia 21 de febrero, y la idea de encontrar allí nuevos defensores de su causa, á cuyo frente luchar por ella con el mismo vigor, le hizo convenir en la triste resolucion de disolverse y burlar asi el furor de los contrarios, que llenos de animosidad y en gran número ocupaban á Llerena, Fuente Cantos, los Santos y otros pueblos de las inmediaciones.

Así, pues, reunidos en casa del comandante general, de su órden, todos los gefes y oficiales, que sobreviviendo á tantas y tan inauditas desgracias, subsistian entonces á su lado, les presentò su situacion verdadera, los enterò de las posiciones que ocupaban los enemigos y el número de ellos; les hizo saber el movimiento de Galicia, y pidiéndoles su parecer, convinieron unánimes en una separacion, que quitando á los enemigos el blanco y el objeto, les facilitase su marcha á san Fernando ó la Coruña, en donde pudiesen continuar sus gloriosos servicios. Riego, pues, adoptó, aunque no sin afligirse, esta medida, y levantándose de su asiento "Compañeros, les dijo, vamos á comunicar por nosotros mismos „esta resolucion á la tropa. Demosla gracias por unos „sacrificios tan heróicos, y hagámosla saber, que sí „bien la suerte no ha querido realizar aquí nuestras „esperanzas y coronar con el éxito nuestros traba„jos y fatigas, una numerosa provincia, provocada „por nuestro valor, ha abrazado ya nuestra causa,

„y nos llama á su seno." Dijo el héroe, y acompañado de aquellos oficiales, se dirigió en derechura á la plaza en donde reunió, por última vez, todos los individuos de las clases inferiores, preciosas reliquias de la columna móvil, y volviendo á tomar la palabra este hombre inmortal, les dijo lo siguiente: „Valientes y constantes compañeros de armas: cuarenta y cuatro dias hace hoy que dejamos á nuestros hermanos de la Isla, y ciento cuarenta y dos leguas andadas en el discurso de ellos, y treinta y cuatro pueblos recorridos para escitar el entusiasmo de sus habitantes, y buscar en su decision el apoyo de nuestras operaciones, han sido sin efecto. El malogro de nuestras esperanzas, las marchas, las fatigas, las privaciones, y la cruel persecucion han cansado la constancia de los ménos fuertes; la fatal desercion ha entrado y cundido en la columna; la totalidad casi de ella nos ha sucesivamente abandonado, y si la calamidad es la prueba del heroismo verdadero, vosotros solos sois los héroes de nuestra gloriosa, aunque desgraciada espedicion.

„Ahora, pues, amados compañeros de mi suerte: la imposibilidad de contribuir al alzamiento de los pueblos cercanos, el estado á que hemos quedado reducidos, el número y rencor de los enemigos que nos rodean, y la precision de salvar vuestras vidas, para emplearlas en defensa de nuestra santa causa, nos prescriben una separacion la mas triste y dolorosa. Si vuestras virtudes, vuestra resignacion y valor no han podido estimular á seguir vuestro

„egemplo á ese egército obstinado, ni sacar á los pue-
„blos de esta provincia de su apatia é indolencia:
„nuestros trabajos no se han perdido enteramente, y
„la generosa Galicia, alzada ya del fango de la de-
„gradacion, ha arrojado el grito de la libertad, y
„tremola los pendones nacionales. Yo me lisongeaba
„de que unido á vosotros para el recobro de nues-
„tras libertades y fueros, la muerte ó el triunfo de
„nuestra causa podria tan solo separarnos; pero des-
„graciadamente el fanatismo de muchos, la debili-
„dad de otros, y la irresolucion de los pueblos lo han
„dispuesto de otro modo. Hagamos, pues, por el bien
„de la empresa el penoso sacrificio de esta separa-
„cion, y corramos con la celeridad del rayo don-
„de nos llama el riesgo y el interes de nuestra pa-
„tria. A Dios, queridos compañeros, partícipes de mis
„fatigas y trabajos, y blanco funesto del ódio y de
„la adversidad. Creed que vuestras virtudes han gra-
„vado en mi corazon un reconocimiento indeleble;
„que habeis adquirido los mayores títulos á la gra-
„titud española; y que si la razon y la justicia lle-
„gan á triunfar en esta lucha, la nacion, que os de-
„berá su libertad, pronunciará un dia vuestro nom-
„bre con admiracion y respeto. Ea, pues, no olvi-
„deis nunca que habeis pertenecido hasta el fin á la
„columna móvil; recordad que Riego tuvo el honor
„de dirigiros y mandaros; perdonadle vuestras inau-
„ditas desgracias; volad á la Coruña, y pagad con
„una memoria grata la pena, que me ahoga, al da-
„ros el postrimer á Dios."

Dijo Riego, y sus soldados enternecidos se arrojaron á sus brazos. El heroe los fue estrechando sucesivamente; las lágrimas de ellos se mezclaron y confundieron con las suyas; y aumentando su emocion á medida que continuaba esta escena, el gefe de su estado mayor don Evaristo san Miguel, temiendo que desfalleciese á tanta sensibilidad, lo arrancó con violencia de los brazos de la tropa, y lo llevó á su casa.

Tales fueron las operaciones, y el fin de la célebre columna, que mandó nuestro heroe, á la cual estaba reservado fijar el glorioso destino de nuestra patria. El egército de la Isla mientras tanto presentaba el aspecto de la mayor firmeza, y si bien no ofreció durante esta época acaecimientos memorables por el corto número de fuerzas que lo componian; cubria la dilatada línea, que ocupaba, á beneficio de una fatiga estremada; rechazaba á los enemigos con valor y osadia cuantas veces se acercaban á sus trincheras; y mejoraba su fortificacion, y trabajaba incesantemente para ponerse al abrigo de cualquier golpe de mano. A este fin construyó once baterias en diferentes puntos, las dotó de la correspondiente artilleria, y rehabilitó el castillo de Torre-gorda, que se hallaba sin rampa, con un frente inutilizado, y sin habitacion ninguna para los oficiales y tropa.

La nacion española habia visto con interes y asombro el alzamiento de Riego, y primeras operaciones del egército de san Fernando, segun se ha di-

cho al fin de la primera parte; mas temerosa por la dificultad de la empresa, y encadenada por el terror, estaba remisa en pronunciarse, considerando el corto número de sus defensores, encerrados dentro de los muros de la Isla, y bloqueados por todo el resto del egército espedicionario. El gobierno no habia publicado ningun manifiesto, sobre un suceso tan interesante; é ignorando á punto fijo el número de las tropas, que habian abrazado su defensa, formó una idea mas ventajosa de aquel pequeño egército nacional á la salida de la columna móvil; fijó en ella toda su atencion, y fundó en sus progresos todas sus esperanzas. Desde este instante se la vió cobrar un nuevo aliento: las noticias circulaban mas rápidamente, se solicitaban con mas eficacia, se oian con mas interes; y se hablaba sin el menor rebozo. Las primeras operaciones de aquella division anunciaron tambien todo el valor y pericia, que la han caracterizado y distinguido hasta su total disolucion. Su primer encuentro en los llanos de Taibilla frustró ya las malignas esperanzas de los enemigos de la libertad, y colmó los deseos de los verdaderos patriotas, los cuales se exaltaban al considerar 1500 infantes aislados en una vastísima llanura despreciar el furor de 800 caballos, y marchar á su vista con una serenidad inalterable, entonando himnos á la Constitucion y á la gloria nacional.

La curiosidad é interes público seguian á la columna en todos sus movimientos, y el entusiasmo con que se la recibió en Bejer y Algeciras se divul-

gó por toda la península, y corriendo exageradas de boca en boca, hacia ver la opinion general de los pueblos, y daba mayor peso á una causa, cuya justicia, aunque emanada del derecho público, recibia su mayor fuerza de la voluntad de la nacion. Las proclamas de su comandante general, llenas de energía é ideas luminosas, eran copiadas con toda aquella ansiedad que suele dar la privacion á cosas de ménos valor, y desmentian los sofismas de los interesados en la degracion española, los cuales jugaban hasta los resortes de las conciencias para concitar el ódio de los hombres contra los defensores de sus antiguos fueros y sofocar el glorioso alzamiento, que amenazaba tan de cerca la caida del poder arbitrario.

Los hombres de seso y de prevision la miraban ya esta como irremediable y precisa, y los buenos se reunian sin cesar, formaban votos, concebian planes, y trabajaban con actividad en las provincias, para acelerar el pronunciamiento á que los convidaban los heróicos y denodados campeones del Bétis. Ellos conocian que no podia presentarse una ocasion tan oportuna, para sacudir el yugo, que pesaba sobre sus cuellos; que la menor dilacion iba á malograr los esfuerzos de aquellos héroes; los iba á entregar al furor de un gobierno vengativo; y frustrada la empresa, comenzaria la persecucion de los buenos, con cuyo esterminio se consolidaria el sistema de la opresion, y se agravarian y perpetuarian las cadenas de la patria.

La opinion pública se pronunciaba mas de cada

dia, y el palacio del príncipe presentaba la imágen de la agitacion y el sobresalto. Sus pérfidos consegeros, funestas causas de tantos males, fluctuando entre la incertidumbre y el temor, ó lo abandonaban cobardemente, ó lo estraviaban mas y mas. Los hombres de probidad y rectitud, que se habian atrevido á darle algun consejo saludable, habian perdido sus destinos, y salido para confinamientos lejanos: el rey estaba entregado totalmente á la inepcia de sus groseros y ambiciosos favotitos; y un espíritu de error y nulidad parecia presidir á las disposiciones del gobierno.

El general Elio, que habia volado á Madrid á prodigar sus consejos de sangre y destruccion, habia ya regresado á su capitania general, y taciturno y reservado hasta con sus mismos confidentes, su solo aire lúgubre y sombrio denotaba mas que todo el estado de la corte.

Este era el cuadro que presentaba la nacion, cuando nuestro héroe, á la cabeza de la columna móvil, marchaba directamente á Málaga, llevado de las esperanzas que le habian hecho concebir del entusiasmo y patriotismo de aquella populosa ciudad. A este tiempo el plan de la conspiracion de Galicia estaba sumamente adelantado, y su egecucion firmemente decidida. Los cuerpos del egército, que guarnecian las plazas y capitales de las diferentes provincias, recibieron de la Coruña, y desde el 12 al 15 de febrero, una enérgica y elocuente proclama digna de pasar á la posteridad mas remota; y como es-

ta contuviese entre otras cosas, que el dia de su publicacion alzaba Galicia el grito de la libertad, y su fecha fuese bastante anticipada, creyeron los mas que para el dia de ella estaba fijado su alzamiento. Esta noticia acabó de inflamar al egército español, y su oficialidad, que tenia tan vivos deseos de combatir el fanatismo, cobró nuevo aliento; se dedicó abiertamente á investigar el verdadero espíritu de los pueblos, en donde residia, y no esperaba sino cerciorarse de él para pronunciarse por la nacion y aclamar el Código sagrado.

Pero ó la fecha de la proclama mencionada fue hija de una equivocacion, ó motivos, sin duda, poderosos dilataron algunos dias el rompimiento de Galicia.

Ahora, pues, la fama de las proezas de Riego aumentaba en razon de la distancia, y si bien éste no logró su principal intento de hacer abrazar su partido á los pueblos que recorria; su sola permanencia á la cabeza de su columna, y al frente de un enemigo tan sumamente poderoso, persuadia con sobrada razon de su éxito, y hacia creer triunfos y ventajas aun donde el héroe mismo sufria descalabros. Así es que sus rápidos movimientos y atrevidas operaciones determinaron por fin á la heróica Galicia, y Riego se encontraba en Antequera, el 21 de febrero, sumamente afligido, tanto por ver frustadas sus esperanzas de Málaga, como por la desercion de algunos oficiales de su columna, al mismo tiempo que aquella provincia provocada por su va-

lur, y alentada por las noticias que se difundian de sus victorias, arrojaba el grito de la libertad, tremolaba los pendones nacionales, y aclamaba la Constitucion española.

Este golpe fue mortal para los partidarios del poder absoluto. Empeñados temerariamente en persuadir que la causa de los héroes no era el interes y el deseo de la nacion, vieron desmentido su argumento con la espresion de la voluntad de aquella provincia numerosa, y perdieron todas sus esperanzas al considerar que abrazando ella la buena causa, estimulaba las otras á seguir su egemplo, aseguraba de un modo indudable su triunfo, y hacia infalible la ruina de ellos, seres desnaturalizados, que vivian y medraban de la perdicion y desgracias de su patria!

La noticia del alzamiento de Galicia, difundida y confirmada por todas partes, acabó de exaltar á los buenos, determinó á los indecisos, y fue la señal para abrazar toda la nacion la gloriosa lucha que provocó nuestro héroe el primero de enero del año de 1820 en las Cabezas de san Juan. El Aragon, la Mancha y Murcia se pronunciaron sucesivamente, y los pueblos todos fijaron ya la vista en su degradacion y oprobio, y el furor y la indignacion los mueven y arrebatan. Ellos reconocieron su justicia, su poder y su fuerza, y la espada y el puñal iban ya á brillar indistintamente en las manos de aquellos españoles tan ominosas y terribles á las huestes de tirano de las Galias: la sangre iba ya á enrojecer nuestras bellas campiñas, y la segur de la muer-

estaba ya alzada sobre los pérfidos instrumentos de la dura opresion, cuando el génio tutelar de la España ve próximas á desencadenarse las pasiones furibundas; ve arder la tea fatal en manos de la discordia; prevee los horrores que amenazan á esta nacion heróica y generosa; y llamando ante sí á la Verdad, le habla de esta manera. "La mas noble y poderosa de las potencias europeas, la nacion española gozaba en paz de sus prerogativas y fueros, elementos admirables de la antigua monarquia vigogada, cuando la ambicion de los príncipes de la casa alemana le usurpò sus libertades y arrebató su verdadera dignidad. Celosos y valientes ciudadanos hicieron frente á los desafueros del poder y lucharon mas de una vez por el procomunal de su patria; pero la fuerza y la ambicion triunfaron en Villalar de la razon y la justicia, y la patria de los valientes Comuneros vió espirar con estos sus derechos mas sagrados. No hay que decir sus trabajos y miserias en trescientos años de afrenta y servidumbre. Aquella nacion, que hasta fines del siglo 12 nombraba y elegia sus reyes; aquella, que con pompa y magestad, exigia de ellos el juramento de guardar sus preeminencias y fueros, ántes de reconocerlos y jurarlos; aquella, que era llamada á deliberar sobre los asuntos mas arduos del estado, y aquella que ordenaba por sí misma el servicio de toda especie, con que debia asistir á su príncipe; aquella misma, despojada de su representacion nacional, y sobrecargada de tributos enor-

„mes, ha llegado á ser por espacio de veinte años la „víctima y el juguete de la ambicion de un favo„rito; ha visto arrancar con sacrílega mano las me„jores páginas de su código, y ha sido entregada y „vendida á la furia del usurpador mas poderoso. Des„tituida de todo recurso, y cuando las fuerzas de to„da la Europa segundaban á su pérfido invasor, cuan„do todas las potencias se acataban ante el poder co„losal de su enemigo; ella sola osó desplegar su va„lor y su constancia, se llamó libre, se hizo inde„pendiente, se dió leyes fundamentales y se labró el „mas perfecto monumento de la felicidad y de la „gloria."

"Mas la impostura y el engaño se apoderaron „de la docilidad de su mas caro príncipe; esta na„cion generosa pasó por el dolor de ver derribado el „baluarte de su libertad, y privada de su Constitucion „política, obra maestra de la moderna ilustracion, „ha seis años que gime en la afliccion y la des„gracia: algunos de sus mejores hijos, desesperados y „resueltos, han hecho varias tentativas, para restituir„la sus derechos; y no han conseguido sino escitar „la venganza del gobierno, y aumentar con su per„dicion los horrores de su patria, hasta que un ba„ron el mas ilustre y esforzado, un segundo Pela„yo se ha propuesto á todo trance redimirla. El ha „aclamado la libertad al frente de un puñado de bra„vos, y modelo de la virtud y del valor, arrolla„enemigos, y arrostra riesgos y fatigas con una re„signacion, y constancia sin egemplo. La nacion re-

„cuerda ya sus anteriores glorias, y cansada de tan-
„ta humillacion va á sacudir el yugo, y á tronar
„contra los ministros de su dura esclavitud. El prin-
„cipe engañado no quiere reconocer ni los derechos de
„sus pueblos, ni sus mismos intereses, y una lucha
„sangrienta va á convertir en teatro de horrores ese
„hermoso pais, digno de mejor suerte."

"Ahora bien: tú sola puedes remediar á tan-
„tos, y tan tremendos males. Ve, corre al palacio
„de ese príncipe, cuya bondad misma lo hace jugue-
„te de la adulacion y el artificio; arranca de sus ojos
„ese velo impostor que los cubre: haz resonar tus acen-
„tos en sus régios salones; vea por la primera vez
„la luz del desengaño; conozca la conveniencia de
„una nacion, que le ha confiado su felicidad y su
„gobierno; y su corazon me asegura que le tribu-
„tará justicia."

Asi dijo el génio tutelar de la España, y la Verdad, revestida de su augusto carácter, se dirige al palacio del príncipe, penetra por sus régios umbrales, y con paso magestuoso, y dignidad celeste, comparece ante él. El orgullo, la ambicion, el fanatismo y la lisonja huyen deslumbrados y despavoridos á su vista, y el monarca alza los ojos, los fija en aquella matrona respetable; queda suspenso y admirado al ver aquella hermosa gravedad, aquel aire de entereza, y aquella modesta compostura, é iba ya á interrogarla, cuando la Verdad, desplegando sus labios le dijo lo siguiente.

"Príncipes de la tierra: la sacrílega lisonja

„ha osado persuadiros de que vuestro poder proce-
„de inmediatamente del cielo; y que no siendo otor-
„gado y conferido por el libre consentimiento de los
„pueblos, no debeis reconocer en ellos derecho ni po-
„testad alguna. La vanidad humana os ha hecho te-
„ner por mas glorioso el recibirlo de la divinidad que
„de la voluntad de los hombres; os habeis creido
„los dioses de la tierra; habeis erigido en propie-
„dad, y patrimonio de familia el derecho de go-
„bernar en ella; habeis deprimido la dignidad del
„hombre: le habeis usurpado su libertad, y con el
„abuso del poder habeis provocado revoluciones, que
„han asolado ciudades, arruinado provincias, y de-
„vastado imperios. Tal es el triste cuadro que pre-
„ta la historia de todas las edades; y vosotros, des-
„preciando tan funestas lecciones, no quereis reco-
„nocer el orígen de esa autoridad que egerceis; no
„quereis gobernar á los pueblos con paternal dulzu-
„ra, y fascinados por el orgullo y la ambicion, os
„obstinais mas y mas en oprimir y degradar á vues-
„tra propia especie. Tú, pues, el mas querido y en-
„gañado de los príncipes: ya ha llegado la hora en
„que oigas los clamores de tus pueblos y reconozcas
„sus derechos. Sabe que las naciones son árbitras en
„constituirse de aquel modo que mas convenga á su
„felicidad; y que su bien estar es solo el objeto de
„su Constitucion, cualquiera que esta sea: sabe tam-
„bien que el egercicio de la real autoridad es con-
„ferido por los hombres: sabe que estriva en un con-
„trato, y que con el abuso del poder, faltando los

„teyes á la primera de las condiciones de él, rom-
„pen el pacto que les conferia la autoridad, disuel-
„ven todos los vínculos que los unian á sus pueblos,
„y quedan estos relevados de la sumision y la obe-
„diencia. Finalmente, sabe que has nacido igual á esos,
„que llamas tus vasallos, que su consentimiento es
„el único título que puedes presentar á ese trono,
„que ocupas, y que ese consentimiento solo existe ex-
„preso en el código sábio y admirable que arrebatas-
„te á la nacion."

"En vano el sórdido interes, la sedienta am-
„bicion y la negra impostura quieren obscurecer y
„desmentir estas verdades luminosas. Hijas de aquella
„ley natural y primitiva emanada puramente de Dios,
„y anterior á las convenciones humanas, ellas per-
„suaden la razon, y destruyen y desvanecen por sí
„mismas los fútiles paralogismos del entendimiento
„estraviado. Ea, pues, Fernando: vuelve los ojos á
„tu pueblo y contempla su generosidad y sacrificios.
„Velo en medio de los horrores de una guerra de-
„sastrosa formar sus primeros votos por tu libertad
„y rescate, y restituir á tus sienes esa misma co-
„rona, que te arrancaron las execraciones y vicios
„del sistema monstruoso, que pretendes sostener. Ve-
„la despues de seis años sumido en la desgracia y
„lo deshonra, llorar la perdida de sus libertades y
„preeminencias: fija la vista en ese código sagrado que
„las mantiene y asegura; y si quieres la salud de
„tus pueblos y la tuya misma, jura á la faz del
„mundo su observancia. Fernando: la nacion en terare-

„conoce sus fueros y está decida á recobrarlos. Todo „amenaza ya una próxima esplosion: ella seria fu„nesta y horrorosa; y la mejor y mas leal de las „naciones podria acaso envolverte en su ruina.

Dijo, y, despareciendo cual un relámpago fugaz, dejó al monarca abismado en espanto y confusion. Por el pronto asombrado y aturdido, no sabia lo que le acababa de suceder; mas su agitacion fue calmando poco á poco; la reflexion sucedió á la sorpresa; y pasando á meditar el discurso de la Verdad, cuyo nuevo lenguage habia herido profundamente su corazon, y se habia impreso de un modo indeleble en su memoria, vió caer de sus ojos el velo con que la lisonja los habia fascinado; y un rayo de luz ilustró su razon, ofuscada hasta allí por las sugestiones del egoismo, y la pérfida impostura. Entonces le pareció oir la voz leal y generosa de sus pueblos, y sin escuchar mas que sus justos y sagrados intereses, se levanta precipitado; busca con ansia el cuaderno precioso de la Constitucion; lo lee con la imparcialidad de la pura justicia; admira su sabiduria y rectitud, y tendiendo su real mano sobre él, jura guardar y hacer guardar sus leyes á la nacion entera.

Este fue el fallo feliz de la causa de nuestra libertad, cuya defensa habia abrazado el heroico Riego en las Cabezas de San Juan: los buenos y leales patriotas triunfaron de los esfuerzos de una corte viciosa y corrompida para sumir su patria en los horrores y desastres de una guerra civil; y el dia 9

de marzo del año 1820 recobró la nacion española los primitivos fueros y libertades, que el engaño y el abuso de la fuerza le habian usurpado despues de tantos siglos.

El monarca publica al instante su resolucion generosa: previene la solemne aclamacion y juramento del Código sagrado, y dispone la instalacion del sistema benéfico que empezaba á regir: correos estraordinarios salen inmediatamente en todas direcciones, para llevar á las provincias aquella fausta nueva, y esparciéndola por los pueblos de su tránsito, los colman de alborozo y regocijo. La nacion se desahoga en alegres gritos y aclamaciones á la Constitucion y al príncipe, y olvidando sus desgracias, se entrega á la sincera demostracion de su gratitud á la mano bienhechora, que la acababa de salvar de tanto estrago, al paso que los inexorables enemigos del bien concentran su rencor, y se retiran de la escena política, no para arrepentirse de los males que causaron, sino para alterar bien pronto el órden, la paz y la tranquilidad de su patria, prevalidos de la indulgencia y de la generosidad nacional.

Entre tanto nuestro héroe, á quien dejamos al despedirse de sus compañeros de armas, ignorando los prósperos acaecimientos debidos á su valor y sus trabajos, se hallaba en su casa penetrado de dolor por la disolucion de la columna, y la separacion de sus fieles amigos. El resto de aquel dia lo empleó en repartir los fondos, que restaban en caja, y al dia siguiente ántes de amanecer se dirigió

al Condado de Niebla, acompañado de unos pocos oficiales, entre ellos su ayudante Valcarcel, catorce caballos de la artilleria volante, que le habian seguido constantemente, y algunos soldados de infanteria que no lo quisieron abandonar.

Pero ni aun así pudo evitar la cruel persecucion. Aun no habia amanecido enteramente, y ya se vió atacado por una descubierta de caballeria enemiga. El quiso volver contra ella con los suyos; pero sube á este fin á una altura inmediata, descubre fuerzas muy superiores, y se ve precisado á retirarse. Los enemigos cargan entonces sobre él; y Riego, despues de perder toda su escolta y la caja y papeles de la columna móvil, es perseguido por ellos con la mayor obstinacion, y solo debe su salud á la celeridad del caballo. Cuatro oficiales, entre ellos el fidelísimo Valcarcel, un solo asistente, y un solo soldado de Santiago forman toda su escolta; y nuestro héroe abandona el camino, cruza campos, atraviesa montañas, y rendido de desfallecimiento y de fatiga, llega á comer con los suyos á Cumbres de enmedio, distante dos horas de Fregenal, y unas ocho leguas de Bienvenida. Allí se alojó con sus compañeros en una pobre y reducida casa, y unas cuantas almejas fueron su único alimento. Los caballos tendidos en el suelo no querian ya comer, y despues de un corto rato de descanso llegó el patron, que era portugues de nacimiento, se felicita á sí mismo de encontrar en su casa aquellos huéspedes ilustres, les ofrece todos los auxilios

que se hallasen á su alcance; y tomando con ellos el camino, los acompañó á un molino, llamado la venta de Mandera, distante cuatro leguas de aquel pueblo, en donde pasaron la noche.

Al siguiente dia 13 continuó Riego su marcha, y llegando á Almonarver la Real, le salieron al encuentro dos patriotas conocidos. Ellos le proporcionaron trages para sí y sus compañeros. Riego se cortó el vigote, se disfrazó, y dejando su caballo á uno de ellos, llamado Angel Barrera, compró una pequeña jaca, y fue á dormir á una aldea llamada Contes Gil Marquez.

Estenuado Riego con tantas fatigas, y aniquilado con tantos trabajos, se encontraba imposibilitado de seguir adelante, y escapar á la furia de sus encarnizados enemigos. Entonces fue cuando se llegó verdaderamente á contristar, y hallándose solo aquella noche, se entregó á la contemplacion de su dura y acerba suerte. El estado de debilidad, cansancio y postracion, en que se hallaba, no le podia permitir llegar á la Coruña, y mucho ménos por caminos ocultos y estraviados, como lo exigia su seguridad; y así donde quiera que volvia la vista no veia sino un patíbulo, que miraba como cierto, y cuyos preparativos y aparato lo estremecian mas que la muerte misma. Los egemplos de los Porlieres, los Lacys y Vidales no le dejaban la menor vislumbre de esperanza de evitar tan desastroso fin, y la idea de reunirse bien pronto á aquellos bravos, que le habian trazado la senda de la gloria y heroismo lo

consolaba en cierto modo, y hacia ménos horrorosa y terrible la imágen misma del suplicio.

Habia ya Riego pasado una gran parte de la noche luchando con aquellas ideas espantosas, cuando sus sentidos comenzaron á pagar á la naturaleza el tributo de un sueño inquieto y azaroso. Acalorada con ellas su imaginacion, apenas se habia entregado á él, se le representaron las sombras de aquellos heroes inmortales coronados de laurel y de olivo, símbolos de la gloria y de la paz, que quisieron dar á su patria; ostentaban en la mano derecha la hermosa palma del martirio, á que los condenó la tiranía, y agitaban en la izquierda el sangriento dogal, que habia oprimido sus esforzados cuellos. Arrebatado Riego al aspecto de aquellos mártires gloriosos, á quienes pensaba reunirse bien pronto, salta de la cama y quiere asir y abrazar aquellas sombras fugaces, cuando fuertes y repetidos golpes á la puerta de su cuarto le hacen despertar y conocer su error. Su razon alarmada le hace creer son sus perseguidores, que lo han descubierto y alcanzado, y por un movimiento de su valor, se precipita á la puerta, la abre con prontitud, y se encuentra en los brazos de su ayudante Valcarcel y demas compañeros, que con dificultad reconoce, y que faltos de aliento, y con una alegria y un gozo, que no pueden reprimir, entran en su cuarto aclamando la Constitucion española. Riego, asombrado, pregunta mil veces el motivo de aquella novedad; viva la Constitucion... es la sola respuesta que

sale de sus bocas; y Riego impaciente reitera sus preguntas en vano, hasta que pasado algun tiempo, y calmados sus primeros transportes, le anuncian el triunfo de la sagrada causa de nuestra libertad, y le aseguran que el rey ha jurado ya la Constitucion, y reconocido la justicia y derechos de sus pueblos, y lo aclaman unánimes por el libertador de su patria.

No es fácil describir el efecto que produjo en el héroe esta fausta noticia. Elevado desde el pie del patíbulo al mas alto punto del honor y de la gloria, cuando temia ser presa del encono de sus enemigos, se ve cambiado en un objeto de la adoracion y de la gratitud nacional. En el primer momento se entrega al alborozo y al júbilo de sus compañeros; pero bien pronto, asaltado de la duda, quiere saber el orígen y circunstancias de una noticia tan inesperada y feliz. Entonces le manifestaron sus compañeros, que habia pasado por Corteyana un propio, que se dirigia á Aroche, el cual llevaba esta nueva, y la de que se habia proclamado la Constitucion en Sevilla. El héroe se hallaba ya en un estado crítico de estenuacion y decadencia; pero nada es capaz de detenerlo, y al amanecer del 14 monta á caballo, y marcha al cerro del Andévalo en donde tenia varias conexiones, y en donde entra aclamando la Constitucion, y disparando tiros de escopeta y pistolas. El recibimiento y acogida, que tuvo allí, fueron sin duda dignos de su mérito y valor; pero Riego no habia aun acabado de pa-

decer, y una molesta enfermedad, consiguiente á sus fatigas, lo postró en una cama, de la que no pudo levantarse hasta el dia 19. El 15, sin embargo, despachó dos oficiales á Quiroga, que se dirigieron por Huelva, y el 16 por la mañana salio para Sevilla su ayudante Valcarcel.

El dia 19 se hallaba todavia Riego sumamente débil y delicado; pero su impaciencia por llegar á Sevilla, abrazar á los compañeros de su heróica columna, que habian caido prisioneros en Marbella y Moron, y gozar del tierno espectáculo de un pueblo, cuyas cadenas acababa de romper, le hicieron sacar fuerzas de flaqueza, abandonar la cama y tomar el camino contra el sentir de los facultativos. Aquel dia fue á dormir á Valverde del Camino á donde llegó bastante trastornado: el 20 fue á la Palma, y el 21, por fin, salió para Sevilla.

La noticia de su llegada, difundida con anticipacion en esta ciudad por el incomparable Valcarcel, produjo aquella bulliciosa alegria, y aquel noble y encendido entusiasmo, que solo pueden animar á los pueblos en el glorioso momento del recobro de su perdida libertad. Su gratitud al primer restaurador de ella no encontraba obsequios ni festejos bastante dignos de sus proezas y valor. El ayuntamiento le previno de antemano un hospedage competente; y los ciudadanos de Sevilla se preguntaban unos á otros la hora de su entrada, y la carrera de su tránsito. Ellos corrian con afan por las calles y plazas: todos sin distincion de clases y de estado ma-

nifestaban la mas viva impaciencia, y las perezosas horas del dia 20 de febrero fueron empleadas en asear y colgar las fachadas de las casas en aquellas calles por donde se esperaba que pasase el héroe de las cabezas de san Juan y de Arcos.

Tal era el entusiasmo que reinaba en Sevilla, mientras nuestro héroe, salido, como se ha dicho, de la Palma, se dirigia á ella con aquella lentitud, que le permitia el deterioro de su salud. Su imaginacion le retrataba con viveza las gratas escenas, que le esperaban á su arribo, y su sensible corazon se gozaba en ellas de antemano, y latia y se agitaba á medida que se acercaba á la ciudad. Cuatro leguas le quedaban todavia que andar, desde Sanlúcar la mayor, cuando Riego ve un grupo numeroso de gente, que echa á correr á él en cuanto lo distingue. Una confusa griteria se deja oir, al paso que se acerca, y las voces de viva la Constitucion y viva Riego hieren distintamente sus oidos al través de la algazara. Ya no puede dudar el héroe de que una porcion de patriotas exaltados le salen al encuentro, y por un movimiento involuntario se adelanta ácia ellos. Los patriotas llegan, se arrojan á sus brazos, se disputan entre sí el placer de verlo y estrecharlo, lo llaman el amigo, el padre y el protector de los fueros del pueblo, y lo aclaman por su libertador.

Riego, el generoso y sensible Riego se muestra enternecido, y solo puede manifestar su agradecimiento con la muda elocuencia de sus ojos, y con

un silencio, que su misma efusion no le permite interrumpir. El creia que aquellos virtuosos patriotas residian en Sanlúcar, y su admiracion y gratitud aumentaron al saber que venian de Sevilla, y que habian andado cerca de cuatro leguas por anticiparse el gusto de abrazarlo. El héroe siguió con ellos su camino, y calmada la primera emocion, fue correspondiendo con la mas pura sinceridad á sus espresivas atenciones, y satisfaciendo á las continuas y reiteradas preguntas de aquellos liberales ciudadanos.

Su comitiva se iba aumentando considerablemente á cada paso, ya de gentes de Sevilla, ya de otras de los pueblos inmediatos, que salian al camino para admirar al restaurador de la libertad española; pero á su llegada á Castilleja de la Cuesta se le reunió un gentio inmenso, que en medio de aclamaciones y de vivas, y atropellándose por llegar á su persona, lo acompañaron las dos leguas que dista este pueblo de aquella capital. Llegó, por fin, Riego á distinguir los chapiteles de la feliz Sevilla, que ántes que ninguna otra ciudad lo iba á recibir en su seno. El sol se acercaba á su ocaso, y parecia que la tierra habia suspendido su movimiento diurno para no privar á aquel astro de un hermoso espectáculo, en que iban á lucir á porfia las sublimes virtudes que distinguen el carácter español. El héroe fatigado de sentir y de gozar habia caido en una especie de desfallecimiento, que apenas le permitia sostenerse á caballo, y al ir á entrar en el barrio de Triana ve un destacamento militar, al

que las oleadas del concurso impedian llegar á su persona. El se figura, por el pronto, que será alguna escolta destinada por las autoridades para su resguardo y decoro; pero se acerca mas; fija la atencion, y.... un grito escapa de aquellos lábios, que la escesiva sensibilidad hacia parecer inanimados. Riego reconoce á los heròicos compañeros de la columna móvil, que habian sido hechos prisioneros en distintas acciones, y que puestos ya en libertad habian formado un batallon sagrado, y salido á su encuentro. Entonces es cuando no puede ya contener su emocion y su ternura, y las lágrimas asoman á aquellos mismos ojos, cuya fiereza habia intimidado tantas veces á los enemigos de la patria. Ellas inundan copiosamente sus megillas, y se mezclan y confunden con las de aquellos ìnclitos campeones de la libertad, que acaban de gemir, á la par de los mas atroces foragidos, en una cárcel pública. El héroe procura reprimirlas; pero sus esfuerzos son inútiles: la ternura triunfa de ellos, y él oculta su rostro en el seno de sus compañeros, y y las deja correr libremente. ¡Lágrimas deliciosas! Hijas de aquella sensibilidad delicada, que es la fuente y el orígen de todas las virtudes: el que las sabe derramar no puede ser un monstruo. (1).

---

(1) Laisse couler tes pleurs: cesse de t' en deffendre:
C' est de l' humanité la marque la plus tendre.
RACINE.

El inmortal é inimitable Riego, circundado así del batallon de héroes, y montado en su jaca, penetra en el barrio de Triana en medio de una concurrencia numerosa, y entre continuos vivas y aclamaciones, dictados por el entusiasmo mas puro (1). Una diputacion del pueblo lucha por llegar hasta él, se abre paso, no sin dificultad, y le presenta una corona de laurel. El héroe la admite con la espresion de la mas fina gratitud; pero su modestia le impide colocarla en sus sienes. En vano la diputacion pide que se la ponga: Riego no coloca por sí mismo en su cabeza una corona, que no puede partir con sus bravos compañeros. Este rasgo de modestia hace crecer la exaltacion y el entusiasmo, y pueblan el aire mas que nunca los vivas á la Constitucion y al héroe. El pueblo todo agolpado por verlo, obstruye totalmente las calles, la comitiva puede apenas marchar, Riego permanece horas en la carrera, y rendido á tanta sensacion, estaba ya próximo á perder el sentido cuando llegó á su alojamiento.

---

(1) Como podria entonces figurarse, que sin haber hecho una sola accion que contradijese su heroismo, llegaria un dia en que los vencidos partidarios de nuestra esclavitud habian de osar oponerse á sus aclamaciones; y que autoridades constitucionales habian de reprimir y sofocar la voz de viva Riego, grito el mas noble y mas justo, en que pueden prorumpir los ciudadanos españoles!

Ya habia entrado en él, y el pueblo, agolpado todavia á la puerta, continuaba sus aclamaciones y vivas. Las autoridades, los regimientos de la guarnicion, las corporaciones, y los patriotas de todas clases se apresuraron á cumplimentarlo, y el cuerpo de artilleria nacional, cuyo escuadron espedicionario, al mando de su comandante Lopez Baños, habia tenido tanta parte en el recobro de la libertad, lo convidó para un banquete al siguiente dia en uno de los salones del Alcázar. El héroe necesitaba de reposo, y despues de haber correspondido á tan distinguidas atenciones, y salido varias veces al balcon para satisfacer la noble curiosidad del pueblo, se retiró á descansar con aquella dulce satisfaccion, que producen las acciones elevadas, y el testimonio mas evidente de la estimacion pùblica.

Su sueño, durante aquella noche, no fue largo ni tranquilo, ya por el estado de agitacion, en que se hallaba, como por la indisposicion consiguiente á tan largas y penosas fatigas; pero su inquietud misma tenia algo de dulce y agradable, y mil imágenes risueñas le presagiaban, aunque vagamente, satisfacciones que no podia adivinar. Amanecido el dia 22 se vió desde muy temprano rodeado de los compañeros de sus glorias; quien le hablaba de tal accion; quien le recordaba tal conflicto; y quien le reproducia alguna de sus bellas ocurrencias, que le habia sugerido su valor en los mas apurados momentos. De aquí pasaron á referirle sus padecimientos é injurias durante la prision, y el hé-

roe los escuchaba enternecido; mas al saber que habian sido tratados de oficiales indignos de este nombre en un parte oficial, el enojo y el furor se dejaron ver en su semblante.

A este tiempo llegó la oficialidad de artillería, y á la cabeza de ella su coronel el brigadier Munarriz. Estos ilustres guerreros acompañaron nuestro héroe al Alcázar, y su entrada en él fue anunciada por las músicas militares, que se encontraban dentro. El gusto, la elegancia y la esplendidez hicieron de la mesa un obsequio, digno del objeto que lo motivaba; los brindis, la agudeza y la discrecion fueron alejando la etiqueta é inspirando poco á poco la jovialidad y la alegria; el entusiasmo sucedió al apetito; y los espíritus se hallaban algo enardecidos, cuando apareció la señorita Munarriz, cuyas formas vestidas por mano de las gracias, recibian un nuevo realce de su modestia celestial. Esta llevaba una corona de mirto y de laurel: se adelantó con paso asegurado ácia el héroe, y observando todos un profundo silencio, prorumpió con una voz llena de encanto y melodia:

Si las madres romanas
Coronaban de flores
A los conquistadores,
Que asolaban provincias muy lejanas,
Con mas razon nosotras
Coronamos á Riego,

Que dió la libertad al patrio suelo. (1)

Dijo, y colocó en sus sienes aquella corona tegida por su mano virginal. Riego sintió todo el precio de un obsequio tan alto: su corazon se inflamó de un fuego, que no pudo contener su rostro varonil, y una tierna mirada á la vírgen, y una reverencia á los concurrentes fueron su sola y elocuente respuesta.

Entonces recordó Riego el sueño de la cueva de Ansena; y viendo cumplimentada la última parte del presagio de Padilla, juró por su memoria llenar el sublime destino de defensor de los fueros del pueblo, y ser el mas firme apoyo de la libertad española.

---

(1) Estos versos no son del autor, y tienen el mérito de haber sido los mismos que pronunció aquella señorita al coronar al héroe.

FIN.

FIN.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
38	12	rocomendado...	recomendado
41	10	y los riegos.....	y los riesgos
60	29	siguienre.....	siguiente
62	23	hader.....	haber
71	21	relevó.....	reveló
73	17	visogada.....	visogoda
92	11 y 12	cimentar tar....	cimentar
108	24	adelatando.....	adelantado
120	14	Nicolos.....	Nicolas
122	26	daspues.....	despues

ERRATAS.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Lógase.
29	12	recomendado...	recomendado
31	10	y los riegos...	y los riesgos
60	29	[illegible]...	[illegible]
64	23	[illegible]...	[illegible]
81	21	[illegible]...	[illegible]
93	17	[illegible]...	[illegible]
96	12 y 13	[illegible]...	[illegible]
108	24	[illegible]...	[illegible]
120	14	[illegible]...	[illegible]
122	26	[illegible]...	[illegible]